



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**LA NOVELA DE GUERRILLA EN MÉXICO Y EL PODER DE LOS  
ESPACIOS LEGIBLES**

**TESIS**  
**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRA EN  
ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES**

**PRESENTA  
SANDRA OCEJA LIMÓN**

**TUTORA: DRA. GILDA WALDMAN MITNIK  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**MÉXICO, D.F. MAYO 2013**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Emiliano, mi amado hijo, por enseñarme la  
belleza de las entrañas.

Para Armando, por la ternura, entrega,  
convicción y vehemente pasión que significa la  
palabra amor.

## **Agradecimientos**

Un agradecimiento resulta del acompañamiento, empatía, crítica e intercambio de ideas en el transcurrir de las aulas y de la (re)lectura de vastos textos descubiertos, sugeridos o rastreados a lo largo del planteamiento, investigación y escritura de una tesis, pero también resulta del acompañamiento afectivo de las personas que, directa o indirectamente, influyen en la manera en que reflexionamos nuestras experiencias, así como también de las instituciones involucradas en la generación y acumulación de conocimiento, siempre colectivo y en constante cambio.

Por ello, quiero agradecer a la Dra. Emma León y a la Dra. Graciela Sánchez, así como también al Dr. Luis Gómez y al Dr. Arturo Santillana, su disposición, lectura y observaciones al trabajo final que aquí se presenta. A la Dra. Gilda Waldman por su invitación a incursionar en el tema de la novela de guerrilla en México, por su entusiasmo, paciencia, aportes y discusión crítica de los esbozos presentados a lo largo de este camino. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo otorgado durante mis estudios de posgrado.

También debo mucho de las ideas vaciadas en este texto a mis entrañables amigos León Felipe Téllez, Christian Ascencio y Alejandro Márquez, cuyas discusiones informales y apasionadas me permitieron aclarar algunas propuestas teóricas, y cuestionar otras más. Existen deudas de antaño, las cuales se adquirieron al tomar algunas decisiones en el pasado. Por ello estoy en deuda, desde hace muchos años, con la familia Casar González y con mi adorada Nancy Casar Ulloa. También a ustedes debo parte de mi presente. A “Nacho” Moreno y Adriana Fernández, “la güera”, por escuchar y dulcificar (o agravar) mis crisis existenciales en estos últimos dos años.

Quiero agradecer también a mi terruño, querencias y arraigos: Concepción Limón y Andrés Oceja T., Nelly González y Andrés Oceja L., cuyo apoyo fue crucial durante el solipsismo que todo proceso de lectura y escritura conlleva. Amorosamente agradezco a mi chamaco hermoso Emiliano García, a mis sobrinos Fernanda y Patricio Oceja (Patito), a Camilo y Nina González, porque las carcajadas y lágrimas de cada uno de ellos me recuerdan que sin confianza, entusiasmo e ingenuidad el presente deja

de necesitar futuro; y porque la existencia de todos ustedes me obliga a ser congruente: a ustedes debo parte de la fuerza necesaria para cerrar un ciclo.

No quiero omitir a mi familia elegida, pues sin ellos algunos miedos no hubieran podido ser superados: a Jorge Salgado, Micaela Cruz, Rafael Soto, Ana Karla Enríquez, Fernando Sandoval, Emilia Pérez, Raúl Cabrera, Katia Haller, Karen Witt, Carla Zamora, Ernesto Flores, Estelí García, Elisa Lozano, Francisco Ortiz, Octavio Quesada, Daniela Gaxiola, Osiris Puerto y María Sánchez.

Agradezco profundamente a Armando González Morales sus atinadas observaciones. Gracias, Armando, por el canto de los pájaros.

El único problema es que no lo entenderás –añadió–.  
Pero a veces es preferible no entender un sonido a  
entender un silencio...

José Carlos Somoza, *La ventana pintada*

Lo general impregna todas las facetas de su vida, determina incluso su más recóndita intimidad. Para que nuestra fuerza pueda alcanzar su máximo, hay que convertir nuestra subjetividad en objetividad vigente para los demás, es decir, legislar, dominar...

FERNANDO SAVATER, *Caronte Aguarda*

Salí de la tierra,  
nací de tu vientre,  
¡ay, maricona, que me quiten la vida,  
que me quiten la vida!  
Vivir y soñar,  
vivir y soñar,  
salí buscando mi libertad.  
GITANOS ANDALUCES, Cante  
flamenco

# Índice

<b>Introducción</b> .....	8
---------------------------	---

## **Capítulo 1. Guerrilla, Historia y Memoria**

Algunas consideraciones preliminares

<b>I.</b> Sobre los usos de la palabra guerrilla .....	26
<b>II.</b> Sobre México y sus guerrillas .....	34
<b>III.</b> Sobre algunos usos de la memoria: silencio social y silencio oficial .....	53
<b>IV.</b> Sobre el estado del arte .....	76

## **Capítulo 2. Otras maneras de decir**

<b>I.</b> La novela: ficción y realidad .....	102
<b>II.</b> Resumen de la novela <i>¿Por qué no dijiste todo?</i> , de Salvador Castañeda y algunos datos biográficos .....	108
<b>III.</b> Sociología y literatura: la guerrilla desde la novela .....	111

## **Capítulo 3. *¿Por qué no dijiste todo?***

<b>I.</b> Sobre el autor y el género: una novela que sea verdadera .....	124
<b>II.</b> Sobre la novela testimonial de guerrilla y el poder de los espacios legibles .....	137

<b>Reflexiones finales</b> .....	152
----------------------------------	-----

<b>Glosario</b> .....	158
-----------------------	-----

<b>Bibliografía</b> .....	164
---------------------------	-----

## Introducción

[...] el arte novelesco rehace la creación misma, tal cual nos es impuesta y tal cual es rechazada. Bajo uno de sus aspectos [...] este arte consiste en elegir a la criatura contra su creador. Pero más profundamente aún, se alía con la belleza del mundo o de los seres contra las potencias de la muerte y del olvido. Así es como su rebeldía es creadora.

ALBERT CAMUS, *El hombre rebelde*

Las guerrillas que aparecieron en el México de la segunda mitad del siglo XX fueron omitidas cerca de treinta años del discurso académico y político de nuestro país. Para afianzar socialmente esta omisión fue necesario que los discursos dominantes producidos e impuestos por las instituciones del Estado se legitimaran y reprodujeran al interior de sus sociedades. Para lograr esto, los estados requieren de recursos institucionales centralizados y de proporciones nacionales para invertir en estrategias que generen los consensos necesarios. Las instituciones estatales; los medios de comunicación de masas; las entidades escolares y religiosas; así como también las corporaciones económicas, son los centros productores y distribuidores de significados en el espacio social: entre estos actores existen relaciones, correspondencias e interdependencias concretas en relación con la puesta en juego de saberes y discursos que se incorporan en los distintos sectores sociales a manera de cultura, es decir, como diversas representaciones sociales que configuran la realidad social<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> De acuerdo con Pierre Bourdieu, entendemos por cultura el campo de lo simbólico, estructurado a partir de formas objetivadas y formas interiorizadas. Las primeras son símbolos objetivados bajo formas de prácticas rituales y de objetos cotidianos, religiosos, artísticos, etcétera. Las segundas, refieren a formas simbólicas y estructuras mentales interiorizadas por los individuos –teoría del *habitus* o de las disposiciones– como son los esquemas de percepción (cognitivo), de apreciación (valorativo) y de acción (pragmático). Sus dimensiones tienen que ver con el *eidos* (cognitivo o visión), *ethos* (valorativo, emocional), *aisthesis* (gusto por lo estético) y *hexis* (cómo movemos el cuerpo, disposiciones corporales). Véase, Pierre Bourdieu, 4ª. ed.: 2007 (c1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona. Esta forma de entender la cultura se puede homologar con la definición de cultura propuesta por Gilberto Giménez: la cultura es la organización social del sentido interiorizado por los sujetos (individuales o colectivos) y objetivado en formas simbólicas; todo ello en contextos

Lo anterior supone, además, una serie de discursos que se legitiman en situaciones específicas para que la comunicación entre emisores y receptores se reconozca como válida en un grupo, más allá de las resistencias y heterogeneidad de significados que circulan en una sociedad. Ciertamente, la configuración de una realidad social va acompañada, de modo sutil o explícito, de las representaciones sociales que el discurso dominante legitima como verdadero; circulan como parte de los referentes culturales de su realidad.

En el caso de las guerrillas mexicanas, uno de los efectos que tal fuerza conformadora de la cultura dominante ha tenido es el encubrimiento de éstas con un discurso capaz de poner en tela de juicio su existencia y realidad; de imprimir un sello de ilegitimidad respecto a sus fundamentos; o bien, de ser ignoradas y omitidas del lenguaje. A esto agregamos que penetrar en temas como el de los movimientos armados en México enfrenta otro problema: la clandestinidad. Esta cualidad complica la recopilación de información no sólo porque el Estado dejó muy pocos registros sobre las prácticas de represión en contra de estos grupos, sino también porque la lógica de la misma guerrilla requiere de la clandestinidad: los mismos guerrilleros no asentaron públicamente sus experiencias como militantes durante casi treinta años.

A pesar de lo anterior, el estudio de esos movimientos armados está hoy día en proceso de construcción. La vigencia de distintos discursos en torno a dichos movimientos atraviesa en el presente, y de manera franca, las esferas académica, política y social. Precisamente sabemos de la existencia de una cantidad de grupos guerrilleros urbanos y rurales en todo el país a lo largo del siglo XX hasta la fecha<sup>2</sup>. También sabemos que las luchas armadas durante el siglo pasado fueron continuas,

---

históricamente específicos y socialmente estructurados. Gilberto Giménez, 2005, *Teoría y análisis de la cultura*, 2 vols., CONACULTA/ICOCULT, México, vol. I, pág. 85.

<sup>2</sup> Según el periódico *Reforma*, los escenarios que hasta ahora se conocen de las guerrillas contemporáneas ubicadas son: Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) –Distrito Federal, Puebla, Veracruz, Chiapas, Morelos, Estado de México–; Ejército Popular Revolucionario (EPR) –Distrito Federal, Puebla, Veracruz, Tabasco, Oaxaca, Guerrero, Morelos, Estado de México–; Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres-Comando Justiciero 28 de junio (CCRP-CJ28J) –Guerrero; Tendencia Democrática Revolucionaria (TDR) –Guerrero–; Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) –Distrito Federal, Guerrero, Morelos; Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI) –Puebla, Guerrero, Morelos–; Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP) –Guerrero–. Nota de Guadalupe Irizar, 2001, en periódico *Reforma*, México, 21 de julio. Por otro lado, esta información no cancela la posibilidad de la existencia o gestación de otros grupos.

tanto en el ámbito rural como en el ámbito urbano, y que las circunstancias que las rodearon varían en lo simbólico y lo material, aunque podemos afirmar que en ambos tipos de guerrilla su pretensión fue la de transformar sus propias condiciones socio-históricas.

Asimismo, existe el acuerdo tácito de que no fue sino a partir del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional que se «[...] estimuló el estudio de los movimientos armados en las distintas regiones del país.»<sup>3</sup> Es apenas en la década pasada que los debates y las investigaciones en torno a este tema se han abierto para estudiar «[...] las consecuencias de la guerra sucia y la naturaleza de los grupos que optaron por la violencia.»<sup>4</sup> Justamente, después del levantamiento zapatista del 94, la discusión pública centró su atención también en los movimientos armados que

---

<sup>3</sup> Jesús Ramírez Cuevas, 2002, “La guerrilla en las regiones de México. La academia recupera la memoria”, en periódico *La Jornada*, suplemento *Masiosare*, núm 243, México, 18 de agosto.

<sup>4</sup> Doc. cit. Cabe señalar que el término *guerra sucia* es un término polémico. Para empezar toda *guerra es sucia* puesto que se derrama sangre, se violentan poblaciones enteras, se asesina; situaciones que estrictamente nos impide hablar de que exista una *guerra limpia*. Ahora bien, el término guerra sucia existe en el derecho internacional y su significado es distinto al que se le ha dado para definir el periodo histórico abordado en este trabajo. La discusión que Ignacio Carrillo Prieto mantuvo como Fiscal de la extinta Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) respecto al término de guerra sucia es, a grandes rasgos, la siguiente: «No fue una *guerra sucia*, porque no es una confrontación en la que el Ejército se olvida de la Convención de Ginebra, en la que se exige que los contendientes respeten la calidad del prisionero, las reglas de rendición o de capitulación. *Guerra sucia* es la que no respeta esas reglas; aquí lo que hay es la comisión de delitos.» Ignacio Carrillo Prieto, 2003, “Entrevista/Ignacio Carrillo Prieto, Fiscal Especial para Desapariciones”, en periódico *La Jornada*, México, 30 de enero. Otros articulistas señalan que el término *guerra sucia* es «[...] una forma decir las cosas, un eufemismo para no decir *genocidio*, ejecuciones sumarias, asesinatos a sangre fría, desaparecidos, torturados.» En este mismo artículo se señala más adelante que «[...] nunca se presentó una conflagración, en realidad no se puede decir que haya sido una guerra, ni mucho menos un enfrentamiento entre dos fuerzas militares. Se habla metafóricamente de guerra sucia, como se hace referencia a la guerra de baja intensidad, la guerra fría, la psicológica.» Javier Pérez Durán y Héctor Magaña Vargas, 2002, “La guerra sucia en México en la Década de los Setenta: una Historia de Infamia, Genocidio y Represión”, en revista *Cuestiones de América*, núm. 10, agosto-septiembre, México. Aun lo anterior, el concepto de guerra sucia en México define la época de mayor represión física y psicológica por parte del Estado hacia la oposición, principalmente la que encabezaron los grupos armados durante la década de los setenta. Cabe aclarar que «[f]ueron los periodistas nacionales quienes a partir de la década de los ochenta retomaron el concepto del lenguaje de uso común en el cono sur, donde éste era empleado como indicativo del terror de las dictaduras militares, para denunciar situaciones irregulares de intervención del ejército contra las organizaciones guerrilleras y la población civil.» Adela Cedillo, 2008, *El fuego y el silencio. Historia de las FPL*, tomo VIII, de la serie *México: Genocidio y delitos de lesa humanidad. Documentos básicos 1968-2008*, 10 tomos, Comité 68 Pro Libertades Democráticas, A.C., México, pág. 76. Este término se ha generalizado entre académicos, organizaciones civiles, sobrevivientes de dicho periodo y medios de comunicación de masas, así como en la sociedad en general, por lo que hemos decidido respetar esta convención.

surgieron en el pasado y los cuales fueron silenciados en los discursos oficiales. Esta observación es de suma importancia, ya que la discusión pública sobre los movimientos guerrilleros contemporáneos ha permitido también que familiares, sobrevivientes y organizaciones civiles sean ineludibles en el debate público<sup>5</sup>. En consecuencia, estamos presenciando una lenta pero creciente recuperación de información relativa a los distintos movimientos armados, tanto rurales como urbanos de nuestro país. No sólo aquellos que fueron protagonistas durante la década de los setenta, sino también aquellos que marcaron el punto de partida durante y después de la institucionalización de la Revolución de 1910.

Sin embargo, a pesar de la relativa apertura de documentos y archivos sobre el periodo de la guerra sucia en México y la elaboración de textos que reconstruyen histórica y sociológicamente los movimientos armados, aún persiste su omisión en los discursos políticos generados desde las instituciones estatales y en aquellas instituciones que intervienen en los procesos de generación y reproducción de los discursos sociales dominantes. Esta incompatibilidad de informaciones pone de manifiesto que existe un conflicto de intereses entre los distintos actores involucrados y evidencia que existen discursos diferenciados al interior de la construcción histórica de México. Se trata, pues, de situar en este conflicto la vigencia en el presente de un pasado significativo para determinados grupos sociales. Esto nos remite necesariamente a los problemas de la memoria colectiva, a sus disputas y conflictos, a su lucha por el reconocimiento y a la apuesta por la apropiación y resignificación de un espacio simbólico en la historia nacional y sus discursos sociales, pues dichos movimientos armados están vivos en la memoria de un sector de la sociedad que fue protagonista o testigo de estos.

De hecho, por casi tres décadas todas esas memorias no habían logrado traspasar el ámbito privado. Sin embargo, en la actualidad, encontramos que los recuerdos de dichos sectores se hallan en pugna en la esfera pública. Esta disputa traslada las experiencias y los recuerdos de los individuos de la esfera privada a la

---

<sup>5</sup> Nos referimos a quienes han luchado después del 68 y desde la década de los setenta para lograr la presentación física de los desaparecidos por los aparatos coercitivos del Estado, así como también por la exigencia de que las mismas instituciones estatales ejerzan justicia.

esfera pública *ergo* al plano de la política. En este sentido, la lucha por la resignificación de los discursos elaborados en torno a las guerrillas de interés no se cierra en la búsqueda de que estos movimientos sociales sean reconocidos en la construcción histórica, sino esa disputa por la creación o apropiación de un lugar en los discursos sociales implica también el reconocimiento político, lo que conlleva, a su vez, la necesidad de una tipificación jurídica en relación con las prácticas represivas del Estado mexicano. Por ello, y de acuerdo con Gilberto Giménez, «[l]a lucha por la apropiación de la memoria colectiva, lejos de quedar confinada en el ámbito de la historia o de la etnoantropología, constituye un asunto de candente actualidad política.»<sup>6</sup>

En contraste con tal proceso de recuperación de información y de registros, así como la existencia en el presente de una lucha por la apropiación de un lugar histórico, político y jurídico, las guerrillas y la guerra sucia han sido continuamente recreadas desde la década de los setenta en un espacio al que no interesa la comprobación histórica: la literatura de ficción<sup>7</sup>. Desde hace treinta años los movimientos armados han sido tema central en una significativa cantidad de novelas, cuentos o relatos. Algunos de estos textos fueron creados bajo contextos históricos o coyunturas políticas adversas. Lo que se quiere decir con esto es que paralelamente a la censura en los discursos dominantes sobre el tema y al surgimiento de distintos movimientos armados, han proliferado hasta nuestros días textos de ficción que tienen como tema central las guerrillas urbanas y la represión que distinguió a la llamada guerra sucia. Estos textos organizan bajo la lógica de la ficción y bajo su propio decir estético, hechos que no fueron abordados desde el discurso político y académico dominante.

Consideradas las guerrillas desde la producción estética, podemos argumentar que estos grupos han sido el tema del que se valen diversos autores para representar una narrativa específica de un periodo pendiente en la historia de nuestro país. Estos

---

<sup>6</sup> Gilberto Giménez, *op. cit.* Vol. II, pág. 117.

<sup>7</sup> La acepción del término *literatura* usada aquí es tomado del *Diccionario de uso del español* de María Moliner: a) Arte que emplea como medio de expresión la palabra hablada o escrita. b) Actividad del literato. c) Conjunto de obras literarias: «La literatura clásica. La literatura francesa del siglo XIX.» María Moliner, 21<sup>a</sup>. reimp.: 1998 (c1967), *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Gredos, España, s.v. Literatura. A diferencia del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, la definición dada por Moliner amplía el término literatura al incorporar la *palabra hablada* en su definición. Ello nos permitirá tomar en cuenta a la literatura como *literatura hablada*, incorporada en los procesos de textualización.

textos proyectan y entrañan una realidad social textual susceptible de ser estudiada, ya que dicho género «[...] provee un acervo nutrido de información al investigador [...]»<sup>8</sup>. Esta forma de narrar y de representar las realidades en que los distintos grupos guerrilleros se gestaron y extinguieron, o fueron desaparecidos por los aparatos coercitivos del Estado, nos ofrece vasta información, aunque, como diría Edmond Cros, «[e]l texto de ficción no nos da una información como nos la puede dar una documentación periodística, sino que nos las da gracias a su capacidad específica de acumular información.»<sup>9</sup>

Tal acumulación de información refiere a la producción artística literaria como un producto, práctica y objeto social que contiene de manera intrínseca su propia producción simbólica, esto hace del texto de ficción una fuente de conocimiento teórico y analítico inscrita en sí misma y, a su vez, un posible objeto de estudio para la sociología: los movimientos armados representados en las novelas se transforman en símbolos al revelarse miméticamente en cada una de las formas de actuar, pensar y dialogar de nuestros personajes. Es decir, para mirar a las guerrillas urbanas desde las novelas no basta con que se hable de éstas o se utilicen elementos que las refieran, sino se hace necesario rastrear en cada uno de estos textos los elementos espacio/temporales que recrean dicho periodo, pues estos condensan los paisajes, las prácticas, los discursos, los puntos de vista y las posiciones ideológicas de los distintos protagonistas. Estas formas de narrar concentran en un espacio ficticio prácticas cotidianas y representaciones heteróclitas vividas desde sus personajes en un máximo de economía para representar «[...] *la dimensión histórica de la existencia* [...]»; o bien,

---

<sup>8</sup> Lancelot Cowie, 1996, *La guerrilla en la literatura hispanoamericana. Aporte bibliográfico*, Universidad Simón Bolívar/Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, Venezuela, pág. 19. Cowie ofrece en su texto un acervo bibliográfico importante hasta entonces elaborado, no sólo en lo que respecta a la narrativa de ficción (novela y cuento, incluyendo la poesía), sino también aporta fichas bibliográficas sobre artículos, antologías, estudios históricos y sociológicos, biografías y bibliografías, ensayos, estudios críticos y entrevistas, manuales, ponencias, reseñas y reportajes, tesis y testimonios guerrilleros elaborados en distintos países latinoamericanos. Algunas de las novelas fueron encontradas a partir de este texto. Otras fueron recopiladas por la autora de esta tesis y algunas más por la Dra. Gilda Waldman M. Es pertinente señalar que no consideramos esta recopilación exhaustiva. Véase también, Conrado Hernández López (coord.), 2004, *Historia y novela histórica*, El Colegio de Michoacán, México. Este texto contiene distintos ensayos sobre novela y guerrilla en México.

<sup>9</sup> Edmond Cros, 1986b, "Introducción a la sociocrítica", Conferencia No. 1, en revista *Artes y Letras*, Vol. X (1), Universidad de Costa Rica, pág. 71.

para recrear «[...] *una situación histórica*, que describe una sociedad en un momento dado, una historiografía novelada.»<sup>10</sup>

Así pues, desde los primeros años de la década de los setenta hasta la fecha se han publicado diversas obras literarias –novela, cuento y relato– en torno a los movimientos guerrilleros en México<sup>11</sup>:

1. 1971, *La fórmula*, Juan Miguel de Mora (guerrillas latinoamericanas)
2. 1973, *Si tienes miedo*, Juan Miguel de Mora
3. 1973, *Nueva utopía (y los guerrilleros)*, René Avilés Fabila
4. 1975, *El infierno de todos tan temido*, Luis Carrión Beltrán
5. 1976, *Érase una vez un presidente...*, Juan Miguel de Mora<sup>12</sup>
6. 1977, *Guerra y Sueño*, Salvador Mendiola
7. 1979, *Al cielo por asalto*, Agustín Ramos
8. 1980, *¿Por qué no dijiste todo?*, Salvador Castañeda
9. 1981, *Manuscrito hallado en un portafolio*, Fernando Curiel
10. 1982, *La vida no vale nada*, Agustín Ramos
11. 1982, *La sangre vacía*, Rubén Salazar Mallen
12. 1985, *Ahora que me acuerdo*, Agustín Ramos
13. 1986, *El secuestro de Lucio Cabañas*, Arturo Martínez Nateras
14. 1986, *Dientes de Perro*, Ramón Gil Olivo
15. 1986, *Ya despunta la aurora*, Héctor Raúl Almanza
16. 1988, *Mariana*, María Teresa O'Connor Rocha
17. 1989, *El terrorista*, Jozar Lego
18. 1989, *Tiempo de morir*, Miguel Escobar
19. 1991, *Los diques del tiempo*, Salvador Castañeda (diario de la cárcel)
20. 1991, *La guerra de Galio*, Héctor Aguilar Camín

---

<sup>10</sup> Véase, Milan Kundera, 2ª. ed.: 2004 (c2000), *El arte de la novela*, Fábula TusQuets Editores, España, pág. 47. Las cursivas son del autor.

<sup>11</sup> Al final de esta tesis se especifican las referencias bibliográficas de los textos enlistados.

<sup>12</sup> Esta novela no trata explícitamente de las guerrillas de los años setenta en México. En su lugar, se trata de una novela política que tiene como tema la *revolución*. Esta revolución será lograda por un presidente que decide cambiar el rumbo del país en contra de las relaciones de fuerza que dominan la política mexicana, y apoyado por la sociedad en una manifestación que reúne además tanto a la derecha como a la izquierda política del país, logrando con ello el cambio total del sistema político –situación similar respecto al apoyo de la población en una creciente oposición durante la Revolución cubana–. En la novela, tal situación se da como consecuencia de la deslegitimación del régimen político y debilidad estructural respecto al cumplimiento de las leyes constitucionales, situación que conllevó una «alianza de clases» manifestada en contra de una fuerte oposición a la *élite* política dominante. He decidido incluir en esta lista dicha obra pues ofrece una forma de representar la política mexicana de aquel periodo. Esta obra además forma parte de la *tetralogía T-68, por fin toda la verdad; Por la gracia del Sr. Presidente. México: la gran mentira*; y la novela señalada arriba, *Si tienes miedo*. Todas ellas, escritas por el periodista. Asimismo, en 1967, Juan Miguel de Mora escribió la novela *La rebelión humana*, obra que reúne personajes históricos considerados líderes activos a favor de la libertad y la justicia: Espartaco, Simón Bar Közebhä, Guillaume Caillet, Tomás Münzer, Florian Geyer de Geyesberg, entre otros.

21. 1991, *Guerra en el paraíso*, Carlos Montemayor
22. 1992, *La patria celestial*, Salvador Castañeda
23. 1996, *El de ayer es él*, Salvador Castañeda
24. 1996, *Veinte de Cobre. Memoria de la clandestinidad*, Fritz Glockner
25. 1996, *La guerra de los justos*, Gustavo Hiraes
26. 2000, *Por supuesto*, Ignacio Retes
27. 2002, *Papel Revolución*, Salvador Castañeda
28. 2003, *Las balas del alba*, Carlos Montemayor
29. 2004, *Cementerio de papel*, Fritz Glockner
30. 2007, *La fuga*, Carlos Montemayor
31. 2010, *Las mujeres del Alba*, Carlos Montemayor (post mórtem)

Por último, es importante recordar que en la versión gubernamental se ubican *El Guerrillero I y II*, escritas bajo el seudónimo “Camarada Ernesto”. Asimismo, circuló un libro titulado *¡Qué poca ma... dera!* (1968) de “Prudencio Godinez Jr.”<sup>13</sup>

En definitiva, diversos son los objetos de estudio sociológico que de esta serie de textos se pueden construir. Problemas que pueden ir desde las condiciones de producción, distribución y consumo, hasta la reconstrucción de las representaciones sociales creadas en esas realidades ficticias. En este sentido, partimos de la premisa de que la literatura de ficción, específicamente, la novela, no presenta una realidad inmediata o concreta, sino representa, a partir de la estetización del discurso, una realidad social textual a la cual el autor dota de un carácter específico y singular sin

---

<sup>13</sup> Los textos *El guerrillero I y II*, tratan sobre las guerrillas de Lucio Cabañas y la Liga 23 de septiembre, los cuales, junto con otros libros en torno al movimiento del 68 –*Jueves de Corpus Sangriento*, Antonio Solís Mimendi y *El Móndeigo, bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, de “El Móndeigo”–, son de elaboración gubernamental. Según Scherer, “El Móndeigo” «[...] terminó en la fosa común, participó en la primera línea del movimiento del 2 de octubre y murió en la grisura del anonimato». Véase, Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, 2003, *Tiempo de Saber. Prensa y poder en México*, Aguilar, México, pág. 86. Tales textos son mencionados también en una entrevista realizada a Sergio Romero Ramírez, *El fish*, para la revista *Proceso*. El entrevistado afirma haber sido «[...] activista gubernamental, leal a Díaz Ordaz y al general Corona [...]». Sobre los libros sostiene que «[d]e la Secretaría de Gobernación salieron estos tres libros. Todos son de la misma editorial y son de la misma pluma, un hombre de paja, porque los autores no existen.» Más adelante habla: «[...] los repartía la Dirección Federal de Seguridad [...] y los responsables eran Fernando Gutiérrez Barrios, Miguel Nazar Haro y Luis de la Barreda.» De la redacción hace responsable a Jorge Joseph, «[...] alcalde de Acapulco a principio de los sesenta.» Tales textos, según el entrevistado, tenían la finalidad de inventar y «[...] pretendieron torcer la verdad de la represión gubernamental [...]». Alvaro Delgado, 2003, “Las confesiones de *El Fish*, activista y golpeador progubernamental”, en revista *Proceso*, Núm. 1405, 5 de octubre, págs. 22-25. Por otro lado, sobre *¡Qué poca ma... dera!*, Scherer señala que fue publicado en 1968, por Godines, sobreviviente del grupo de Gámiz al asalto al Cuartel Madera. Libro «[...] que circuló sin derechos de autor, sin registro ante la ley, sin editorial, suelto como el azar.» Véase, Scherer García y Monsiváis, *op. cit.*, pág. 92.

cancelar su vínculo con los marcos sociales. Es decir, ni el autor ni la obra literaria clausuran sus relaciones objetivas. Tampoco suspenden sus cualidades valorativas y sus disposiciones respecto al mundo, pues son éstas, finalmente, la materia prima de la que se vale para crear su realidad estética, pues la realidad representada remite a los referentes existenciales del autor. Justamente, retomando a María Moliner, la palabra hablada permite tomar en cuenta la incorporación de ésta en los procesos de escritura. O, como sostiene Jean Duvignaud, «[c]uando aludimos al carácter específico de la creación, pensamos en la *práctica artística*, tal y como se define en el rico y confuso entrelazamiento de las relaciones humanas, las oposiciones de los grupos y sus recíprocas funciones, al nivel de los múltiples ‘dramas’ de la experiencia cotidiana en la cual se juega, a fin de cuentas, esa *apuesta* que una obra de arte auténtica representa.»<sup>14</sup>

Ahora bien, frente a tal producción de textos de ficción, más allá de la ausencia o no de información histórica, esta forma de narrar la guerra sucia y sus guerrillas desplaza a la memoria colectiva hacia un mundo novelístico, cuya construcción discursiva da cuenta de una serie de datos de la realidad sobre un periodo histórico negado por el discurso político dominante, pero sometidos a la lógica de la ficción. En este sentido, sostenemos aquí que tal desplazamiento es una forma de afianzar, asegurar y defender el poder que tiene la escritura; una escritura ficcional que descansa sobre la fuerza de la verosimilitud y a la que no interesa legitimarse como verdad histórica. Sencillamente, la literatura de ficción sobre las guerrillas urbanas nos obliga a replantear, en términos políticos, la existencia de otras formas discursivas que no necesariamente están a la luz de la racionalidad científica. Implica, pues, que a lo largo de tres décadas se han construido otras formas discursivas que representan una realidad que la historia oficial no permitía siquiera nombrar en el espacio público.

Por otro lado, la notoria producción de literatura de ficción que se articula en torno a las guerrillas urbanas y el periodo de la guerra sucia, hace patente un fenómeno dentro de la narrativa mexicana en el seno de un periodo histórico específico. Por ello,

---

<sup>14</sup> Jean Duvignaud, 2ª. ed.: 1988 (c1969), *Sociología del Arte*, Ediciones Península, Barcelona, pág. 27. Las cursivas son del autor.

consideramos que la existencia de una cantidad importante de estas novelas, implica – intencionalmente o no– un distanciamiento respecto a la posición que la historia oficial ocupa en la cultura de nuestro país. Asimismo, consideramos que la escritura novelada de las guerrillas mexicanas incorpora un pasado omitido y silenciado por las instituciones dominantes en el espacio social, espacio en el que otras memorias hoy día se encuentran disputando su derecho al reconocimiento histórico y político<sup>15</sup>. La ficción, en este caso, es el medio por el cual dicho pasado se transforma en un presente significativo al recuperar lo no dicho en la producción discursiva dominante y la escritura de la historia.

Sin duda, la coyuntura política e histórica en que se enclavan esas novelas determina también la trascendencia sociológica que dicha producción representa en la actualidad, pues una gran parte de esas novelas se escribieron y publicaron bajo el mismo contexto de la represión y el autoritarismo del Estado, así como también la criminalización o el silencio de los medios de comunicación de masas, incluyendo la omisión histórica de dichos movimientos en los espacios de producción de conocimiento. La ficción fue un recurso utilizado, tanto por escritores consagrados y periodistas para hablar sobre la violencia del Estado y las guerrillas, como por distintos ex guerrilleros para escribir sus experiencias sobre lo vivido durante ese periodo. Esto nos obliga a preguntarnos si la escritura novelada es, en medio de un contexto político adverso, el resultado de las mismas condiciones de censura y represión estatal. Dicho de otro modo, lo anterior nos obliga a preguntarnos si tal producción literaria implicó, por un lado, un acto político y una necesidad de romper el silencio político e histórico y, por el otro, la re-significación en el presente de dichos movimientos a través de la escritura de ficción.

Más allá de las intenciones de cada autor, esas preguntas son las que se perfilaron cuando la prolífica producción novelística, sobre la guerra sucia y sus

---

<sup>15</sup> Cuando hablamos de espacio social nos referimos a la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones sociales que lo constituyen yuxtaponiéndose a manera de estructura. «Así la estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social.» Pierre Bourdieu, 2000a (c1999), “Efectos de lugar”, *La miseria del mundo*, FCE, Argentina, págs. 120-121.

protagonistas, evidenció una suerte de vacío en la historia de nuestro país, así como también frente a la escasez de registros verificables o susceptibles de ser corroborados sociohistóricamente. De esta manera podemos decir que los vacíos históricos en los discursos dominantes no son autotélicos, sino que es necesario que otros discursos se confronten con los discursos dominantes y cuestionen la visión oficial de la historia para evidenciar la omisión o el silencio en torno a otras memorias colectivas.

Los vacíos históricos sólo se crean y se evidencian en el momento en que otras memorias entran en disputa con los referentes históricos que se producen en los estados democráticos modernos. Esta disputa representa políticamente una lucha por el reconocimiento y enunciación de dichas memorias en la construcción histórica. Por esta razón pensamos que los textos de ficción que tematizan las guerrillas urbanas de los setenta entran también en conflicto; que si bien es cierto que las narrativas de ficción no se introducen como información histórica o periodística, ni como meros testimonios en las realidades creadas por los autores, lo que sí resulta es que se incorporan en el presente como símbolos de un pasado silenciado en la historia: estos textos desempeñan un papel enunciador y movilizador de las representaciones sociales sobre dicha época durante su lectura.

De ahí, entonces, que se pueda formular la tesis central de esta investigación: la producción estética en torno a las guerrillas urbanas de los setenta en México insinúa —*insinuar*— un poder que tiene la capacidad de situar los vacíos históricos, nombrarlos y transformarlos en espacios legibles<sup>16</sup>. Esta investigación pretende demostrar cómo la literatura de ficción que versa sobre las guerrillas de los setenta posee la cualidad de re-significar la memoria colectiva al crear sus propias realidades textuales e introducirse en el ánimo, así como en el espacio y tiempo histórico de los lectores para habitar o apropiarse de un espacio simbólico significativo en oposición a los discursos históricos dominantes de dicho periodo. Discursos que, además, determinaron los factores que intervinieron para que se constituyera la invisibilidad pública de estos movimientos y el

---

<sup>16</sup> Michel de Certeau utiliza el verbo *insinuer* en los dos sentidos que en los usos del francés tiene: «[...] aparte del sentido de 'hacer penetrar en el ánimo', *insinuer* significa 'introducir' algo físico. (N. Del T.)». Michel de Certeau, 2000, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, pág. XXIII.

inexistente acceso a la información durante treinta años. Esto nos lleva a un segundo propósito: qué singularidad novelística se puede llegar a producir bajo la censura, la violencia y la represión política.

Ahora bien, debido a la cantidad de textos señalados y las condiciones de producción de esta tesis, no podremos abarcar toda la información recabada y hallada durante el proceso de investigación. En consecuencia, este trabajo recupera como unidad de análisis la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, de Salvador Castañeda, publicada en 1980<sup>17</sup>. En cuanto al criterio de selección, es relevante aclarar que la preferencia de esta novela está orientada hacia la obtención de información necesaria y, de esta manera, maximizar su utilidad para nuestros propósitos. Hemos preferido esta obra ya que, por un lado, el autor fue guerrillero del Movimiento Acción Revolucionaria durante la década de los setenta y, por el otro, la novela ha sido seleccionada con base en las expectativas construidas en torno a su propia singularidad, la cual trataremos de analizar a lo largo de este trabajo. Cabe aclarar que con esto no se pretende englobar a todas las novelas de guerrilla para establecer generalizaciones como si fuera un estudio estadístico. Sin embargo pensamos que esto nos permite entender los temas y estilos que pueden crearse en determinados periodos históricos.

Así pues, la pertinencia de este trabajo radica en que las novelas que narran las diferentes historias guerrilleras de los setenta en México han sido poco exploradas desde la sociología. Por un lado, estudios de este tipo pueden aportar una forma más para interpretar los discursos y significados circulantes en una sociedad, ya que la organización estética en los procesos de escritura se halla cimentada en el orden singular de los momentos espacio-temporales, pero también dicha organización depende de los significados. Por ello, en términos estéticos «[...] la forma no sólo puede ser espacial y temporal, sino semántica.»<sup>18</sup> Y, por el otro, dichos textos instauran, desde su propia lógica discursiva y bajo determinados contextos o coyunturas políticas, una

---

<sup>17</sup> Salvador Castañeda, 1980, *¿Por qué no dijiste todo?*, Grijalbo/Secretaría de Educación Pública, Colección Segunda Serie. Lecturas Mexicanas, México.

<sup>18</sup> M. M. Bajtín, 11<sup>a</sup>. ed.: 2003 (c1982), *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, México, pág. 123.

disputa por el reconocimiento histórico puesto que permiten, de manera explícita o implícita, la interpretación de la censura y la omisión oficial como intersticios, como vacíos históricos respecto a nuestras guerrillas. Dicho de otro modo, a través de la lectura de las distintas historias recreadas en las novelas se movilizan los referentes de un pasado oscurecido y, en consecuencia, se pueden ubicar dichos vacíos al hacerlos legibles, aun cuando es ficción. Esto, por supuesto, más allá de las intenciones de cada autor.

Para alcanzar nuestros propósitos es importante distinguir dos premisas. La primera, que tanto el relato o la narración de ficción –como cualquier argumentación– sintetiza dos niveles de fundamental interés para la sociología, a saber: el de las prácticas y el de las representaciones; esto es, el sentido (orientaciones de las prácticas y sus significados). En este caso, es la escritura y lectura de las realidades ficticias las que ofrecen la totalidad de sus posibilidades interpretativas —tanto de las prácticas de los personajes, como de sus discursos—, posibilidades fundamentales para el estudio de la literatura de ficción, pues partimos de la idea de que lo que se transfiere en el discurso, cualquiera que éste sea «[...] no es la experiencia tal como es experimentada, sino su significado. [...] La experiencia tal como es experimentada, vivida, sigue siendo privada, pero su significación, su sentido se hace público.»<sup>19</sup> La segunda premisa nos coloca en los límites que el texto de ficción conlleva respecto a las ciencias sociales. Se trata de textos de ficción que como tales no se pueden tomar como fuentes fidedignas o comprobables históricamente. La ficción no es un espejo de la realidad o de la sociedad inscrita en el texto, sino una forma específica de representar las realidades bajo una lógica que no es científica ni cotidiana, sino estética. Con la creación artística no se pueden reconstruir hechos históricos, como si fueran sucesos ocurridos, pues en la novela los espacios, tiempos y personajes «[...] son simplemente ‘irreales’; e ‘irreal’ es también la experiencia que la ficción describe.»<sup>20</sup> Por ello, sería un error entender el arte como un «espejo», como un mero «reflejo» de la realidad.

---

<sup>19</sup> Paul Ricœur, 6ª. ed.: 2006 (c1995), *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI Editores/IBERO, México, pág. 30.

<sup>20</sup> Paul Ricœur, 2a. reimp.: 2001 (c1994), “Mundo del texto y mundo del lector”, Françoise Perus (comp.), *Historia y Literatura*, Instituto Mora/UAM, México, pág. 222.

Cuando nos referimos a que las novelas de guerrilla confrontan los discursos dominantes y evidencian los intersticios históricos, no significa que estos textos cubran la función explicativa que un documento histórico o sociológico tiene. Tal reconstrucción explicativa es materia pendiente en las disciplinas sociales. En su lugar, nos referimos a la flexibilidad que la ficción ofrece para representar fenómenos sociales, sean cotidianos o extraordinarios, o bien, cuyos contextos no permiten o permitieron enunciarlos públicamente, como es el caso de algunas novelas de guerrilla. Con esto también nos referimos a la representación de la novela misma como objeto resultante de las condiciones históricas en que se produce, lo que nos lleva a las representaciones sociales delimitadas –conscientemente o no– por el mismo autor en el momento de la escritura. Por último, nos referimos a la producción simbólica que las novelas de guerrilla representan en el contexto actual: el tema de la guerra sucia es cada vez más vigente respecto a los debates sobre la democracia y la reconstrucción histórica de nuestro país. Por ello, si las novelas de guerrilla han sido otras maneras de decir un pasado silenciado y ese pasado silenciado es significativo en el presente para la construcción de la democracia de nuestro país, entonces estamos frente a una escritura que pone en relieve los vacíos que configuran el discurso histórico dotándolos de sentido desde su propia simbolización.

Al momento de explorar las distintas novelas y construir nuestro objeto de investigación para lograr los propósitos enunciados más arriba, se hizo necesaria una sencilla delimitación histórica de las guerrillas urbanas de los setenta de nuestro país, con la intención de interpretar qué se entiende por una guerrilla urbana en México. Paralelamente, también nos llevó a considerar los *constructos* de la memoria colectiva, pues lo que se distingue históricamente en los discursos públicos dominantes es el silencio y la omisión de las guerrillas. En este sentido, los debates ponen el énfasis en la necesidad de re-significar los acontecimientos de ese periodo histórico. Los envites de los sectores involucrados apuntan a la recuperación de registros y testimonios, así como a la reconstrucción sociológica e histórica, en consecuencia, al reconocimiento en el plano de lo político y a la tipificación jurídica de la represión emprendida por las

instituciones estatales con el propósito de que el mismo Estado ejerza justicia sobre dicha represión.

Lo anterior nos obliga a detenernos en la fuerza que tiene el lenguaje para conformar las representaciones y las prácticas dominantes en el espacio social respecto a dichos movimientos, pues, finalmente, dichas representaciones y prácticas se concentran en una lengua nacional que se impone objetivamente como la norma con que se miden todas las cosas. Dicho de otro modo, detenernos en la lógica que se genera desde las instituciones que concentran el poder, cuya capacidad de invertir los recursos necesarios para la producción, reproducción y distribución de las representaciones sociales, así como para la organización de la diferencia y la legitimación de los discursos que fundamentan dicha diferencia, es determinante para entender el lugar que ocupan los movimientos sociales armados en la jerarquía estructural del esquema social dominante; organización que se objetiva al mismo tiempo en los significados y las prácticas en el espacio social.

Por ello, en cuanto al orden de escritura de la tesis, el primer capítulo concentra, en una suerte de consideraciones preliminares, una revisión de los distintos usos del vocablo guerrilla, así como la delimitación de ésta en la actualidad. También se revisan las circunstancias nacionales en que se desarrollaron las guerrillas urbanas de los setenta y la influencia de la guerra fría respecto al Estado mexicano, con la intención de evidenciar la magnitud de la represión en contra de estos grupos y la imposición del silencio en los discursos dominantes. Para elaborar esta sucinta revisión abordaremos los vínculos entre la Revolución cubana, la guerrilla y el guerrillero con la revolución marxista, el socialismo y el comunismo, referentes con los que se clasificaron a las guerrillas urbanas. Estos referentes se reforzaron en México durante la década de los setenta con la aparición de distintas organizaciones político-militares de tendencia socialista en las principales ciudades del país, y fue también, a partir de estas cualidades, que se generaron los discursos y los mecanismos que el Estado mexicano posrevolucionario legitimó para afianzar el lugar histórico que ocuparon las guerrillas en el espacio social y sus efectos de lugar: nos referimos a los significados dominantes en torno a su existencia, a la lógica simbólica que predominó y sus efectos históricos: el

silencio y estigmatización. Ello tiene relevancia en relación con la disputa entre las distintas memorias que actualmente buscan el reconocimiento en el espacio público tanto de la existencia de los movimientos armados, como de la violencia altamente especializada que el Estado mexicano ejerció sobre esos grupos para destruirlos. En este sentido es que se habla de silencio y olvido. Dicho silencio involucra también al ámbito académico y las tendencias que predominaron en el abordaje de los movimientos sociales en México, como veremos en el estado del arte.

Para lograr lo anteriormente expuesto, movilizaremos algunas categorías propuestas por Gilberto Giménez, como son la idea de cultura y las representaciones sociales, esto en conjunción con la idea de mapa semiótico de la cultura, propuesto por William Sewell Jr. Esto para dar cuenta de cómo operan y se imponen las representaciones sociales, las cuales determinan y generan una suerte de *naturalización* de la percepción que se tiene de la guerra sucia y sus guerrillas en el espacio social.

Una vez contextualizado *grosso modo* el periodo en que Salvador Castañeda fue guerrillero y escribió su novela *¿Por qué no dijiste todo?*, trazaremos, en el segundo capítulo, el uso y valor de la novela en la sociología como objeto de estudio, con el fin de mostrar cómo el texto de ficción no clausura sus vínculos con las realidades históricas, pero, al mismo tiempo, cómo una obra estéticamente organizada objetiva un mundo social textual de manera autónoma y verosímil respecto a dichos vínculos y respecto a su autor. Para lograr lo propuesto aquí, tomaremos prestadas algunas categorías de la crítica literaria las cuales nos permitirán resaltar tanto la autonomía de una obra respecto al escritor, como los vínculos que cualquier texto mantiene con el espacio social en que fue creado. Para lo anterior usaremos, entre otras categorías, el concepto de polifonía bajtiniana.

Con ello exploraremos en el tercer capítulo la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, del ahora escritor y ex guerrillero Salvador Castañeda, como una singularidad estética, entendida como producto, práctica y objeto social, resultado –desde nuestra perspectiva– del silencio y la represión emprendida contra esos grupos durante la década de los setenta. En este sentido, proponemos que la literatura de ficción fue el

recurso por el cual Salvador Castañeda, el ex guerrillero, optó para recrear sus experiencias y, por lo tanto, trasladó su existencia como ex guerrillero a la de ser escritor/autor. Visto desde aquí, podemos decir que la escritura de Salvador Castañeda como escritor/autor es otra forma de luchar contra el olvido, sin que esto signifique una escritura testimonial de su vida como guerrillero, pues si bien es cierto que la novela *¿Por qué no dijiste todo?* está atravesada por elementos testificantes, también es cierto que estos se transforman en símbolo al ser conjugados con la ficción; se transforman en una invención de lo que sucedió; en una suerte de engaño y simulación frente a la racionalidad dominante. Para construir lo descrito utilizaremos también la definición de testimonio propuesta por John Beverly y su resultante al conjugarse con la ficción al momento de su escritura.

Así pues, todos los elementos considerados en esta tesis nos orientarán hacia el último apartado del tercer capítulo para ofrecer una mirada, junto con Michel de Certeau, de cómo esta novela es una *manera de hacerle una buena pasada* a los discursos y silencios impuestos, pues no sólo cuestiona y evidencia desde su propia narración lo no dicho en la historia mexicana, sino también cómo la ficción desde su propio decir hace legibles e interpretables los intersticios que marcan el periodo histórico conocido como guerra sucia, para luego, cerrar con unas reflexiones a manera de conclusiones.

La forma de exposición de las ideas y argumentos la haremos en una suerte de pequeños ensayos autónomos entre sí, pero que intentan a lo largo de su lectura dar cuenta de manera orgánica de los objetivos planteados. Para su desarrollo se ha elegido el género ensayístico, gracias al tipo de ventajas que ofrece: Carlo Ginzburg nos recuerda que «[...] la etimología misma de la palabra ‘ensayo’ (del latín tardío *exagium*, ‘balance’) relaciona el género con la necesidad de aportar ideas para su verificación. Pero el término siempre oscila entre ‘prueba’ e ‘intento’ [...]. Ninguna verificación puede ser considerada definitiva [...]»<sup>21</sup>. Así pues, esta tesis también tiene la intención de sembrar las semillas que a futuro puedan germinar como líneas de

---

<sup>21</sup> Carlo Ginzburg, 2003, *Ninguna isla es una isla. Cuatro visiones de la literatura inglesa desde una perspectiva mundial*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, pág. 12.

investigación en relación con el tema. Así como no debemos olvidar que las torpezas, errores y limitaciones a lo largo de las siguientes páginas son responsabilidad de la autora.

**Mayo de 2013, Ciudad Universitaria**

### Guerrilla, Historia y Memoria

Algunas consideraciones preliminares

#### I

#### *Sobre los usos de la palabra guerrilla*

Partiendo de las dudas de John Stuart Mill sobre si «todos los inventos mecánicos hechos hasta ahora han aligerado el trabajo de algún ser humano», Marx demuestra que la maquinaria moderna y la explotación del vapor en realidad habían alargado la jornada de trabajo, haciendo que las condiciones laborales fueran todavía más intolerables.

DANIEL J. BOORSTIN, *Los descubridores*

De ahí que al hombre indócil, con ánimo revolucionario, se le llame subversivo, inadaptado.

PAULO FREIRE, *La educación como práctica de la libertad*

Actualmente, cuando hablamos de los años setenta en América Latina y de sus guerrillas, no podemos evitar los referentes filosófico y político del socialismo y del comunismo. Si bien estos *constructos* de pensamiento no siempre estuvieron ligados al concepto de guerrilla, hoy día estos vocablos resultan semejantes cuando nos remitimos a ellos. No fue sino a partir de los escritos y discursos de Ernesto Che Guevara y la Revolución cubana, que las expresiones guerra revolucionaria y guerrilla se diluyeron al punto de compartir una tesis básica: las guerrillas urbanas se asumieron como una forma de organización político-militar vinculada a la ideología socialista con el propósito de transformar las relaciones de fuerza de los estados capitalistas durante la llamada guerra fría<sup>22</sup>. Conviene entonces subrayar que los significados y usos de la

---

<sup>22</sup> Retrospectivamente, el término guerrilla también se extiende hasta los movimientos de liberación nacional que rompieron con los colonialismos europeos durante las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX.

palabra guerrilla no han sido los mismos a lo largo de la historia moderna. Así pues, en este apartado, revisaremos *grosso modo* los distintos significados de este término.

Como cualquier otra expresión, la palabra guerrilla no es unívoca. Según el María Moliner, la palabra «guerrilla» es el diminutivo del término «guerra», el cual viene del supuesto germano *werra* (discordia, pelea). La expresión guerrilla tiene, según el diccionario, dos acepciones. La primera, tiene que ver con un grupo de hombres poco numeroso que desempeña alguna función especial en un ejército organizado. Es decir, la guerrilla en este caso condensa operaciones militares fragmentarias y, desde el punto de vista práctico, tienen como función debilitar al enemigo. También guerrilla refiere a una línea de tiradores distribuida por parejas o grupos poco numerosos que cubre el flanco o el frente de un cuerpo y hostiliza al enemigo<sup>23</sup>. Ambos usos pueden ser utilizados para definir una estrategia o una serie de tácticas en un ejército regular; esto es, en las fuerzas armadas de un Estado. La segunda acepción, en cambio, refiere a una partida de gente no organizada en ejército regular que hace la guerra hostilizando al enemigo con sorpresas, asechanzas, etcétera, en su propia retaguardia; por ejemplo en un país invadido<sup>24</sup>. Vista desde aquí, la palabra guerrilla describe más a un grupo de personas organizadas para defender su territorio, que a un enfrentamiento entre ejércitos regulares. Por otro lado, la guerra, según Karl von Clausewitz, es «[...] un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario.»<sup>25</sup> Aunque el autor no refiere estrictamente a la idea de guerrilla, los postulados que se encuentran a lo largo del texto *De la guerra* son equiparables con los principios señalados en los usos de la palabra guerrilla.

El concepto de guerrilla se desprendió de la palabra guerra y literalmente significó «[...] ‘pequeña guerra’ y el hombre que participaba en dicha guerra era llamado guerrillero [...]»<sup>26</sup>. Baljit Singh y Ko-Wang Mei sostienen que la palabra *guerrilla* se originó en España, durante la Guerra Peninsular, en los años que van de 1808 a 1814,

---

<sup>23</sup> Véase, María Moliner, *op. cit.*, s.v. Guerrilla.

<sup>24</sup> *Loc. cit.*

<sup>25</sup> Karl von Clausewitz, 1999, *De la guerra*, Colofón, México, pág. 9.

<sup>26</sup> Baljit Singh y Ko-Wang Mei, 1973, *Las modernas guerrillas en la teoría y en la práctica*, Editorial Diana, México, pág. 12.

cuando las tropas de Napoleón fueron acosadas por irregulares y civiles españoles para impedir que éste gobernara el país<sup>27</sup>. Asimismo, Eric Hobsbawm afirma que «[...] las grandes guerras de guerrillas del periodo revolucionario francés y napoleónico se habían hecho siempre contra Francia y nunca a favor de Francia y de su causa revolucionaria.»<sup>28</sup> La guerrilla se asociaba con «[...] movimientos de ideologías arcaicas que los observadores urbanos confundían fácilmente con el conservadurismo o incluso con la reacción y la contrarrevolución»<sup>29</sup>. En su lugar, a los partidarios de la Revolución francesa se les denominaba «patriotas», los cuales se oponían a los «aristócratas»<sup>30</sup>. Análogamente, durante la Segunda guerra mundial, los bolcheviques en la ex Unión Soviética utilizaban el vocablo «partisano», término que definió la resistencia contra los ejércitos alemanes de ocupación<sup>31</sup>.

En cambio, el término guerrilla, como lo entendemos ahora, ha sido utilizado en el discurso sociohistórico y político para remitir, retrospectivamente, a los movimientos de liberación nacional que surgieron en el proceso de descolonización de la posguerra: Madagascar o Indochina y Argelia iniciaron su lucha independentista contra la colonia Francesa; Inglaterra mantenía algunas regiones colonizadas en África; mientras que Vietnam había iniciado su lucha de emancipación social y nacional en los primeros años del siglo XX.

Sin embargo, en América Latina, los referentes que apuntalan hoy día la palabra guerrilla se asocian, principalmente, con los términos revolución, socialismo y comunismo<sup>32</sup>. Esta relación encuentra su asidero en la segunda mitad del siglo XX: «[...]

---

<sup>27</sup> Véase, *loc. cit.*

<sup>28</sup> Eric Hobsbawm, 5a. ed.: en rústica: 2003 (c1994), *Historia del Siglo XX. 1914-1991*, Crítica, Barcelona, pág. 85.

<sup>29</sup> *Loc. cit.*

<sup>30</sup> Véase, Jean Touchard, 7ª. reimp.: 1999 (c1961), *Historia de las ideas políticas*, Editorial Tecnos, Madrid, pág. 362.

<sup>31</sup> Véase, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 85.

<sup>32</sup> La teoría marxiana parte del supuesto de que las sociedades están definidas a partir de los conflictos de clases sociales, los cuales, cuando se agudizan o las desigualdades son cada vez más profundas, dichos conflictos o contradicciones derivan en posibles revoluciones para modificar las relaciones de fuerza, es decir, el modo de producción. Así, para Karl Marx, el Estado y las diferencias de clase desaparecen con el comunismo, pues la sociedad es la que tiene el dominio y posesión de las industrias en beneficio de la igualdad social. Desde esta perspectiva, la sociedad es entendida como comunidad y no como un agregado de individuos, por lo que el trabajo ya no es un medio de subsistencia para el

el término 'guerrilla' no pasó a formar parte del vocabulario marxista hasta después de la Revolución cubana de 1959.»<sup>33</sup> El Che Guevara y Fidel Castro se convirtieron en símbolos de la revolución y liberación latinoamericana. Por ello, desde la revolución castrista-guevarista, la distinción entre guerrilla y guerra revolucionaria<sup>34</sup> se volvió difusa, o bien, las ideologías comunista y socialista se identificaron cada vez más con tales términos: a partir de este momento los movimientos armados de oposición que aparecieron en América Latina se identificaron con el pensamiento político marxiano, la guerra revolucionaria del Che Guevara y el marxismo cubano.

Por lo tanto, se hace necesario preguntarse qué es una guerrilla entendida en nuestro tiempo. Siguiendo el *Diccionario de Política* de Bobbio, encontramos que la guerrilla,

es un tipo de combate que se caracteriza por el encuentro entre formaciones irregulares de combatientes y un ejército regular. Los objetivos que con ésta se persiguen son más políticos que militares. La destrucción de las instituciones existentes y la emancipación social y política de las poblaciones [...]. La guerrilla es típica, en efecto de los estados en que existen profundas injusticias sociales y la población está dispuesta al cambio.<sup>35</sup>

---

individuo, sino una libre expresión de su individualidad. Por ello, en el comunismo la producción está en relación con la necesidad y capacidad de cada hombre y no con base en la explotación, como sucede en el capitalismo. Asimismo para el economista, el *socialismo* es, «[...] en términos generales, *la etapa de transición* al comunismo. Se caracteriza por la existencia de un Estado obrero (u obrero campesino) que tiene por base [que] ninguna clase social es propietaria de los medios de producción más importantes, [en su lugar] se basan en la propiedad social de los medios de producción.» Roger Bartra, 1973, *Breve diccionario de sociología marxista*, Juan Grijalbo Editor, Colección 70, México, v.s. Comunismo y Socialismo. Siguiendo a Bartra, en el socialismo las clases explotadoras han desaparecido al igual que los antagonismos, pero no como tal las clases sociales. La diferencia con el capitalismo está en que la planificación para satisfacer las necesidades de cada una de las clases sociales es el principio fundamental y no la satisfacción de las necesidades de una sola clase. Así pues, el socialismo se vitaliza con la autogestión dirigida hacia el interés público. Entonces, para que el socialismo pueda sentar las bases y llegar a un estado superior que es el comunismo, es necesario que la clase obrera esté en el poder de crear un Estado revolucionario, que posibilite de manera rápida los cambios necesarios en las relaciones de producción e ideológicas. Véase, *loc. cit.* Por ello, para acercarnos al estudio de las guerrillas urbanas en el México de los setenta, es condición *sine qua non* estudiar la teoría marxiana y la tradición marxista.

<sup>33</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 85.

<sup>34</sup> Véase, Norberto Bobbio, *et al.*, 12a. ed.: 2000 (c1981-1982), *Diccionario de Política*, Tomo I (a-j), Siglo XXI Editores, México, s.v. Guerrilla.

<sup>35</sup> *Loc. cit.*

A partir de esa definición vemos que en el devenir histórico moderno se dio una ruptura y cambio de sentido: después de la Revolución cubana las guerrillas se conciben en la ciencia política, la historia y la sociología, así como en el lenguaje común de ciertos sectores sociales, como movimientos sociales que suponen un profundo deterioro de las condiciones sociales, económicas, políticas e incluso culturales de determinados sectores sociales circunscritos a un territorio político específico. En este sentido el sufijo *illa*, se utiliza para denominar la lucha de civiles en una población específica contra un ejército regular o contra las instituciones del Estado, por lo que esta lucha representa más una forma de resistencia desigual que una táctica o estrategia en una guerra abierta entre ejércitos organizados. Asimismo, las guerrillas se distinguen de otros movimientos sociales por el uso de armas y por la violencia organizada. Por lo tanto, la clandestinidad o semi-clandestinidad de las guerrillas es vital para su mantenimiento y éxito. Con base en lo dicho hasta aquí, podemos especificar que las guerrillas urbanas en el México de los setenta suponen movimientos sociales de trascendencia política e ideológica que apuntaron a ser movimientos revolucionarios con el objetivo de instaurar el socialismo como la única forma de lograr el cambio.

Siguiendo lo anterior, el escritor Carlos Montemayor clasifica los movimientos sociales armados en México de la siguiente manera:

[...] son dos las principales modalidades que la guerrilla ha asumido en México en el siglo XX: los movimientos que se asientan en zonas primordialmente campesinas (y que, por tanto, podríamos llamar *rurales*) y los que se asientan y originan [...] en capitales de estados o en ciudades de cierta importancia (y que podríamos, por tanto, llamar *urbanos*).<sup>36</sup>

Para el literato, en los grupos urbanos existe como fundamento la radicalización ideológica, mientras que en las guerrillas rurales «[...] no necesariamente hay un proceso de formación ideológica, pues la mayor parte de sus contingentes suelen tener

---

<sup>36</sup> Carlos Montemayor, 2007, “La guerrilla recurrente”, *La guerrilla recurrente*, Debate, México, pág. 13. Véase también, Carlos Montemayor, 1998, “La guerrilla en México hoy”, en Revista trimestral *Fractal*, Núm. 11, año 3, vol. 3, oct-dic., México, págs. 11-44.

un nivel muy bajo o incluso inexistente de escolaridad.»<sup>37</sup> Pensamos que esto último puede llegar a ser válido en relación con las bases de un grupo guerrillero rural, pero también es relativo: la radicalización ideológica suele suceder en y desde los líderes de estas guerrillas, ya que comúnmente estos provienen de espacios sociales donde circulan discursos ideológico-políticos: los partidos políticos y la escuela: los maestros normalistas en el campo, por ejemplo, han funcionado como mediadores políticos, culturales o ideológicos en relación con la población. O bien, puede llegar a suceder que militantes urbanos con una formación ideológica político-militar se involucren o pacten alianzas con líderes de movimientos rurales.

En otro orden de ideas, cabe señalar que tanto las guerrillas urbanas como las rurales no estuvieron completamente aisladas o atomizadas, ya que entre éstas sucedieron algunas articulaciones espaciales limitadas e intercambios personales, aunque, finalmente, no lograron construir un frente armado ni afianzar los vínculos políticos y militares<sup>38</sup>. De la misma manera, las articulaciones temporales también sucedieron o han sucedido en el campo de lo simbólico, ya que es común que las filas guerrilleras se apropien de discursos, consignas y de objetivos de guerrillas del pasado. Sin embargo,

[...] las guerrillas urbanas y las guerrillas rurales no suponen por necesidad las mismas condiciones sociales de incubación ni de sostenimiento. [...] la urbana podría suponer cauces suprarregionales (incluso internacionalistas) y una movilidad mayor de sus células activas. [...] la guerrilla rural suele ser regional y de movilización lenta, puesto que se propone resolver o combatir conflictos propios de una región y no fuera de ella.<sup>39</sup>

Por último, podemos identificar que las guerrillas *rurales* se localizaron «[...] sobre todo en Guerrero, entidad plagada de problemas locales [agrarios y caciquiles] y donde la violencia era ya endémica»<sup>40</sup>; y las guerrillas *urbanas*, localizadas en las principales

---

<sup>37</sup> *Loc. cit.*

<sup>38</sup> Véase, Barry Carr, 1996, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, págs. 261-280.

<sup>39</sup> Carlos Montemayor, 2007, *op. cit.*, pág. 14.

<sup>40</sup> Lorenzo Meyer, 2001 (c1973), “El último decenio: años de crisis, años de oportunidad”, *Historia mínima de México*, Daniel Cosío Villegas, et al., El Colegio de México, México, pág. 170.

ciudades del país y las cuales se estructuraron en torno a la ideología socialista. «Ambas procuraron conectarse pero en realidad siguieron rutas diferentes y al final el aparato de seguridad del Estado logró desarticularlas [...]»<sup>41</sup>. En ambos casos es común que el ejército o los grupos de contrainsurgencia despojen a las guerrillas de sus cualidades políticas y sociales, y sean representados como meros enemigos que se deben destruir, ya que el Estado exagera las propiedades militares de estos movimientos a través de una ideología que inculca el odio, por lo que las propiedades sociales o políticas tienden a desaparecer<sup>42</sup>.

Por último cabe señalar que en su libro *From Mobilization to Revolution*, Charles Tilly analizó distintos aspectos sobre los elementos que constituyen la acción colectiva<sup>43</sup>. En el caso de los movimientos guerrilleros, Charles Tilly distingue que esta forma de combate puede llegar a ser eficaz en contra de ejércitos regulares. Pero lo que llama la atención, es el argumento que ofrece para explicar el uso de la violencia en la acción colectiva: el autor responde que, en la mayoría de los casos, la acción colectiva llega a ser violenta en un segundo momento; o bien, llega a transformarse en movimiento armado cuando los representantes de la autoridad responden con la fuerza física; los mismos gobiernos son los que comúnmente originan las formas de violencia de la acción colectiva o movimientos sociales.

En este sentido, podemos afirmar que en México distintos movimientos sociales de los años setenta —incluso anteriores a dicha década— optaron por la vía pacífica antes de tomar las armas y usar la violencia. Es decir,

[l]as formas de resistencia pacífica fueron consideradas como actos subversivos a los que el régimen trató con violencia. Cuando los sectores más radicalizados optaron por la violencia como respuesta a la represión, [fue] porque llegaron a la conclusión de que habían agotado las vías pacíficas para lograr sus propósitos. La guerrilla moderna surgió con el

---

<sup>41</sup> *Loc. cit.*

<sup>42</sup> Véase, Carlos Montemayor, 2007, *op. cit.*, págs. 17-18.

<sup>43</sup> Véase, Charles Tilly, 1978, *From mobilization to revolution*, Longman Higher Education, UK. Asimismo, es pertinente agregar aquí que lo que entendemos por acción colectiva son aquellas organizaciones o movimientos sociales que abarcan «[...] las siguientes dimensiones: a) basada en la solidaridad, b) que desarrolla un conflicto y c) que rompe los límites del sistema en que ocurre la acción.» Alberto Melucci, 2002, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México, pág. 46.

planteamiento de acumular fuerza, tomar el poder y modificar las relaciones sociales en una visión utópica de sociedad más justa.<sup>44</sup>

En síntesis, podemos decir que las guerrillas urbanas en México se caracterizaron porque sus integrantes se organizaron en ejércitos no regulares, cuyo uso de las armas y la violencia para luchar contra el régimen político existente, sus instituciones, sean formales o informales, los obligó a la clandestinidad o semi-clandestinidad. Asimismo, sus miembros se conglomeraron a partir de la ideología marxista, el comunismo y el socialismo, por consiguiente, uno de sus objetivos fue instaurar el socialismo como forma de gobierno. Esta radicalización ideológica resultó más de la represión y el uso excesivo de la fuerza por parte del Estado —como veremos más adelante— que de una apuesta inicial por la violencia organizada. De esta manera, definimos a las guerrillas urbanas como movimientos sociales urbanos de corte político-militar y de tendencia socialista<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> Fiscalía Especial FEMOSPP, 2008, *Informe histórico presentado a la sociedad mexicana*, tomo IX, de la serie *México: Genocidio y delitos de lesa humanidad. Documentos básicos 1968-2008*, op. cit., pág. 36.

<sup>45</sup> A lo largo de esta tesis utilizaremos términos como movimientos armados, organizaciones de corte político-militar, movimientos de izquierda clandestina, acción colectiva armada, etcétera, para referirnos a las guerrillas, sean urbanas o rurales.

## II

### *Sobre México y sus guerrillas*

El ejército sirve para destruir al enemigo no para velar por los derechos humanos.

GENERAL FRANCISCO GALLARDO,  
durante una entrevista en *Antena Radio*,  
*Horizonte*, 10 de junio de 2005.

Las guerrillas urbanas de la década de los setenta se gestaron en el contexto de un Estado mexicano que abandonó los ideales de la Revolución mexicana, así como también bajo la influencia de la Revolución cubana del 59. La consagración del Estado mexicano corporativista fue determinante para los vínculos y relaciones de las instituciones estatales con los movimientos sociales. Por esto, se hace necesaria una sucinta revisión de las circunstancias en que se gestaron los movimientos armados posrevolucionarios, contexto en que se desarrollaron las guerrillas mexicanas y la subsecuente guerra sucia. De ahí que comencemos este apartado señalando que:

A fines de 1956, México es el escenario en el cual comienza a gestarse el primer movimiento guerrillero latinoamericano que alcanza la victoria. El 25 de noviembre, los motores del yate Granma son encendidos en el puerto de Tuxpan, Veracruz, con dirección a la isla de Cuba, llevando a Fidel Castro y Ernesto Guevara en sus entrañas.<sup>46</sup>

Una vez embarcados del puerto mexicano, el *Movimiento 26 de julio* desembarcó en las playas cubanas de Oriente y el 1 de enero de 1959 logró la Revolución cubana con un considerable apoyo popular en contra del general Fulgencio Batista, y las izquierdas latinoamericanas festejaron tal triunfo. Desde entonces, el Che Guevara y Fidel Castro, han sido fuertes referentes para las distintas izquierdas en México, Centro y Sudamérica. Incluso, cabe agregar, que la influencia del maoísmo en América Latina,

---

<sup>46</sup> Fritz Glockner, 2007, *Memoria Roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, Ediciones B, México, pág. 87. Para información más detallada ver Eric Hobsbawm, *op. cit.*, págs. 436-439.

junto con el Che Guevara y Fidel Castro, representaron —y representan— el símbolo de lo que fueron las guerrillas revolucionarias y «anti-imperialistas» para derrocar el régimen capitalista e instaurar el socialismo; o bien, para derrocar gobiernos golpistas que impusieron regímenes dictatoriales a lo largo de América Latina.

Esto se da en el contexto de la guerra fría, después de la Segunda guerra mundial y el inicio de la división mundial en dos bloques: el occidental-capitalista, encabezado por Estados Unidos de América (EEUU), y el oriental-comunista, con la entonces Unión Soviética (URSS) al frente —China se distanciaría con el tiempo de la URSS para instaurar su propio dominio—. Tal división representó la amenaza de una guerra nuclear sin que los dos bloques tomaran acciones directas contra su oponente: el enfrentamiento entre las dos potencias tuvo lugar principalmente en los planos ideológico, económico y político, así como también en la consecuente producción exacerbada de armamento por parte de ambas potencias<sup>47</sup>. A esta división mundial y sus construcciones ideológicas, se le conoce como guerra fría, la cual finalizó con la destrucción del Muro de Berlín en 1989 y la subsecuente disolución de la URSS en 1991. Y, aunque ambas potencias produjeron y difundieron discursos contradictorios entre sí y en relación con sus ideologías, en el caso de los movimientos sociales de América Latina podemos decir que,

[...] mientras que los EUA construyeron un discurso verdaderamente hegemónico entre sus aliados, la URSS tuvo una proyección ideológica más reducida de la que se le atribuía. Incluso, podría asegurarse que

---

<sup>47</sup> Algunos autores señalan que dicha división no significó que la reestructuración de los sistemas económico, político y social de cada bloque fuera en esencia contradictoria ni opuesta, sino todo lo contrario, la adopción de formas organizativas y la configuración estatal en ambos casos estuvo sustentada en lo que se conoce como “Estado de bienestar” o “Estado fordista” (según Joachim Hirsch), aunque cada bloque tomó su forma específica. En este sentido, la guerra fría no fue una lucha entre países con las armas, sino una amenaza constante y competencia desorbitada por producir su propio armamento. Véase, Immanuel Wallerstein, 2a. ed.: 1998 (c1996), *Después del liberalismo*, Siglo XXI Editores, México; y Joachim Hirsch, 1996, *Globalización, capital y Estado*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México. Así, la guerra fría se distinguió, en términos ideológicos, por el temor a una supuesta guerra nuclear a nivel mundo, cuyos discursos justificaron la producción de armamento por parte de las dos potencias, así como de China y Corea del Norte. Si bien hoy sabemos que tal guerra difícilmente hubiera sucedido, millones de personas vivieron convencidas durante cuarenta años que tal enfrentamiento podía suceder, pues ambas potencias articularon sus discursos bajo una propaganda e ideología contenida de odio y miedo.

en este terreno tuvieron más influencia las revoluciones china (1928-1949) y cubana (1956-1959) y las dos guerras de Viet Nam (1946-1954 y 1964-1975) —con sus respectivos marxismos heterodoxos— que los lineamientos soviéticos.<sup>48</sup>

A esto agregamos que en 1968 estallaron movimientos estudiantiles a nivel mundial diluyendo la idea de los desarrollos nacionales: tanto EEUU como la URSS, influyeron en las decisiones políticas y económicas de los países «aliados», por medio de inversiones y préstamos. Esto se reflejó en una nueva división del trabajo a nivel internacional con el acento en la idea de un «crecimiento económico», pues ambas potencias, seguidas por los gobiernos aliados, se apegaron a las teorías del desarrollo<sup>49</sup>; esto es, si los gobiernos aplicaban las recomendaciones que los teóricos del desarrollo elaboraron como la «[...] teoría de la modernización, que tuvo como respuesta un contraparadigma *dependentista marxizante* [...], el resultado sería el desarrollo nacional y los países en cuestión eventualmente alcanzarían a los demás.»<sup>50</sup>

Así pues, en 1968, sectores estudiantiles del mundo buscaron afectar el modelo de relaciones que los países dominantes, principalmente EEUU, habían establecido a costa de los países dominados. Sin embargo, «[...] cuando los estudiantes se rebelaron desde los EEUU y México en Occidente, a Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia en el bloque socialista, estimulados [...] por la extraordinaria erupción de mayo de 1968 en París»<sup>51</sup>, fueron el blanco de la represión, ideología y propaganda «anti-comunista» expandida en los estados capitalistas y encabezada por los gobiernos estadounidenses. Esta propaganda estaba fundamentada en una ideología de odio y miedo contra aquello que pudiera expresarse bajo cualquier definición de «izquierda»<sup>52</sup>. Miles de estudiantes

---

<sup>48</sup> Adela Cedillo, *op.cit.*, pág. 32.

<sup>49</sup> Véase, Immanuel Wallerstein, *op. cit.*, pág. 118 y *passim*.

<sup>50</sup> *Loc. cit.*

<sup>51</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 301.

<sup>52</sup> Jorge G. Castañeda elabora una tipificación de las distintas vertientes de izquierda que predominaron en América Latina, después de la Revolución cubana. Entre éstas distingue a los reformistas de la región, los cuales tenían una intensa vocación electoral, enfocada principalmente a la clase obrera y en zonas urbanas. Una de sus características fue la de ser críticos respecto a EEUU, manteniendo, a su vez, una distancia frente a la URSS y Cuba. Se enfocaron en la democracia, los derechos humanos y la justicia social. En segundo lugar, señala Castañeda, existió una división *funcional* que se tradujo en lo que el autor llama la izquierda social y la izquierda intelectual. La primera incorporó un ingrediente nuevo en la configuración clásica de la izquierda: además de incluir en sus filas a los sindicatos obreros tradicionales,

fueron perseguidos, asesinados, encarcelados y desaparecidos por los gobiernos en turno:

En toda América Latina grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a unas luchas guerrilleras [...], bajo la bandera de Fidel, Trotsky o de Mao. Excepto en América Central y en Colombia, donde había una vieja base de apoyo campesino para los resistentes armados, la mayoría de estos intentos fracasaron casi de inmediato, dejando tras de sí los cadáveres de los famosos —el mismo Che Guevara en Bolivia; el también carismático cura rebelde Camilo Torres en Colombia— y de los desconocidos.<sup>53</sup>

En otro orden de ideas, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario en 1929, se cimentaron las bases para lo que sería el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), el fin del caudillismo y la consagración del Estado corporativista. El PRM, refundado como Partido de la Revolución Institucional (PRI) en 1942, asumió la forma de partido de Estado y con ello el presidente como jefe del partido y de la clase política del país: a partir del sexenio cardenista las relaciones de poder se concentraron, tanto de *jure* como de *facto* en el ejecutivo. Con esto se dotó a la figura presidencial del predominio y control de las centrales obreras, campesinas y profesionales; de los recursos

---

ligas y organizaciones campesinas, iglesias y «comunidades eclesiales de base», cooperativas y marginales urbanos organizados (pobladores, colonos, entre otros), incluyeron también en sus filas a grupos ecologistas, de mujeres y de indígenas, así como a asociaciones de derechos humanos. Por otro lado, la izquierda intelectual —escritores, sacerdotes, periodistas, académicos, artistas, activistas— llenó un vacío donde las instituciones de la sociedad civil eran débiles. En este sentido la izquierda intelectual desempeñó un papel clave, pues, según Castañeda, el intelectual articula con frecuencia las demandas nacionales, sociales y democráticas del pueblo o de la región a través de la prensa, la academia, el gobierno y en el exterior. El intelectual a su vez posee vínculos «orgánicos» con la izquierda política o social. Por último, en su texto, el economista distingue también, aunque no profundiza en ellas, las variantes de izquierda como las organizaciones trotskistas, con cierto grado de notoriedad en algunos momentos (México, Bolivia, Guatemala), y a las facciones maoístas. Asimismo, el conflicto chino-soviético de los sesenta condujo a múltiples cismas dentro de la izquierda latinoamericana; muchos partidos comunistas sufrieron escisiones proclinas en su interior: el Partido Comunista en Brasil, algunas de las facciones en México y varios grupos en Chile. También surgieron grupos de izquierda cristiana y católica, principalmente en Centroamérica. Véase, Jorge G. Castañeda, 1993, *La utopía desarmada*, Joaquín Mortiz, México, págs. 27 y 28.

<sup>53</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 439. Para terminar, es pertinente aclarar que no pretendemos defender o colocarnos en una posición maniquea con la selección de datos que se han utilizado para la sencilla descripción de la época de la guerra fría, contexto en el que las guerrillas urbanas mexicanas se desarrollaron. Sin embargo, para este trabajo es importante resaltar algunos eventos que formaron parte de y para la definición de las guerrillas en el México de los setenta, cosa que no impide reconocer los logros y beneficios sociales, políticos, científicos y culturales, entre otros, que sucedieron a lo largo del siglo XX.

económicos de la federación; de la designación del sucesor presidencial y de las entidades federativas; de los poderes legislativo y judicial; del ejército; de los asuntos internacionales y de los medios de comunicación de masas<sup>54</sup>. En suma, tal grado de concentración de poder en el presidente funcionó como un mecanismo efectivo de centralización, unificación, hegemonía y control, como lo ilustra la siguiente cita:

Cárdenas legó la hegemonía política presidencial, cuya autoridad surgía esencialmente del mismo cargo presidencial, y no de la personalidad o de las características personales del presidente en turno. El maximato había ilustrado lo imprescindible del poder unificador nacional y estabilizador del caudillo, como las consecuencias nefastas de que dicho poder no se concentrara en las manos presidenciales. Con Cárdenas, al negarse el maximato, se elimina de la escena política mexicana al caudillo, pero se conserva el caudillismo haciéndolo patrimonio del presidente en turno [...].<sup>55</sup>

Lo anterior implicó, dados los conflictos heredados de las luchas revolucionarias, la necesidad de restablecer tanto el pacto social como las instituciones estatales, lo que conllevó la urgencia de terminar con los sedimentos de la oposición revolucionaria. El funcionamiento y conservación del corporativismo mexicano determinó también la dinámica del partido de Estado con los movimientos sociales que surgieron durante la institucionalización de la Revolución y posteriores a ésta: los conflictos desarrollados por los movimientos sociales ya no estaban en función del caudillismo, pues estos no lucharon por intereses personalistas, de facciones o para derrocar a los líderes revolucionarios en el gobierno<sup>56</sup>, sino exigían al Estado mexicano las demandas sociales e ideales emanados de la Revolución y plasmados en la Constitución del diecisiete; demandas que también estaban en función de lo que se suponía un estado federal democrático, nacionalista y benefactor, debía satisfacer. Los movimientos sociales «[...]

---

<sup>54</sup> Véase, Jorge Carpizo, 14ª. ed.: 1998 (c1978), *El presidencialismo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, págs. 25 y 26.

<sup>55</sup> Tzvi Medin, 7ª. reimp.: 1996 (c1982), *El minimato presidencial: Historia política del maximato. 1928-1935*, Ediciones Era, México, pág. 164. En los años treinta Lázaro Cárdenas representó a la izquierda nacionalista o populista. Según Jorge Castañeda, desde los años veinte hasta la Revolución cubana, el debate central entre la izquierda nacionalista y los comunistas giró en torno a la naturaleza de sus relaciones, sean conflictivas o de colaboración, jerarquizadas o de igualdad. Véase, Jorge G. Castañeda, *op. cit.*, págs. 27 y 28.

<sup>56</sup> Véase, Fritz Glockner, *op. cit.*, pág. 62.

entraron a la lógica del presidencialismo promovido por Lázaro Cárdenas [...]»<sup>57</sup>.

De esta manera podemos señalar que, después del sexenio cardenista, los presidentes en turno dejaron de lado los principios constitucionales y pusieron énfasis en las teorías desarrollistas, lo que provocó que las decisiones políticas y económicas de los gobiernos condujeran al país por distintos procesos de agravamiento de las condiciones sociales, cuestionadas con el levantamiento de 1910. Por ejemplo, aunque la reforma agraria se revitalizó durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y tuvo un éxito político enorme, ésta no tuvo «[...] consecuencias económicas de cara al desarrollo agrícola posterior de México [...]»<sup>58</sup>. Es decir, el modelo de «crecimiento económico», implementado después de la Segunda guerra mundial, acentuó las desigualdades económicas, pues a partir de

[...] 1946 fue desapareciendo la prosperidad que la segunda guerra mundial había traído, a medida que fueron retirándose los capitales que se habían refugiado en México. Para obtener que regresaran, los gobiernos mexicanos construyeron un modelo de desarrollo desigual: salarios bajos, sostenidos por bajos precios a la agricultura, baja fiscalidad, protección arancelaria y sumisión total del proletariado industrial gracias a la maquinaria de control férreo que el gobierno había forjado con la creación del PRI. Los cuarenta fueron la época del *charrismo* y de la represión de cualquier movimiento que no fuera directamente controlado por el partido oficial.<sup>59</sup>

En ese contexto, aunado al crecimiento demográfico<sup>60</sup>, surgió una serie de problemas como la concentración urbana resultado de la migración continua del campo a la ciudad de México, que, pese a la industrialización y la inversión para la modernización agrícola, las posibilidades de que el Estado pudiera resolver las necesidades de toda la población en lo que refiere al empleo, educación, vivienda, atención médica, mejora de

---

<sup>57</sup> *Loc. cit.*

<sup>58</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 358.

<sup>59</sup> Viviane Brachet-Márquez, 2004, "El Estado benefactor mexicano: nacimiento, auge y declive (1822-2002)", *La pobreza en México y el mundo. Realidades y Desafíos*, Julio Boltvinik y Araceli Damián (coords.), Siglo XXI Editores/Gobierno del estado de Tamaulipas, México, pág. 251. Las cursivas son de la autora. El nombre de *charrismo*, «[...] proviene de la imposición en 1947 de Díaz de León (apodado El Charro por su forma de vestir) como secretario sindical de los ferrocarrileros.» *Loc. cit.*

<sup>60</sup> «Según el INEGI, entre 1950 y 1970, la población mexicana casi se duplicó, pasando de 25 791 017 a 48 225 238 habitantes.» Viviane Brachet-Márquez, 2004, "El Estado benefactor mexicano: nacimiento, auge y declive (1822-2002)", *Ibid.*, pág. 252.

la situación agrícola y redistribución de la tierra, se hallaban estancadas, exacerbando la pobreza tanto en el campo como en la ciudad. Por ejemplo, entre 1960 y 1980, el porcentaje de campesinos en México se redujo a la mitad<sup>61</sup>. Asimismo, el gobierno de Echeverría Álvarez (1970-1976) creó lazos más fuertes de dependencia con Europa occidental y principalmente con EEUU, pues la deuda externa ya había ascendido de 891 millones de dólares en 1971 a 3 722 millones en 1975<sup>62</sup>.

Por otro lado, los caciques y políticos aprovecharon las estructuras de poder afianzadas con el priísmo y usaron la represión y violencia en contra de asentamientos campesinos e indígenas con el propósito de apropiarse de grandes extensiones de tierra. Esta situación se agravó con el gobierno alemanista (1946-1952), se frenó «[...] la Reforma Agraria y los instrumentos legales que la garantizaban fueron desvirtuados. Los movimientos obreros se reprimieron duramente y muchos de sus líderes mantenidos en la quietud por medio de una tenaz política de corrupción.»<sup>63</sup>

Durante el gobierno de Díaz Ordaz (1964-1970) la represión y la violencia confirmaron el autoritarismo gubernamental encarnado en los sucesos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, así como también el llamado *Jueves de Corpus Sangriento* de 1971, este último con el gobierno de Echeverría Álvarez. Durante estos años, sectores de estudiantes, trabajadores y académicos demandaban la democratización de un Estado corrupto y corporativista que concentraba y dominaba a los trabajadores y campesinos del país en función del sustento de su poder político, situación que además evidenciaba el fracaso del proyecto de desarrollo nacional y revolucionario. De esta manera, Echeverría Álvarez reprimió a quienes no estaban bajo el control del régimen y además emprendió políticas de cooptación de intelectuales y activistas, así como de institucionalización de algunas formas de acción colectiva que empataban con el Estado. Es decir, para resolver los conflictos políticos

[p]arte de la respuesta de Echeverría a los sucesos del 68 consistió en dotar de más recursos a las universidades, en aceptar e incluso alentar la

---

<sup>61</sup> Véase, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 293.

<sup>62</sup> Véase, Lorenzo Meyer, *op. cit.*, pág. 173.

<sup>63</sup> Eduardo Blanquel, 2001, "La Revolución Mexicana", Daniel Cosío Villegas, (*et al.*), *Ibid.*, págs. 155-156.

formación de pequeñas organizaciones de izquierda como los partidos Mexicanos de los Trabajadores y Socialista de los Trabajadores, y en poner en libertad a la mayoría de los participantes en los hechos del 68 (algunos [...] se incorporaron a la administración pública).<sup>64</sup>

Por otra parte, la conformación del sistema político mexicano posrevolucionario coincide más o menos con el fin de la Segunda guerra mundial y el inicio de la guerra fría. En este sentido, la imagen que México había construido en relación con su política exterior era en apariencia la de un modelo de democracia ejemplar ya que, por un lado, desde Lázaro Cárdenas, el asilo político a víctimas de guerra fue constante en las políticas internacionales mexicanas —como fue el caso de los republicanos que llegaron a México exiliados de España, consecuencia de la Guerra Civil, o de aquellos que entraron al país por las convulsiones políticas y militares de Centro y Sudamérica— y, por el otro, los vínculos de México con la Revolución cubana fueron significativos para que dicha imagen se fortaleciera. Fritz Glockner señala que López Mateos como presidente logró «[...] esquivar la presión de los [estadounidenses] para que se sumara al bloqueo y ruptura de relaciones con Cuba, conservando de esta forma la máxima de la política exterior mexicana de entonces, en cuanto a la autodeterminación de los pueblos.»<sup>65</sup>

Contrariamente, respecto al último punto señalado arriba, Adela Cedillo sostiene que para que el gobierno posrevolucionario lograra legitimarse dentro y fuera del país, así como para aislar a sus opositores, los gobiernos priístas siguieron estrategias sugeridas por los gobiernos estadounidenses, esto es que «[...] la CIA [*Central Intelligence Agency*] pidió al gobierno de López Mateos que mantuviera relaciones con la Cuba revolucionaria a fin de tener una plataforma que facilitara las operaciones contra la isla.»<sup>66</sup> La autora sostiene que con el gobierno de Echeverría se emprendió una política de asilo a «[...] izquierdistas latinoamericanos para que la CIA pudiera

---

<sup>64</sup> Lorenzo Meyer, *op. cit.*, pág. 171. En relación con el paréntesis, Hobsbawm afirma algo similar: «Los estudiantes mexicanos aprendieron pronto a) que el estado y el aparato del partido reclutaban sus cuadros fundamentalmente en las universidades, b) que cuanto más revolucionarios fuesen como estudiantes, mejores serían los empleos al licenciarse.» Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 302.

<sup>65</sup> Fritz Glockner, *op. cit.*, págs. 66 y 67.

<sup>66</sup> Adela Cedillo, *op. cit.*, pág. 59.

infiltrar más fácilmente a las organizaciones de las que provenían.»<sup>67</sup> Así como también, después de la Segunda guerra mundial, la política exterior mexicana jugó un papel central para el control de la oposición, ya que fue de fuertes alianzas con los EEUU<sup>68</sup> y quedó acotada a los criterios que el mismo presidente convenía con el país vecino para garantizar el monopolio de la violencia estatal. De esta manera, durante la guerra fría

[...] el Estado mexicano también se transformó en un Estado de seguridad nacional. Esto no podía ser tan fácilmente advertido, ya que el gobierno mexicano mantuvo a lo largo de las cuatro décadas del conflicto bipolar una falsa imagen relativa a la independencia, reflejada ante todo en su política exterior [...].<sup>69</sup>

En otras palabras, para Cedillo, durante la guerra fría, el monopolio de la violencia de Estado se encubrió al interior del territorio con una aparente capacidad de negociación e inclusión a partir de los principios de asilo político seguidos por los gobiernos, cuya legitimidad, en ambos casos, se logró a través de los discursos difundidos en los medios de comunicación de masas, mientras que, paralelamente, la represión y la violencia de Estado se dirigió muy duramente contra la disidencia:

En síntesis, se puede decir que la “guerra fría” en México, se caracterizó por el cumplimiento de las directrices establecidas por el gobierno estadounidense para combatir a la izquierda, el empleo excesivo de la fuerza del partido de Estado contra la oposición, el uso del ejército en funciones de policía, la subversión del marco legal establecido —en particular, la violación sistemática de las garantías individuales—, la ausencia total de libertades civiles y políticas, el espionaje y la infiltración a los movimientos, partidos y organizaciones sociales, la eliminación física o inhabilitación de los principales dirigentes políticos y la aparición de los cuerpos especializados en ejercer el terror.<sup>70</sup>

---

<sup>67</sup> *Loc. cit.* En el Cono Sur, los años sesenta y setenta se caracterizaron por la violencia y la incertidumbre política, resultado de gobiernos militares golpistas —apoyados o promovidos por los EEUU— que persiguieron, secuestraron, encarcelaron, desaparecieron y asesinaron a sus opositores.

<sup>68</sup> Véase, Adela Cedillo, *op. cit.*, págs. 46-62.

<sup>69</sup> Adela Cedillo, *op. cit.*, págs. 57 y 58.

<sup>70</sup> *Ibid.*, págs. 58 y 59. Con Ávila Camacho (1940-1946) se creó la Ley de Prevenciones Generales, con la que se suprimieron las garantías individuales, incorporando el delito de «disolución social», que englobaba los actos de sabotaje, rebelión, sedición o asonada. Más adelante éste desapareció y se incorporó al Código Penal Federal, en sus artículos 145 y 145bis el siguiente enunciado que penaliza

Siguiendo esa línea, consideramos necesario aclarar que la violencia del Estado mexicano no se caracterizó por ser un totalitarismo o dictadura. Por el contrario, la violencia de los gobiernos priístas contra la oposición fue paradigmática, ya que, por un lado, se distinguió por ser altamente discrecional, enfocada y especializada,

[...] pues precisamente una de las características más destacables del sistema político mexicano fue su capacidad de aniquilar físicamente a la oposición, tanto la llamada “reaccionaria” como a la de izquierda, en coyunturas muy específicas, que desde el punto de vista del gobierno ameritaban invocar la inmediatez del terror para contener la intensificación del descontento político-social.<sup>71</sup>

Es decir, el proceso estabilizador del Estado priísta estuvo intrínsecamente relacionado con las formas de represión. Pero también, por el otro lado, también lo estuvo con las tácticas de cooptación. Y es aquí que consideramos necesario matizar las afirmaciones hechas más arriba: si bien es cierto que el Estado mexicano se distinguió por ser una suerte de «estado de seguridad», también es cierto que otra de sus cualidades distintivas fue su capacidad, en muchos casos, de «negociación» y cooptación de la disidencia, con el propósito de centralizar y controlar a los distintos sectores opositores en beneficio de una «unidad nacional». Por ello sostenemos que la violencia del Estado mexicano corporativista es paradigmática, pues, en mayor o menor medida fue discrecional, enfocada, especializada y, en consecuencia, efectiva; cuyos mecanismos de control fueron desde la negociación, cooptación e institucionalización de las formas de protesta, hasta el uso excesivo de la fuerza contra la disidencia. De esta manera, el Estado mexicano logró centralizar y controlar a los «subversivos» a través de una capacidad «incluyente» de los sectores opositores, pero, también, como Estado de «[...] seguridad nacional quedó acotado al control y la eliminación de los enemigos políticos. La nueva policía secreta jugaría un papel clave en las catacumbas del sistema

---

todo aquel que «[...] induzca o realice actos de sabotaje, subvierta la vida institucional o efectúe actos que perturben el orden o la paz pública [...]». *Loc. cit.*

<sup>71</sup> *Ibid.*, pág. 52.

político, entre 1947 y 1985.»<sup>72</sup> En síntesis, después de la Revolución mexicana, los procesos en todas las esferas estatales para la conformación y funcionamiento del Estado priísta, y la concreción de la guerra fría en México, determinaron las prácticas represivas y de cooptación por parte del Estado mexicano en relación con cualquier movimiento social.

En dicho periodo emergieron diferentes grupos armados en México. Existe el acuerdo, entre algunos estudiosos sobre el tema, de que el asesinato de Rubén Jaramillo es el punto de partida para reconstruir el periodo de las guerrillas mexicanas en el contexto de la guerra fría y la consecuente guerra sucia. Sin detenernos en una reconstrucción del movimiento jaramillista, podemos decir que Jaramillo tenía «[...] fama de ser un auténtico defensor de las causas de los campesinos, en la más pura tradición zapatista.»<sup>73</sup> Este líder agrario se inició durante la Revolución mexicana, específicamente en 1914, con el ejército zapatista y

al frente de numerosos campesinos, luchó a lo largo de cuatro décadas por la aplicación de las leyes constitucionales, sobre todo, las agrarias, que se habían alcanzado a costa de tanta sangre durante la revolución. Basándose en la Constitución, Jaramillo intentó luchar siempre dentro del marco legal. A pesar de su participación en el ejército zapatista durante la revolución, la formación que más marcó su desarrollo como líder agrario se dio durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940).<sup>74</sup>

No fue sino después de 1940 que Rubén Jaramillo se manifestó por la vía armada: los jaramillistas se radicalizaron cuando el gobierno de Manuel Ávila Camacho frenó las reformas cardenistas y utilizó la represión para debilitarlos. Tal radicalización también fue resultado de los abusos agrarios y la constante represión y corrupción ejercida por los caciques y gobierno de la región; sin embargo, cabe aclarar que este movimiento social utilizó las armas y la clandestinidad de manera intermitente. Rubén Jaramillo fue

---

<sup>72</sup> *Ibid.*, pág. 61.

<sup>73</sup> José Agustín, 15a. reimp.: 1997 (c1990), *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, Planeta, México, pág. 196.

<sup>74</sup> Tanalís Padilla, 2008, "Por las buenas no se puede. La experiencia electoral de los jaramillistas", Verónica Oikión y Martha Eugenia García, *Movimientos Armados en México, siglo XX*, Colegio de Michoacán/CIESAS, México, pág. 275.

el blanco de una propaganda «antijaramillista» basada en descalificativos y la cual ocupó los principales periódicos nacionales: «‘se había alzado en armas de nuevo’», «‘invadía tierras ejidales y provocaba al gobierno’, ‘preparaba un golpe terrorista-comunista’ [...]»<sup>75</sup>, entre otros adjetivos que circularon por los medios de comunicación, principalmente, los medios impresos para legitimar la persecución y represión del movimiento, hasta el asesinato de Jaramillo y su familia.

El movimiento jaramillista se da en el contexto de la Revolución mexicana y posterior a ésta, en el marco de la institucionalización del Estado mexicano priísta. La reaparición del movimiento jaramillista, en 1942, se inserta en la transición que va del Partido de la Revolución Mexicana (1938-1946) a su refundación como PRI, en 1946. Para entonces, los distintos sectores sociales del país se hallaban organizados, centralizados y controlados por el poder político concentrado e institucionalizado con el partido del Estado.

Por otro lado, la trayectoria de Jaramillo como líder político incluyó «[...] la defensa de ejidatarios y pequeños productores, movilizaciones electorales, lucha guerrillera y tomas de tierra [...]»<sup>76</sup>, con el objetivo de confrontar de manera franca y abierta a los caciques beneficiados por los gobiernos locales que concentraron el poder político y económico durante la institucionalización del partido del Estado. Por lo que esta forma de acción colectiva «[...] representa un vínculo esencial entra la lucha agraria de la Revolución y las movilizaciones campesinas que marcaron el siglo XX.»<sup>77</sup>

Cabe señalar que Jaramillo no logró del todo concretar algunos intentos de intercambios, negociaciones y decisiones con los miembros del Partido Comunista Mexicano. Aunque Rubén Jaramillo apoyó el triunfo de la Revolución cubana, sus recursos y objetivos no se identificaron en términos revolucionarios socialistas ni marxistas, pues el contagio y apropiación de «[...] la experiencia del triunfo cubano apenas se estaban determinando cuando ocurrió el asesinato de Rubén Jaramillo y su

---

<sup>75</sup> Fritz Glockner, *op. cit.*, pág. 62.

<sup>76</sup> Tanalís Padilla, 2007, “Rubén Jaramillo: el muerto incómodo”, en *La Jornada*, México, 19 de mayo.

<sup>77</sup> *Doc. cit.*

familia [...]»<sup>78</sup> en Xochicalco, Morelos, en el año de 1962, por una tropa del Ejército.

Jaramillo más que ser un ideólogo marxista o leninista, teorías a las cuales se fue acercando durante los últimos años de su vida, quería “rescatar” —y así lo demuestra con su Plan de Cerro Prieto— no solo los principios olvidados y traicionados del zapatismo, sino también la política obrera y campesina impulsada desde la Presidencia del general Lázaro Cárdenas, envuelta en aquel nacionalismo revolucionario de la década de los años treinta.<sup>79</sup>

Después de Jaramillo, surgieron distintos movimientos armados en diferentes zonas rurales y ciudades del país. De manera sintetizada, podemos decir que posterior al asesinato de Jaramillo y su familia, tres años después, en Chihuahua, el maestro normalista y líder agrario, Arturo Gámiz García, creó una organización armada junto a Pablo Gómez y Salomón Gaytán, con estudiantes y campesinos, llamado Grupo Popular Guerrillero. Esta organización tomó por asalto al Cuartel Militar Madera, en ciudad Madera, el 23 de septiembre de 1965. Para Gámiz esta fecha era de suma importancia, pues el 23 de septiembre de 1953 —doce años antes— había vivido el desalojo violento por parte del Ejército en el Instituto Politécnico Nacional. Por otro lado, Pablo Gómez había participado en elecciones federales como candidato a diputado por el distrito de Saucillo, encabezando al Partido Popular Socialista y fracasando en las elecciones, situación que lo llevó a terminar de manera conflictiva con el partido. Los objetivos del grupo de Arturo Gámiz estaban relacionados, principalmente, con dos problemas, uno local y el otro nacional, a saber: primero, durante muchos años grandes empresas latifundistas y caciques se apropiaron de millones de hectáreas, expulsando campesinos o asesinandolos<sup>80</sup>. Esto ocurría en concordancia con los gobernantes y políticos de Chihuahua, por lo que la impunidad prevaleció al no ejercer justicia

---

<sup>78</sup> Fritz Glockner, *op. cit.*, pág. 80. Según la Fiscalía Especial, «Rubén era pastor protestante y, en su discurso mezcla sus concepciones religiosas con algunos conceptos ‘magonistas’ y comunistas. En su visión, el nuevo proceso revolucionario debía ser obra de las masas empobrecidas y no de un pequeño grupo armado o político.» Fiscalía Especial FEMOSPP, *op. cit.*, pág. 266.

<sup>79</sup> Fritz Glockner, *op. cit.*, págs. 80 y 81.

<sup>80</sup> «En 1960, Chihuahua ‘contaba con un total de 24.5 millones de hectáreas, de las cuales de seis a ocho millones correspondían a enormes latifundios que estaban en manos de 300 propietarios.’» Véase, Fiscalía Especial FEMOSPP, *op. cit.*, pág. 271.

respecto a dichos crímenes. De ahí que los conflictos agrarios y políticos eran de primer orden entre la población campesina. Segundo, la represión que el Estado desplegaba constantemente en contra de cualquier tipo de manifestación, así como el sistema de corrupción que apuntalaba todas las instituciones gubernamentales, se sintetizaron en otro objetivo con miras nacionales: el derrocamiento del régimen político mexicano y, en su lugar, la puesta en marcha de un régimen socialista. Sin embargo, fracasaron y la guerrilla de Arturo Gámiz fue derrotada por la vía violenta, la mayoría de sus miembros, incluyendo a su líder, fueron masacrados durante el asalto al Cuartel Madera.

Hacia 1967, en el estado de Guerrero, Genaro Vázquez, un maestro rural quien formó parte de las filas del PRI, encabezó un movimiento campesino pacífico llamado Asociación Cívica Guerrerense (ACG). Éste tenía como objetivo luchar por la vía institucional contra las constantes agresiones que la población rural sufría en manos de las llamadas *guardias blancas*, organizadas por caciques de la región y en complicidad con funcionarios del gobierno. Su lucha se dirigió también contra la corrupción del sistema electoral del estado, teniendo como telón de fondo un fraude electoral. Genaro Vázquez fue encarcelado y liberado en 1968. Tal evento y las medidas represivas y de persecución en su contra lo obligaron a entrar en la clandestinidad para después reaparecer a la cabeza de su movimiento, pero ya transformado en una organización guerrillera llamada Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR).

Durante 1971 y 1974, surgió en la sierra de Atoyac, en Guerrero, otro movimiento guerrillero llamado Partido de los Pobres (PDLP), encabezado por otro maestro normalista campesino de nombre Lucio Cabañas. Éste luchaba por cuestiones similares a las de Genaro Vázquez: la resolución de los problemas agrarios y la desaparición de la represión brutal por parte de las *guardias blancas*, judiciales y miembros del Ejército, eran las consignas del movimiento. En 1967, durante un mítin que se estaba realizando en la escuela de Atoyac, entraron judiciales masacrando a niños, hombres y mujeres. Lucio Cabañas, quien tomó la voz en el mítin, se vio obligado a huir de Atoyac y a esconderse en la sierra, lugar donde se preparó para lo que después sería su lucha armada.

Tanto Genaro Vázquez como Lucio Cabañas fracasaron en su intento por transformar las condiciones sociales y políticas de la región. Vázquez murió el 2 de febrero de 1972. En la actualidad su muerte es polémica, ya que los medios de aquellos años informaron que el guerrillero murió en un accidente automovilístico. Sin embargo, hoy día se replantea el motivo de su deceso: estudiosos y reporteros cuestionan las evidencias del accidente, por lo que la especulación de que Genaro Vázquez haya sido asesinado por miembros del Ejército, posteriormente al accidente, o lo hayan dejado morir al conocer su identidad, son dos posibles en torno a la muerte del guerrillero<sup>81</sup>. Por otro lado, Cabañas fue masacrado, durante un enfrentamiento con el Ejército, el 2 de diciembre de 1974.

De esta manera, sin incluir una historia detallada de los movimientos armados en México, pues no interesa para esta tesis, podemos señalar y siguiendo a Charles Tilly, que la represión y violencia por parte de los aparatos coercitivos del Estado definieron en gran medida el *modus operandi* de algunos líderes y opositores, principalmente en el ámbito rural. Tales niveles de represión fueron inmanentes a la institucionalización de la Revolución mexicana. Las fuerzas militares y policiacas del Estado jugaron un papel preponderante para garantizar la hegemonía del partido: cualquier asociación o movimiento que no se manifestara bajo los límites de los controles hegemónicos del Estado fue reprimido por la vía militar y policiaca, incluso hasta ejercer el terror en esos sectores; o bien, se aplicó una política de cooptación e inclusión, también imposible de contrarrestar por los miembros de los grupos armados.

Lo que es innegable es que los movimientos armados, que se desarrollaron durante los setenta, fueron también destinatarios de una violencia policiaca y militar altamente especializada, bajo la lógica impuesta por el Estado mexicano como un estado de seguridad. A esto cabe agregar que «[e]l estudio del terror de Estado en México es [...] asignatura pendiente, pero investigaciones especializadas abonarían al debate acerca de la verdadera naturaleza del Estado mexicano posrevolucionario

---

<sup>81</sup> Véase, [http://www.cronica.com.mx/nota.php?id\\_notas=633571](http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=633571) [Consulta: 12 de mayo de 2012].

[...].<sup>82</sup> Por ejemplo, en México «[...] en los años setenta surgieron [...] agrupaciones armadas [...] y ocurrió la represión policiaco militar más cruenta en contra de ellas; casi mil 500 guerrilleros muertos y 600 desaparecidos es el saldo que los propios excombatientes registran.»<sup>83</sup> Las principales regiones del país en que emergieron movimientos guerrilleros durante esta década son Baja California, Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Durango, Nuevo León, Nayarit, Tamaulipas, Jalisco, Veracruz, Hidalgo, Distrito Federal, Puebla, Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Michoacán<sup>84</sup>. Estamos hablando de más de la tercera parte del país.

Bajo ese tenor, Adela Cedillo arguye que, en la segunda mitad del siglo XX, la desaparición forzada de personas se aplicó en México —en 1968— y en Guatemala por primera vez en el continente americano<sup>85</sup>. Y continúa la autora, «[...] el verdadero terror

---

<sup>82</sup> Adela Cedillo, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>83</sup> José Gil Olmos, 2000, periódico *La Jornada*, México, 24 de octubre. En la revista *Proceso*, 2002, núm. 1356, 27 de octubre, se puede revisar el artículo “la ‘foto del recuerdo’ y al mar...”. Por otro lado, la Asociación de Familiares Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a Derechos Humanos en México «[...] tiene registrados mil 200 desaparecidos en todo el país, pero Tarín [el primer miembro del ejército en Declarar ante el Ministerio Público] habla de mil 500 sólo en cuatro o cinco años, sin contarse las matanzas que encabezó Acosta Chaparro [asesinado afuera de un taller mecánico, en la ciudad de México, el 20 de abril de 2012, con disparos de arma de fuego] en la Sierra de Guerrero ni las detenciones que se hicieron durante la persecución de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez.» Doc. cit. El Centro de Investigaciones Históricas sobre Movimientos del Pasado y el escritor Fritz Glockner, manejan la cifra de tres mil asesinados y desaparecidos durante la llamada guerra sucia. Véase, también, Adela Cedillo, *op. cit.*, pág. 19. Por otro lado, Ilán Semo sostiene que en el caso de los setenta en México, se trataba, en algunos casos, «[...] de grupos reducidos y aislados. Hubo otros, como la Liga 23 de Septiembre, que adquirieron proporciones nacionales. Pero en dos casos, al menos, se trató de una guerra que afectó a enormes sectores de la población civil de un estado: Guerrero. Las campañas militares contra las guerrillas de Genaro Vázquez en los años sesenta, y de Lucio Cabañas en los años setenta, dejaron estragos en la población de Guerrero que adquirieron la dimensión de las que acarrear normalmente las guerras regulares: miles de víctimas, decenas de miles de desplazados, heridas imborrables.» Ilán Semo, 2001, “La memoria conspicua”, en periódico *La Jornada*, México, 8 de diciembre.

<sup>84</sup> *La Jornada*, 2001, 23 de octubre.

<sup>85</sup> Véase, Adela Cedillo, *op. cit.*, pág. 324. En este capítulo la autora hace una sucinta revisión de las distintas prácticas represivas, desde el siglo XVI en la Mesoamérica colonizada, hasta el gobierno posrevolucionario: durante la colonia se exhibían los cadáveres a manera de escarmiento y despojados del sentido sagrado que la muerte tenía para los indígenas. Asimismo, se instauró el Tribunal de la Inquisición. Aún en la Guerra de Independencia, el fusilamiento, en Chihuahua, y la exhibición de las cabezas de Miguel Hidalgo y sus acompañantes en la alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, respondió a la misma lógica reproducida desde dos siglos atrás. En oposición a esto, la autora señala que en el siglo XIX, el destierro, el encarcelamiento y las ejecuciones selectivas fueron predominantes durante la guerra de Reforma. Pero durante la dictadura porfirista, se ejercieron como prácticas normalizadas, el encarcelamiento, ejecuciones masivas y arrasamientos de pueblos. En este sentido, continúa Cedillo, «[...] durante la revolución se escalaron los niveles de violencia política, por lo que torturar y fusilar prisioneros de guerra y quemar y colgar sus cadáveres en árboles, se volvió un ejercicio

residió en el silencio, en el ocultamiento de la información, en negar las detenciones de los disidentes, en inventarles vidas paralelas, en borrar su identidad oficial, en suma, en desaparecerlos [...] sin informar nunca sobre su destino a nadie.»<sup>86</sup> A partir de entonces, la desaparición forzada de personas fue altamente exitosa entre los gobiernos latinoamericanos: en Argentina funcionaron entre «[...] 1976 y 1982 [...] 340 campos de concentración-extermio, distribuidos en todo el territorio nacional.»<sup>87</sup> Más adelante, Pilar Calveiro expone las siguientes cifras: «Se estima que por ellos [los campos de concentración argentinos] pasaron entre 15,000 y 20,000 personas, de las cuales aproximadamente 90 por ciento fueron asesinadas.»<sup>88</sup> Asimismo, Adela Cedillo enlista los beneficios políticos que tiene la desaparición forzada de personas para los estados nación modernos. Citamos *in extenso*:

«Evita el escándalo nacional e internacional que provocaría la aplicación masiva de la tortura y la pena de muerte a cientos de miles de personas.

»Elimina a los líderes de forma tal que desorienta y desestructura a sus organizaciones, las cuales se ven ante el dilema de seguir reconociendo a sus dirigentes en cautiverio clandestino o reemplazarlos por otros nuevos.

---

cotidiano.» Los gobiernos posrevolucionarios practicaron las ejecuciones sumarias, la tortura, la cárcel, y el confinamiento en las Islas Marías, así como el destierro. Véase, *Ibid.*, págs. 323 y 324.

<sup>86</sup> *Loc. cit.*

<sup>87</sup> Pilar Calveiro, 2002, *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*, Taurus, México, pág. 59. En Argentina: «Los campos de concentración eran secretos y las inhumaciones de cadáveres NN en los cementerios, también. Sin embargo, para que funcionara el dispositivo desaparecedor debían ser secretos a voces; era preciso que se supiera para diseminar el terror. La *nube de silencio* ocultaba los nombres, las razones específicas, pero todos sabían que se llevaban a los que ‘andaban en algo’, que las personas ‘desaparecían’, que los coches que iban con gente armada pertenecían a las fuerzas de seguridad, que los que se llevaban no volvían a aparecer, que existían los campos de concentración. En suma, un secreto con publicidad incluida; mensajes contradictorios y ambivalentes. Lo que no se debe saber, sabiéndolo; lo que es preciso decir como si no se dijera pero que todos conocen.» Págs. 133-134 y *passim*. En el caso de Guatemala, por ejemplo, país que vivió 34 años de enfrentamiento armado interno, se creó la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Violaciones de los Derechos Humanos de Guatemala, el cual realizó el informe *Memoria del silencio*, en el que registra «[...] alrededor de 200 mil víctimas durante el conflicto: 160 mil ejecuciones y 40 mil desapariciones, en una población que no llegaba a los 10 millones de habitantes.» Véase, Ana González, 2000, “Las voces del silencio”, en revista *Puentes*, Núm. 2, diciembre, Buenos Aires.

<sup>88</sup> Pilar Calveiro, *op. cit.*, págs. 133-134.

»Borra la identidad de los enemigos del Estado, tanto físicamente como en la memoria colectiva, con lo que posibilita que se mantenga la ficción de la unidad nacional.

»Cancela el derecho a la sepultura y, por ende, evita que halla multitudes llorando por sus héroes, o que los sepelios se conviertan en actos de protesta masiva.

»Permite responder fácilmente a la inquietud que deja la sustracción de una persona de su red social, difundiendo la especie de que no es ésta desaparecida porque sea culpable, sino que es culpable por ser desaparecida. ('Por algo será', 'seguramente ella se lo buscó', 'se lo merece por andar de terrorista', etc.).

»Somete a los familiares de los desaparecidos a un chantaje permanente, pues al mantener la expectativa de que sus deudos están vivos, se espera que eviten irritar al gobierno con alguna conducta que provoque su maltrato o ejecución.

»Representa un castigo ejemplar y una tortura continuada para estas familias, a las que se responsabiliza por no compartir o fomentar entre sus hijos los valores de 'lealtad a la patria' [...]. Con el tiempo, los familiares quedan atrapados en duelos inconclusos que, en la mayoría de los casos, los inhabilitan para protestar.

»Facilita la negación de los hechos con el argumento de que nadie vio nada, luego entonces no pasó nada. El Estado se mueve en un plano de irrealidad contra el que aparentemente no se puede hacer nada y termina imponiendo una dictadura de olvido y silencio que tiene un efecto devastador entre los familiares, amigos y compañeros de lucha de las víctimas.»<sup>89</sup>

Lo que se tiene entonces es que, durante la guerra fría en México, la guerra sucia se distinguió por la cooptación, el encarcelamiento, el asesinato y la desaparición forzada de los opositores del Estado mexicano, así como también por el silencio, la censura y la clandestinidad de las prácticas represivas estatales. Tal estrategia de contrainsurgencia fue altamente sistematizada, discrecional y especializada, y, por añadidura, efectiva para lograr el mantenimiento de la hegemonía priísta.

En suma, los movimientos sociales armados que surgieron frente el Estado posrevolucionario, y bajo el contexto de la guerra fría, fueron extinguidos a través del

---

<sup>89</sup> Adela Cedillo, *op. cit.*, pág. 325.

uso de la violencia policial y militar altamente especializada y articulada. Esto conllevó que las instituciones dominantes construyeran diversos discursos que van desde las clasificaciones criminalizantes hasta la omisión de la existencia de dichos movimientos. Esto funcionó como un dispositivo simbólico que estableció una lógica silente en torno a las responsabilidades del Estado mexicano y sus instituciones, como veremos en siguiente apartado.

Por último, agregamos que en la década de los setenta en México las izquierdas urbanas estuvieron representadas principalmente por dos vertientes. La primera, la izquierda no armada, cuyas variantes rechazaban la vía armada, defendían la libertad y autonomía sindical, y exigían una reforma electoral que conllevara una democracia directa y participativa. La segunda, la izquierda armada, optó por la vía violenta para lograr sus objetivos, pues creyeron que esta forma de lucha era una forma de combate invencible e infalible para derrocar al gobierno y régimen existentes<sup>90</sup>. En suma, ambas modalidades tomaron direcciones distintas que las condujo asimismo a desenlaces distintos: «[...] Los años setenta se vieron inmersos en ambos procesos que culminaron con el exterminio de las guerrillas [...] y con la Reforma electoral de 1977.»<sup>91</sup>

---

<sup>90</sup> Véase, Robert Taber, 1967, *La guerra de la pulga: guerrilla y contra guerrilla*, Era, México.

<sup>91</sup> Carta de la dirección, 2000, “Los retos de la transición”, en *Trayectorias*, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México, Año 2, Núm. 3, Mayo-Agosto.

### III

#### *Sobre algunos usos de la memoria: silencio social y silencio oficial*

—La droga es peligrosa —dijo ella—, pero te confiere la intuición. Cuando una Decidora de Verdad tiene el don de la droga, puede mirar en muchos lugares de su memoria... de la memoria de su cuerpo. Podemos mirar hacia muchas avenidas del pasado...

FRANK HERBERT, *Dune*

Para controlar la memoria es necesario que los números y los elementos estén ordenados [...] según ciertas formas de recordar (las imágenes del zodiaco) [...] Os digo que si lo contempláis con atención seréis capaces de alcanzar un arte tan figurativo que no sólo facilitará la tarea de la memoria sino que también incrementará los poderes del alma de una manera maravillosa.

GIORDANO BRUNO, *De umbris idearum y Cantus circaeus*

Parte de la lógica emprendida por el Estado mexicano, para legitimar la represión y violencia en contra de los grupos armados, es decir, para generar consensos, fue la construcción de determinadas clasificaciones que negaron u omitieron su existencia. Esto se tradujo en la censura, el silencio, la ausencia o el olvido en los discursos histórico y político dominante, cuya estructuración no es otra sino las relaciones de poder y dominación que el Estado mexicano hizo efectivas en el espacio social a partir de la unificación e imposición de determinadas representaciones sociales. Estas representaciones suponen además la organización, ordenamiento y jerarquización de los significados en determinados contextos, como veremos en este apartado.

En otras palabras, el uso excesivo de la fuerza por parte del Estado contra los movimientos armados se mantuvo en la clandestinidad o se justificó en el espacio público con el uso de categorías criminalizantes que los despojaron de sus cualidades

políticas y sociales. En este sentido, cuando hablamos de silencio u olvido están detrás prácticas y representaciones sociales dominantes de las cuales no podemos dudar de su eficaz encubrimiento: por un lado existe una ambigüedad jurídica en relación con los crímenes de Estado y, por el otro, nos enfrentamos a una carencia de registros, lo que ha dificultado la recuperación de información de lo que fueron las guerrillas urbanas y la guerra sucia en los últimos años.

Actualmente se han producido reportajes periodísticos o documentales centrados en testimonios de ex guerrilleros sobre la tortura, la desaparición forzada y el asesinato de personas involucradas, directa o indirectamente. También podemos rastrear entrevistas sobre lo que significó la participación de la mujer en las guerrillas: sus funciones y lugar en la lógica interna, por ejemplo. Otros temas encaran las discusiones de si es correcto o no el uso del término guerra sucia, y si es posible o no lograr el encarcelamiento del ex presidente Luis Echeverría Álvarez, o cómo tipificar los crímenes de aquellos que participaron directamente en tales eventos. Estas líneas de análisis y discusión se hallan insertas entre otros temas sobre guerrillas no menos importantes<sup>92</sup>, pero lo que destaca en dichos temas es la recurrente necesidad de explicar el porqué no hay una recuperación histórica de los movimientos armados del pasado. A partir de esto último se pueden detectar dos vertientes, las cuales definiremos aquí como «silencio social» y «silencio oficial». Consideramos que tal necesidad de explicar la lógica silente en torno a las guerrillas es indicio de un conflicto presente en relación con la memoria de un pasado no reconstruido históricamente.

Cabe distinguir que la memoria colectiva la entendemos como «[...] una corriente continua de pensamiento [...] que no tiene nada de artificial, ya que sólo retiene del

---

<sup>92</sup> Véase, distintos artículos en el periódico *La Jornada*. También se pueden rastrear diversas páginas con información específica sobre las guerrillas en México y la llamada guerra sucia. Por ejemplo, <http://www.sergioaguayo.org/biblioteca/Cuando%20los%20gorilas%20se%20disfrazan%20de%20academicos.pdf>; <http://www.nodo50.org/raz/noticias/del2005/not050630b.htm>; <http://centrodeinvestigacioneshistoricas.blogspot.com/2006/07/cados-en-combate.html>; <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/informe/tema12.pdf>; <http://www.cuestiones1.net/portada10.html>; [http://www.terrorfileonline.org/es/index.php/Laguna\\_Mauricio\\_Guerra\\_sucia\\_una\\_mancha\\_en\\_la\\_historia](http://www.terrorfileonline.org/es/index.php/Laguna_Mauricio_Guerra_sucia_una_mancha_en_la_historia); <http://www.jornada.unam.mx/2001/02/05/articulos30.htm>  
[Consulta: 1 de diciembre de 2008].

pasado lo que aún está vivo o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que lo sustenta. Por definición, la memoria colectiva no rebasa los límites de ese grupo.»<sup>93</sup> Es decir, la memoria relaciona sin determinaciones metódicas o formales. Por otro lado, la historia es entendida aquí como «[...] la recopilación de hechos [...]. Pero leídos en libros, enseñados y aprendidos en la escuela, los acontecimientos pasados fueron escogidos, reunidos y clasificados según necesidades o reglas [...]»<sup>94</sup> establecidas por los mismos eruditos y estudiosos.

Una vez hechas tales distinciones, comencemos con el primer argumento que trata de explicar el olvido o el silencio en relación con la guerra sucia y las guerrillas urbanas: el silencio social. Este tipo de discurso gira en torno a un tipo de visión que implícitamente parte de la idea de lo que se supone son los fundamentos ontológicos, axiológicos y teleológicos de un estado democrático liberal respecto a la construcción de su historia<sup>95</sup>, y para que ello se realice, debe existir, obligadamente, una «sociedad civil». Por ésta entendemos el espacio donde se dan las disputas, los conflictos y la legitimación de las instituciones estatales; esto es que los conflictos se desarrollan fuera de los márgenes del poder de las instituciones democráticas. Supone además que las demandas emanadas de dichos conflictos deben ser atendidas, mediadas y resueltas por el Estado, pues éste tiene la obligación de dar respuestas a las demandas en disputa, aun se gesticule en la sociedad civil un proceso de deslegitimación de los gobiernos al no poder resolver dichos conflictos y surjan, en tal proceso, organizaciones civiles que intenten resolver las demandas que el poder estatal ya no atiende o no es capaz de resolver.

Sin embargo, en la idea de un silencio social encontramos una suerte de denuncia contra esa misma sociedad civil: aquí se asume que existe un ciudadano consciente y, en este caso, capaz de recuperar eventos del pasado, por muy vergonzosos que estos sean para que el Estado ejerza justicia. Consideramos que esta

---

<sup>93</sup> Gilberto Giménez, *op. cit.*, vol. II., págs. 118 y 119.

<sup>94</sup> *Loc. cit.*

<sup>95</sup> Los fundamentos a los que nos referimos están en relación con los principios que se legitiman desde las instituciones estatales, esto es, las representaciones, los valores y objetivos que se proyectan desde los ideales democráticos.

tendencia discursiva es paradójica ya que, al mismo tiempo que reconoce la existencia de una sociedad civil, también dicha concepción cuestiona al ciudadano y asume que la sociedad es pasiva y sin conflictos. Por ejemplo, sin establecer generalizaciones, Gilda Waldman sostiene que «[...] nuestras sociedades contemporáneas sufren de amnesia, [...] de una profunda negativa a recordar.»<sup>96</sup>

Si nos detenemos un momento en los usos de las palabras señaladas, contrasta lo polémico que puede ser este enunciado: en términos generales, decir que las sociedades sufren de amnesia o de una profunda negativa a recordar, significa, por un lado, que nuestra sociedad tiene la capacidad de aceptar sin queja, protesta o lucha su amnesia, esto es, el olvido *ergo* ignorar algo; implica que los ciudadanos aguantan una afectación de lo que ignoran, consecuencia de la amnesia que experimentan. Podría decirse entonces que nuestras sociedades tienen conciencia de los estados que provoca la «amnesia colectiva».

Esta suerte de capacidad social para soportar lo que se ignora, como una negativa colectiva a recordar, supone, por lo tanto, la idea de una «voluntad social» que percibe, valora, decide y actúa en función de un interés o intereses homogéneos que responden a esa voluntad social. Sin embargo, consideramos que ese tipo de enunciados son más poéticos que teórico-metodológicos. Dicho de otro modo, un enunciado sobre la amnesia y el olvido, como el citado más arriba, no nos explica en términos sociológicos cómo experiencias y recuerdos individuales más o menos dolorosos, vividos colectivamente, entran en un proceso de significación colectiva. Por el contrario, tal enunciado se inscribe en categorías psicoanalíticas, cuya función es la de dar cuenta de cómo funciona en un individuo la censura que resulta de la auto-

---

<sup>96</sup> Gilda Waldman Mitnik, 2004, "Historia y memoria: cuando las sociedades se re-encuentran con su pasado. Algunas consideraciones sobre el caso mexicano", en revista *Acta Sociológica*, Núm. 41-42, mayo-diciembre, Nueva Época, México, pág. 111. El énfasis es de mi parte. Si revisamos en el María Moliner las palabras que constituyen el enunciado citado, encontramos que los usos son los siguientes: *sufrir* (del lat. «sufferre»): aceptar sin queja, protesta o lucha dolores o molestias físicos o morales: aguantar, soportar; tener habitualmente o con frecuencia cierto dolor o trastorno físico: experimentar; afectarse, y tener el estado de ánimo correspondiente, por una desgracia prolongada, por preocupaciones graves, penalidades, desengaños o malos tratos: padecer; ser el objeto en que se realiza cierta acción o fenómeno, indiferente o malo: experimentar. Asimismo, encontramos que la palabra *amnesia* (del gr. "amnesia"): pérdida anormal, total o parcial, de la memoria. Por último la palabra *recordar* (del lat. «recordari»): retener cosas en la mente; traer alguien una cosa a su mente en cierto momento. Véase, María Moliner, *op. cit.*, s.v. sufrir, amnesia y recordar.

represión inconsciente de una experiencia dolorosa, y la cual tiende a impedir el acceso de esa experiencia al sistema consciente de dicho individuo, así como también impide el acceso a los deseos y las formaciones que de tal experiencia derivan<sup>97</sup>.

Es decir, lo anterior no nos permite reconstruir cómo es que en una sociedad se logra establecer de manera orquestada la eliminación de experiencias, deseos y sus formaciones consideradas como inaceptables, de tal manera que se manifieste en una suerte de laguna colectiva en relación con los significados articulados socialmente. Cabe agregar aquí que, en términos psicoanalíticos, la represión de un trauma en un individuo se aloja en su inconsciente y la cura comienza cuando esos recuerdos aparecen, son recuperados y reconstruidos en una narrativa coherente que los dota de sentido.

En términos colectivos, la represión de un trauma no es una cuestión que se enclava en el «inconsciente colectivo». De la misma manera, la reconstrucción colectiva de esos recuerdos en una narrativa coherente no responde a una cura colectiva. En ambos casos, se trata de relaciones de dominación, resultado de determinados conflictos o crisis en las que cada grupo produce sus referentes ideológicos y proyectos políticos, y cuya imposición depende del grupo que termine por controlar el aparato estatal, lo que al mismo tiempo puede conllevar la configuración de resistencias colectivas. Por lo tanto, consideramos que trasladar los mecanismos con los que opera la memoria individual para entender cómo opera la memoria colectiva, no resuelve las relaciones y mediaciones entre los individuos ni la cimentación de los discursos y silencios que se dan al interior de un Estado democrático moderno.

Otra cuestión que se desprende de dicho enunciado tiene que ver con aspectos tratados desde la sociología. Hablar de *la* sociedad, es hablar de sociedades abstractas más que de sociedades fácticas. La sociedad es una categoría imprecisa pues ésta se entreteje, en términos analíticos, de agregados estadísticos heterogéneos e incluso antagónicos. Contrariamente, al hablar de la sociedad estamos englobando a todos los agregados o sectores, estratos o identidades sociales a partir de la singularidad de un

---

<sup>97</sup> Véase, Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, Daniel Lagache (dir.), 1996, *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, España, s.v. Censura.

grupo específico. Ese tipo de categorías tienden a ser formas de nominación totalizantes que «[...] resultan solo de la consideración aislada de una dimensión, faceta o actividad de los hombres.»<sup>98</sup>

Cabe, entonces, la posibilidad de plantear preguntas para futuras investigaciones que apunten a estudiar la magnitud de la violencia o terror emprendido por el Estado mexicano y cómo se ejerció sobre determinados sectores de su ciudadanía. Caracterizar la magnitud y legitimidad que un Estado tiene o no para ejercer la violencia permite entender el tipo de Estado en un periodo específico, ya que si las instituciones estatales comprometidas con su mantenimiento y reproducción se debilitan y no cuentan con los recursos para ejercer el poder sobre determinados sectores sociales, es muy probable que recurra a la violencia como mecanismo de coerción y control. Asimismo, en muchos casos, si el «[...] Estado se vuelve contra los habitantes del país y emprende una guerra interna total, técnicamente deja de existir.»<sup>99</sup> Es el mismo Estado el que se anula al no tener la capacidad de mantener el poder legítimo y sus leyes ante los ciudadanos, sea para mediar y resolver los conflictos, o para protegerlos y garantizar sus derechos.

Por otro lado, la intervención de sectores de la sociedad interesados en recuperar la memoria de los sobrevivientes de la guerra sucia, tiene como consecuencia que se echen a andar procesos «[...] que vamos a llamar de *conciencia* frente a lo ocurrido... mientras ocurría lo que ocurrió.»<sup>100</sup> Por lo tanto, nuestra obligación sociológica es buscar la singularidad de la experiencia acontecida en los sectores sociales involucrados y tratar de descifrar la dialéctica que mantiene con los significados, con los discursos que de dicha experiencia emanan y cómo se objetivan. Un ejemplo de esto es «[e]l análisis de las conclusiones de la Comisión [en Guatemala que] ayuda a entender

---

<sup>98</sup> Julián Marías, 1993, *La estructura social*, Alianza Editorial, España, pág. 26.

<sup>99</sup> Juan Eugenio Corradi, 2000, "La memoria como bien público global", en revista *Puentes*, Núm. 3, Marzo, pág. 44. De acuerdo con el autor, en este nivel de violencia estamos partiendo de un Estado de terror, de un *terrorismo de Estado* que instala el miedo en todos los ámbitos de sus ciudadanos.

<sup>100</sup> Hugo Zemelman, 1998, *Conversaciones didácticas*, Editorial Educo/Universidad Nacional de Comahue, Argentina, pág. 13. El énfasis es del autor.

cómo se construye la memoria colectiva, qué se recuerda, qué se olvida y cuáles son los límites políticos internos y externos [...]»<sup>101</sup>.

Con lo anterior queremos destacar que términos como el olvido, el silencio y el recuerdo para asignar, definir o nominar cualquier manifestación o indicio de ausencia, ambigüedad o incluso similitud entre fenómenos sociales, puede llegar a ser ilusorio. La diferencia entre las guerrillas de una región u otra no descansa en que el investigador parta de sus propios fundamentos axiológicos, sino de cuestiones sociohistóricas concretas; por lo tanto, tampoco se puede hacer el mismo tipo de análisis: no se puede pretender de antemano —sin minimizar la violencia de Estado— que las guerrillas urbanas en México tuvieron el mismo impacto que aquellas que se generaron en Guatemala, El Salvador o, incluso, en Guerrero, México, donde la guerrilla rural fue arrasada brutalmente. Incluso la tipificación jurídica de la guerra sucia va obligadamente acompañada de su reconstrucción sociohistórica: «Ambas se corresponden e interactúan, ya que si bien la vertiente jurídico-ministerial tiene como principal objetivo la aplicación de la justicia, requiere reconstruir la verdad histórica, la verdad de los hechos e interpretar lo que sucedió [...]»<sup>102</sup>

Por otro lado, Gilda Waldman afirma en el artículo citado que «[u]no de los fenómenos más sorprendentes e interesantes ocurridos durante los últimos años ha sido la emergencia de la memoria como preocupación central.»<sup>103</sup> Efectivamente, el estudio de algunos fenómenos sociales pretéritos que llegan a ser significativos en el presente para construir determinadas narrativas coherentes al interior de los estados democráticos, se ha problematizado desde distintas perspectivas que exploran las cuestiones de la memoria colectiva. En este sentido, es pertinente señalar que «[l]a urgencia de trabajar sobre la memoria no es una inquietud aislada de un contexto político y cultural específico. Aunque intentemos reflexiones de carácter general, lo

---

<sup>101</sup> Ana González, *doc. cit.*, pág. 69.

<sup>102</sup> Fiscalía Especial, *doc. cit.*, pág. 29.

<sup>103</sup> Gilda Waldman Mitnick, *doc. cit.*, pág. 109. Cabe destacar que la autora no reduce su argumento a los enunciados citados. Revisar estas afirmaciones no impide reconocer el interesante recorrido histórico que hace a partir de los usos de la memoria, así como los aportes concretos que plantea en este artículo, los cuales serán retomados más adelante.

hacemos desde un lugar particular [...]»<sup>104</sup>. A lo que agregamos que la singularidad de las experiencias se inscriben en un contexto social e histórico; que los discursos individuales están estructurados y son dotados de sentido en y desde un contexto social más amplio, incluso aquellos que el investigador construya.

Sin embargo, puede llegar a suceder también que en esos contextos políticos y culturales los grupos dominantes se apropien de tales discursos y entonces la recuperación de la memoria puede ser considerada

[...] como una máquina productora de verdad de la nueva memoria nacional con la que la gente se identifica. Esta “invención de una biografía” se concibe en los términos de un nuevo nacionalismo con la acuñación de palabras y metáforas que permiten comprender la experiencia colectiva: [...] “olvido”, “perdón”, “reconciliación”, “trauma”, “cicatrización” y acaso también “memoria”.<sup>105</sup>

La memoria colectiva no escapa de las determinaciones de las relaciones de fuerza, de la lógica de poder que prevalece en un contexto específico. Un ejemplo de esto es la fallida creación de la extinta Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, cuyo origen resultó de la recomendación que la Comisión Nacional de Derechos Humanos hiciera al entonces presidente Vicente Fox Quezada en 2001<sup>106</sup>, pero sin consecuencias judiciales para los responsables de los crímenes cometidos durante la guerra sucia. Por eso, cabe la pregunta de quiénes son los interesados y quiénes dominan o controlan las condiciones de posibilidad para la restauración de antiguos centros urbanos, la recuperación de patrimonios nacionales y la reconstrucción de memorias a través de testimonios, documentales, investigaciones, etcétera<sup>107</sup>.

En la actualidad, las cuestiones de la memoria de las guerrillas en México no interesan únicamente a las ciencias sociales o la historia, sino interesan a sectores específicos que se hallan en conflicto y en disputa con las instituciones estatales, los

---

<sup>104</sup> Elizabeth Jelin, 2002 (c2001), *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid, págs. 3 y 4.

<sup>105</sup> Ana González, *doc. cit.*, pág. 78.

<sup>106</sup> Véase, Carlos Montemayor, 2006, “Fiscalía Especial: un balance”, parte IV, en periódico *La Jornada*, México, 4 de mayo.

<sup>107</sup> Véase, Elizabeth Jelin, *op. cit.*, págs. 3 y 4.

medios de comunicación, las corporaciones económicas e, incluso, con otros sectores de la sociedad. Ciertamente, las cuestiones que problematizan la memoria colectiva es un asunto de interés público vigente. Este tipo de debates ha generado una serie de problemas dirigidos a repensar la historia y a repensar la relación inexorable que el poder político mantiene con la memoria colectiva y la historia, y a replantear la relación del Estado y sus sociedades en el campo de lo simbólico.

En otras palabras, tratar asuntos de la memoria colectiva y las guerrillas mexicanas involucra a las instituciones estatales, a los sectores sociales interesados y a los centros productores y distribuidores de conocimiento. El siguiente párrafo nos ayuda a ilustrar esta afirmación. Citamos *in extenso*:

Los lugares de la memoria aparecen [...] sobre el fondo de la incertidumbre, sobre la ruptura entre historia y memoria, entre el pliego consignatorio y los verdaderos recuerdos. No se trata de lugares topográficos, sino de zonas profundas del recuerdo, en las que pueden apoyarse las conductas sociales cotidianas. En todo caso la sentencia señala, por su carácter definitivo, la enorme diferencia entre la perspectiva jurídica y la perspectiva historiográfica de los mismos hechos. Quizá una de las consecuencias más importante sea el juicio público inevitable sobre un grupo de políticos mexicanos responsables de homicidio y sobre toda una época. Si existe algo así como alguien imparcial pero no infalible, terminamos sumando al fiscal, al juez y al historiador, un cuarto miembro: el ciudadano. Su conducta se estructura a partir de su experiencia propia, instruida de modo diverso por el juez penal y por la investigación histórica publicada. Pero la intervención de los ciudadanos no termina nunca, lo que los sitúa más bien al lado del historiador. “Por todos los conceptos, los ciudadanos continúan siendo los árbitros últimos”, escribió Hannah Arendt, “los portadores militantes de los derechos humanos, y de la democracia constitucional”.<sup>108</sup>

Esta cita nos remite a la idea de un sujeto apto para hacer válidos sus derechos ejerciéndolos en la relación dialéctica que se establece *de facto* y *de jure* frente al Estado. Esto no es posible si dicho sujeto no es capaz de dotar de sentido el ámbito de la experiencia en un continuo disputado desde un punto de vista respecto a su entorno: ¿qué se elige recordar?, ¿qué se necesita olvidar?, ¿cómo se construye la narración de

---

<sup>108</sup> José María Pérez Gay, 2004, “Genocidio”, parte V y última, en periódico *La Jornada*, México, 28 de julio.

un pasado doloroso y reciente?, pues también «[...] la construcción de la memoria es una operación cultural que se funda sobre valores.»<sup>109</sup>

En este sentido, la memoria colectiva también es selectiva, contrastiva, dinámica y, fundamentalmente, diferenciada. A lo que hay que agregar que los referentes colectivos e individuales que configuran la memoria se hallan «[...] en *cada individuo* en forma de disposiciones duraderas [...], incorporados que, producidos a lo largo de la historia colectiva, se adquieren en la historia individual [...]»<sup>110</sup>. Por añadidura, la memoria colectiva está configurada sobre la base cultural del grupo al que pertenece, remite necesariamente a las problemáticas que se desprenden de las identidades culturales y de la singularidad de las experiencias.

En este orden de ideas, podemos decir que en los procesos de recuperación y apropiación de determinadas memorias colectivas y en los discursos que de éstas se generan, opera la necesidad de una identidad propia, de una identidad que se distinga de las otras y de la producción de determinados discursos dominantes. De otra manera no se darían los conflictos señalados más arriba. La memoria colectiva también está intrínsecamente vinculada con la construcción de la historia y con los discursos dominantes.

Las memorias colectivas son experiencias y recuerdos colectivos que no se diluyeron o que no desaparecieron a lo largo del devenir del tiempo, cuyo sentido es construido discursivamente, no sólo al ser significativo, sino también para que sea significativo en los grupos sociales. Así, los grupos interesados buscan situar dichos recuerdos en el presente, buscan también reconstruir y reivindicar su identidad en el espacio social. Esta reintroducción en el presente significa redefinir sus referentes en términos identitarios, lo que conlleva la apropiación de un lugar y el reordenamiento de los acontecimientos en la construcción de la historia. Se trata entonces de «[...] volverlos a situar en los marcos dentro de los cuales la historia ordena los

---

<sup>109</sup> Véase, Hilda Sabato, 2000, “La cuestión de la culpa”, en revista *Puentes*, Núm. 1, Agosto, Buenos Aires.

<sup>110</sup> Pierre Bourdieu, 2000b, “Una ciencia que molesta”, *Cuestiones de sociología*, Istmo, España, pág. 31.

acontecimientos —marcos que siguen siendo exteriores a los grupos mismos— y definirlos oponiéndolos unos a otros.»<sup>111</sup>

En este terreno de ideas podemos recuperar el concepto propuesto por Halbwachs de marcos sociales de la memoria. Esto tiene sentido porque los recuerdos, tanto individuales como colectivos, no se evocan ni se completan sin el recuerdo circunstancial, en este caso, de otros discursos. Es decir,

La reconstrucción de un recuerdo pasa por la de las circunstancias del acontecimiento pasado y, por consiguiente, de los marcos sociales o colectivos entre los que se encuentra el lenguaje, el marco social que mayores restricciones presenta: las convenciones verbales, las simples palabras [...] tienen un poder evocador y proporcionan el sentido de esta evocación como, por otra parte, cualquier ideación.<sup>112</sup>

Sin detenernos en la bioquímica cerebral que hace operar a la memoria ni tampoco en las facultades de la memoria respecto a la psique humana, nos centraremos en los discursos dominantes sobre la guerra sucia, los cuales no se agotan en lo que expresan u omiten. Por el contrario, esos discursos tienen también el poder de evocar otros discursos diferenciados e incluso antagónicos. Por consiguiente, el olvido, el silencio o la omisión se entienden aquí como categorías que resultan de los discursos dominantes producidos y distribuidos por las instituciones estatales en el espacio social, y dialécticamente relacionadas con el uso excesivo de la fuerza del Estado contra los movimientos armados. Esas categorías representan más un campo de lucha en el que se establece una disputa con los discursos impuestos que una decisión colectiva de olvidar o recordar: todo suceso que se «[...] conserva, transmite, olvida, abandona,

---

<sup>111</sup> M. Halbwachs, 1950 (1ª. ed. póstuma), “Los marcos sociales de la memoria”, Tomado de *Les cadres sociaux de la mémoire*, PUF, Paris, Traducción: Gilberto Giménez, en Gilberto Giménez, 2005, *op. cit.* vol. II, pág. 123.

<sup>112</sup> Joël Candau, 2006, *Antropología de la memoria*, Nueva Visión, Buenos Aires, pág. 65. De acuerdo con Candau, el «[...] concepto de memoria colectiva no nos dice cómo orientaciones más o menos próximas pueden volverse idénticas al punto de fusionarse y de producir una representación común del pasado que adquiere, entonces, su propia dinámica respecto de las memorias individuales [...]». *Ibid.*, pág. 68. Efectivamente, señala Candau, esta categoría puede ser difusa, similar a la de conciencia colectiva o *a fortiori* como la de inconsciente colectivo. Esto no niega que las memorias individuales comparten culturalmente percepciones: recuerdos que descansan sobre marcos semánticos respecto a determinados hechos.

expulsa, destruye, censura, embellece, sublima el pasado [...]»<sup>113</sup> o lo denigra, se fundamenta en el sistema de oposiciones que configura el espacio social.

Dicho de otro modo, el espacio social en que se desarrolla una disputa por el reconocimiento y apropiación se basa en los vínculos y relaciones que se establecen entre los grupos dominados y los grupos que dominan la producción discursiva, incluso entre los mismos grupos interesados en recordar, así como en las mediaciones que se establecen a partir de las representaciones sociales circulantes. Estas mediaciones mantienen una relación de contradicción, pues ocurre que cuando se enuncia un término a su vez se niega a otro: legal/ilegal, legítimo/ilegítimo, feo/bonito, malo/bueno, etcétera; la presencia de un término presupone la ausencia de otro y viceversa.<sup>114</sup>

Los silencios u omisiones en los discursos dominantes paradójicamente pueden llegar a tener el mismo poder de evocación e ideación en determinados grupos en los cuales los sucesos o recuerdos colectivos silenciados son significativos para esos grupos, pues, en este caso, la ausencia de un término no siempre implica que ese término sea inexistente en otros grupos o individuos portadores de esas memorias: aun cuando la historia oficial deja de lado la existencia de las guerrillas para exaltar otros acontecimientos, dicha exclusión tiene también un poder evocador y de ideación en los grupos que, por lo menos, experimentaron la represión del Estado. Esto es así porque el silencio o la omisión también pasan por las circunstancias del acontecimiento pretérito, es decir, pasan por los mismos marcos sociales o colectivos.

Los marcos sociales de la memoria no son unívocos, son finalmente el resultado *sui generis* de diversas singularidades de las experiencias acontecidas y, por añadidura, de múltiples memorias que pueden coincidir o disentir e incluso ser conflictivas. Por ello, en cuanto la memoria se torna entre distintos grupos un objeto de lucha, se invierten diversos recursos, según lo que está en juego: los grupos subalternos entran en disputa con los grupos dominantes para poner en juego todo

---

<sup>113</sup> *Ibid.*, pág. 87.

<sup>114</sup> Véase, Helena Beristáin, 4<sup>a</sup>. reimp.: 2003 (c1985), *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa, México, s.v. Contradicción.

aquello que caracteriza de manera significativa el pasado de los primeros, esto es, conflictos, tendencias discursivas, silencios, censuras y crímenes, entre otros<sup>115</sup>.

Por ejemplo, la Agrupación de Derechos Humanos Presidente Salvador Allende, señala que el efecto traumático que la dictadura produjo en sus sociedades hace que cuando se habla de memoria colectiva los grupos recuerden la memoria de la dictadura. Sus conmemoraciones responden a las necesidades sociales presentes y futuras, en cuanto existe una lógica estatal para imponer el olvido<sup>116</sup>. Pero si un grupo logra rebasar el ámbito privado —para disputar en el espacio público el reconocimiento histórico de su existencia—, se puede llegar a transformar en el representante y portavoz de las memorias olvidadas o silenciadas. Esa lucha en el espacio público por el reconocimiento y el derecho a recordar se transforma en símbolos de justicia y de un deber de hacer memoria para reconstruir la historia. Se convierten, pues, en una lucha política; en un proyecto político contra las instituciones estatales del presente que pretenden imponer el olvido en sus sociedades.

Históricamente los referentes que definen qué se recuerda y qué se olvida toman sentido en determinados marcos sociales de la memoria, en cuanto son significativos para una comunidad o grupo transmisor y receptor de tales referentes. Cualquier discurso que recupere un pasado es selectivo, según sociedades y proyectos políticos. En este sentido, los discursos dominantes que emanan de los grupos que concentran el poder intrínsecamente contienen lo que se debe olvidar y lo que se debe recordar, todo ello en función del ideal unificado y de una identidad nacional. De esta manera, los grupos dominantes seleccionan, censuran, omiten, niegan, centralizan, jerarquizan y

---

<sup>115</sup> Para Aldo Marchesi, «[e]n el caso uruguayo, a diferencia de lo que en el fragor de las luchas políticas se ha planteado, los conflictos por la memoria no se pueden reducir a actores partidarios del olvido frente a otros defensores de la memoria. Tal vez sea más pertinente denominar como *memoria colectiva*, no lo que algunos intentan defender sino *el campo en el que se dan estos conflictos*. Cada grupo construye su propia versión.» Más adelante señala que «[t]odas estas representaciones colectivas del pasado necesariamente son parciales, y están en relación con las demandas que desde el presente se intentan realizar. [...] En la lucha política todos recuerdan lo que es útil y necesario para construir una identidad y para justificar sus demandas y acciones en el presente.» Aldo Marchesi, 2000, “La guerra y la paz”, en revista *Puentes*, Núm. 2, diciembre, pág. 58.

<sup>116</sup> Véase, *Agrupación de Derechos Humanos Pdte. Salvador Allende G.*, Región de Magallanes y Antártica Chilena, Punta Arenas-Chile: <http://www.memoriacolectiva.com/>, [fecha de consulta: 27 de febrero de 2009].

administran la construcción de los referentes históricos que se supone deben dotar de sentido también el devenir histórico.

Sin embargo, tal jerarquía y olvido oficial pueden ser percibidos de *facto* por otros grupos como la negación de la existencia y como el asesinato de la memoria al ser portadores de ésta. Esto es valorado por tales grupos como una injusticia histórico-social al ser protagonistas o herederos de las experiencias y de las memorias omitidas. Son los marcos sociales de la memoria los que juegan un papel fundamental en la percepción de lo que es justo o injusto, cuyas consecuencias pueden llegar a ser la movilización de los individuos para concretar distintas formas de lucha o resistencia frente a los discursos dominantes: la movilización de los recuerdos se objetiva, principalmente, en la construcción de aquellos discursos que buscan la apropiación de un lugar en la historia y, por lo tanto, el reconocimiento y resignificación de lo omitido en el espacio público. En este sentido es que hablamos de la memoria como un derecho, un deber y una necesidad colectiva del presente.

Así, en este orden de ideas, se vincula el segundo tipo de discurso: el silencio oficial. ¿Qué expresan estos discursos en su conjunto? Por ejemplo, «[...] que los guerrilleros mexicanos han sido ‘ocultados de la historia oficial, que es otra forma de aniquilarlos’ [...]»<sup>117</sup>; que es «[...] evidente que el nuevo gobierno federal está violentando todas las reglas de la gobernabilidad política y social, porque es un gobierno que no está entendiendo a este país, y eso es sumamente grave.»<sup>118</sup> Aquí se señala al Estado como responsable directo de la negación pública acerca de la existencia de grupos armados en la década de los setenta. O bien, juzga que el Estado mexicano «[...] nunca consideró a los guerrilleros como luchadores sociales o disidentes políticos, [...] los calificó como delincuentes comunes, vándalos, abigeos, bandidos, transgresores de la ley. Y con este discurso justificó la represión. Cubrió con el silencio esta parte de la historia.»<sup>119</sup>

---

<sup>117</sup> Jesús Ramírez Cuevas, doc. cit. Esta afirmación fue hecha por el escritor Fritz Glockner.

<sup>118</sup> Laura Poy, Gustavo Castillo, Mirna Servín y Bertha Teresa Ramírez, 2007, “Alto a la nueva guerra sucia y castigo a los represores genocidas, demandan”, en periódico *La Jornada*, México, 3 de octubre.

<sup>119</sup> Doc. cit. Estas palabras son atribuidas a Víctor Orozco, académico de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

En otro artículo encontramos un discurso similar a los anteriores: «Hay poco análisis escrito sobre la experiencia de la guerrilla en los 70 [...]»<sup>120</sup>. Así pues, un sector constituido por ex guerrilleros(as), activistas, intelectuales, académicos(as), organizaciones civiles, etcétera, afirman que «poco se ha dicho», que «poco se ha escrito», que «poco se sabe», consecuencia del encubrimiento que ha caracterizado al Estado mexicano sobre la existencia de grupos disidentes.

Aquí se denuncia directamente la construcción y legitimación de determinados discursos por parte de las instituciones dominantes que clasificaron a los grupos guerrilleros de tal forma que se les despojó de sus cualidades políticas y sociales, lo que, a su vez, permitió la justificación de la violencia de Estado. El problema que se desprende de las afirmaciones expuestas, puede entenderse si partimos de que la organización del sentido social e históricamente estructurado precisamente se «naturaliza» en los individuos o colectivos a partir de las representaciones sociales válidas en un espacio social determinado. A esto agregamos que tales representaciones sociales a la vez que funcionan como referentes identitarios entre determinados individuos o colectivos, también son contrastivas, distintivas y diferenciadoras en relación con otros más.

Las narrativas construidas en torno a la guerra sucia y sus guerrillas, sea por las instituciones dominantes o por los grupos que disputan el reconocimiento de sus experiencias, se hallan dotadas de su propia coherencia a partir de las convenciones verbales que establecen y, por consiguiente, a partir de relaciones de contradicción. Por lo tanto, partimos del principio de que la organización social del sentido precisamente se estructura en la base de un sistema referencial de oposiciones y, el cual, se encarna en los individuos en forma de disposiciones duraderas.

Ahora bien, tal sistema de oposiciones se halla cimentado a partir de las relaciones de dominación que se establecen con la lógica del poder. De esto resulta que el espacio social se estructura simbólicamente desde el lugar y las posiciones que los individuos o grupos ocupan en dicho espacio. Este «efecto de lugar», como Pierre

---

<sup>120</sup> «Recuperar la memoria de la guerra sucia contra la guerrilla de los 70 y 80 en México, necesario para que no se repita: ex guerrilleras», 2001, en periódico *La Jornada*, suplemento *Triple Jornada*, 5 de febrero.

Bourdieu lo llama, se traduce en la producción e imposición de representaciones sociales que van organizando el sentido en función de una jerarquía establecida, desde las instituciones dominantes que organizan la diferencia, las cuales administran y especializan el ejercicio de la violencia y legitimación de ésta en el campo simbólico. Por añadidura, y de acuerdo con el sociólogo francés, el lenguaje es un instrumento de acción y poder. De acción porque existen interacciones simbólicas: de conocimiento y reconocimiento; de poder porque el lenguaje se fundamenta en relaciones sociales y de dominación<sup>121</sup>. Quienes ejercen el poder desde los grupos dominantes son aquellos que usan y tienen las condiciones de posibilidad para imponer determinadas representaciones sociales, a lo que

[h]abría que agregar que la población de una nación vive sobre un cierto territorio; frecuentemente tiene una misma religión (o tipo de ella), un arte y folclor semejante, lo que incluye no sólo la arquitectura, música y otras expresiones artísticas, sino también un modo de vestir, de comer, etcétera. *Es un “mundo de vida” (Lebenswelt), una “forma de vida” (Lebensform) y un macro “juego de lenguaje” (Sprachspiel, como diría Wittgenstein): una lengua nacional.*<sup>122</sup>

Y es entonces cuando la lengua nacional —discurso legítimo— está, diría Bourdieu, vinculada al Estado: tanto en su génesis como en sus usos sociales. Existe, además, un proceso político de unificación en el que determinados sectores sociales se ven obligados a asumir la lengua oficial. La lengua de Estado se convierte así en la norma con que se miden objetivamente todas las prácticas y representaciones. Esto es resultado de la dominación política dinámicamente producida y reproducida por instituciones capaces de imponer el reconocimiento «universal» de la lengua dominante: es la condición de la instauración de relaciones de dominación lingüística<sup>123</sup>.

---

<sup>121</sup> Véase, Pierre Bourdieu, 1985, *¿Qué significa hablar?*, Ediciones Akal, España.

<sup>122</sup> Enrique Dussel, 1996, “El nacionalismo. Sobre las condiciones de su aparición (hacia una teoría general)”, Gerardo Ávalos T. y María D. París (coords. y comp.), *Política y Estado en el pensamiento moderno*, UAM-Xochimilco, México, pág. 332. El énfasis es del autor.

<sup>123</sup> Véase, Pierre Bourdieu, 1985, *op. cit.* Por ejemplo: «[u]na versión inicial del libro de ciencias sociales del 6º grado no llegó a manos de los niños, pues al ser conocida por algunos intelectuales allegados al gobierno —como Víctor Flores Olea, director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; Julio Scherer García, director general de Excélsior y Fernando Pérez Correa, secretario general de la

Dicho de otra manera, tales relaciones de dominación lingüística y sus procesos de significación, sus distintos niveles y sus modos de manifestación, se concretan en relaciones de comunicación y, por lo tanto, en relaciones de dominación. Ahora bien, para que estas relaciones de dominación lingüística se realicen es condición necesaria

[...] que muchas prácticas culturales se concentren en o alrededor de poderosos nudos institucionales que incluyen las religiones, los medios de comunicación, las corporaciones de negocios y [...] los estados. Dichas instituciones, con tendencias de escala relativamente amplia, centralizadas y ricas, son en su totalidad actores culturales; sus agentes invierten continuamente considerables recursos en sus esfuerzos por ordenar los significados.<sup>124</sup>

Tal ordenamiento de los significados, sostiene William H. Sewell Jr, está dirigido a organizar la diferencia, jerarquizar, excluir, marginar, criminalizar, hegemonizar o encapsular todo aquello que se desvíe del ideal ciudadano. De este modo, los discursos que constituyen la construcción de la historia oficial adoptan también características temporales y espaciales del campo semiótico y político, los cuales además emanan desde las variadas prácticas de dominación. Estas prácticas se constituyen a través de las relaciones y vínculos en el espacio social, entendido éste como un sistema de oposiciones, según el lugar y posición —jerarquías— ocupados/apropiados por los individuos o colectivos. A tales relaciones, siempre relativas pues dependen de dichas posiciones, le corresponde la producción, apropiación y reproducción de principios de visión y de división; de esquemas de percepción y de valoración interiorizados en los individuos o grupos en forma de representaciones sociales<sup>125</sup>. En este sentido,

---

UNAM entre otros—, éstos consideraron que el texto era una provocación. Se hizo necesaria una segunda versión. En ella se realizaron algunos cambios para equilibrar la importancia dada a los 'movimientos de tendencia socialista' con la otorgada a los países capitalistas. Así, por ejemplo, se quitó la referencia a los dirigentes de la toma del cuartel Moncada en Cuba y se incluyó el conflicto palestino-israelí, a la vez que se citó a Juan XXIII y a Kennedy.» Véase, Valentina Torres Septién, 1998 (c1997), *La educación privada en México. 1903-1976*, El Colegio de México/Universidad Iberoamericana, México, pág. 231.

<sup>124</sup> William H. Sewell Jr., 2005, "Los conceptos de cultura", Gilberto Giménez, *op. cit.*, Vol. I, pág. 394.

<sup>125</sup> Véase, Pierre Bourdieu, 2000a, *op. cit.*

[...] cuando los actores dotados de autoridad distinguen [...] entre prácticas legales y criminales, o entre lo normal y lo anormal, están introduciendo prácticas muy variadas [en] un campo semiótico y políticamente ordenado de diferencias. [...] Tal acción crea un mapa de la “cultura” y sus variantes, un mapa que muestra a la gente cuál es su lugar, juntamente con sus prácticas, dentro del esquema oficial de las cosas.<sup>126</sup>

Con la idea de mapa cultural, William Sewell refiere más adelante a una suerte de mapa coherente, su coherencia se estructura en función de sistemas semióticos de oposición atravesados por el poder; y aunque la cultura aparece como descentrada respecto a la producción y organización de la diferencia, hemos visto, sin embargo, que las instituciones dominantes en un territorio específico y de escala relativamente amplia, concentran no sólo los esfuerzos por ordenar la diferencia, sino también concentran, producen, jerarquizan, legitiman e incluso legalizan los significados que dotan de sentido la realidad social y objetivados en prácticas cotidianas yuxtapuestas estructurando el espacio social: los significados se objetivan en las prácticas que sostienen las relaciones de dominación lingüística.

Para que el ordenamiento de la diferencia se concrete en dichas prácticas, es condición necesaria que éstas se sustenten en las representaciones sociales que cada individuo y colectividad tienen de sí mismos y de los otros, de las cosas y del mundo que les rodea. Las representaciones sociales entendidas como disposiciones interiorizadas en los individuos y estructuradas socialmente son, justamente, las que determinan cómo se relacionan unos individuos con otros en un orden jerárquico social específico, pues cada individuo o grupo ocupa un lugar diferenciado y una posición igualmente distintiva en el espacio social con su propia lógica simbólica.

Así pues, estamos hablando de las formas simbólicas que recubren «[...] *el vasto conjunto de los procesos sociales de significación y comunicación.*»<sup>127</sup> Por consiguiente, planteamos una de las observaciones que Gilberto Giménez hace en

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, pág. 394-395.

<sup>127</sup> Gilberto Giménez, 2007, “La concepción simbólica de la cultura”, *Estudios sobre cultura e identidades sociales*, CONACULTA, México, pág. 32. Las cursivas son del autor.

relación con los símbolos:

la realidad del símbolo no se agota en su función de significación, sino que abarca también los diferentes empleos que por mediación de la significación, hacen de él los usuarios para actuar sobre el mundo y transformarlo en función de sus intereses. Dicho de otro modo: el símbolo y, por lo tanto, la cultura, no es solamente un significado producido para ser descifrado como un “texto”, sino también un instrumento de intervención sobre el mundo y un dispositivo de poder.<sup>128</sup>

Este reconocimiento de la cultura como forma de comunicación y como instrumento de adaptación, intervención y apropiación, esto es, como un dispositivo de poder, posibilitan —a manera de disposiciones— la aceptación, el acuerdo, el rechazo, el conflicto e, incluso, la indiferencia en el espacio social. La existencia de una serie de sistemas semióticos y de oposición suponen la legitimidad y el reconocimiento de las representaciones que configuran una cultura. Existe, pues, en los individuos, de manera consciente o no, una suerte de pacto de dominación o «contrato social implícito»<sup>129</sup>. La legitimación de determinados sistemas semióticos y de oposición en una cultura son percibidos, aprendidos/inculcados, asumidos, aceptados o rechazados en una suerte de *naturalización* del espacio social, lo que produce un acuerdo tácito compartido de dicho sistema de oposición: justo/injusto, bueno/malo, legítimo/ilegítimo, legal/ilegal etcétera; se producen los sistemas de códigos clasificatorios en relación con las prácticas sociales. Tanto las representaciones como las prácticas mantienen una relación dialéctica de la que no escapan los gobernados ni los gobernantes. Así pues, como ya se dijo más arriba, la cultura clasifica, organiza y distribuye al ser humano y a la naturaleza: es un mundo de vida —*Lebenswelt*—, una forma de vida —*Lebensform*— y un macro juego de lenguaje —*Sprachspiel*—; es una lengua nacional.

Ese proceso de clasificación y nominación implica también apropiarse de lo ajeno, de aquello que se sale de los parámetros o límites impuestos desde las instituciones. Significa excluir, marginar, segregar, discriminar (xenofobia, racismo,

---

<sup>128</sup> *Ibid.*, pág. 35.

<sup>129</sup> La idea de pacto social implícito es tomada de Barrington Moore: Barrington Moore, 1989, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México.

clacismo, etcétera) o asesinar, pues impone, de manera efectiva, definiciones en un sistema de oposiciones como si fuera un mapa semiótico de la cultura que ordena y clasifica los significados, cuyos sentidos se interiorizan en los individuos. Estas cualidades generan contradicciones y conflictos. De ahí que «[...] el consenso cultural, lejos de ser un estado normal de las cosas, constituye un difícil logro; y cuando existe está secretamente vinculado a conflictos y desacuerdos reprimidos.»<sup>130</sup>

A propósito de lo anterior, la escritura de la historia es una forma de reproducir dichas prácticas. Tiene objetivos bien definidos e intereses políticos claros, esto significa que se estructura en función de una política organizada desde el Estado, pues finalmente debe sujetarse a la organización, control y centralización de los significados. Los representantes de las instituciones estatales definen el proyecto de nación, las representaciones que de ésta se desprenden y las cualidades de un ciudadano ideal o sancionado. Por ello, la construcción de una historia oficial y los discursos sociales que se legitiman buscan la cohesión social, la construcción de un «sentimiento nacional», una identidad colectiva con sus cualidades propias, gustos y estilos de vida. Busca construir un pasado común contenido de símbolos que identifiquen y diferencien al mismo tiempo a sus ciudadanos entre sí, en relación con sus gobernantes y con los «extranjeros»; remite, pues, a la exclusión, apropiación, glorificación y mitificación de personajes y acontecimientos existentes dentro de un espacio geopolítico dotado así de significados y de sentido para que se concreten en formas de cohesión, solidaridad e identidad<sup>131</sup>.

---

<sup>130</sup> William H. Sewell, Jr., *op. cit.*, pág. 392.

<sup>131</sup> Este ejemplo nos será útil para ubicar la forma en cómo se objetivan las formas interiorizadas de la cultura: en 1966, «[...] los diputados se entretuvieron y discutieron si se debía inscribir, con sus debidas Letras De Oro, el nombre de Francisco Villa en las columnas que agrupan los nombres de las grandes estrellas de la patria. Los discursos a favor y en contra recurrieron a todo tipo de argumentos, y tras ellos se parapetaban los intereses más diversos. Vicente Salgado Páez, del PRI, por ejemplo, decía: 'Así tenemos que junto al nombre glorioso de Emiliano Zapata aparece el de Venustiano Carranza, cuando sabemos que gente de Carranza mataron [sic.] a Zapata; después tenemos a Obregón, que sacrificó a Carranza. Ahora pondremos a Villa también.' En efecto, los regímenes de la revolución habían logrado el milagro (no menos espectacular que el del desarrollismo) de que cualquier persona, símbolo o idea importante en la historia de México a la larga era capitalizada por el PRI, aunque se tratara de contradicciones aberrantes, como las que señalaba Salgado Páez. El PRI tenía ya al águila y la serpiente, la Virgen de Guadalupe, los colores de la bandera, a Cuauhtémoc y Cortés, a Hidalgo-Morelos-Guerrero-Iturbide-Juárez-Díaz-Madero-Carranza-Obregón-Zapata y Anexas, [...] Pancho Villa dejó atrás su condición de bandolero asustagringos y pasó a ser un adusto padre de la patria.» José Agustín, *op. cit.*, pág. 239.

Dichos referentes también son utilizados como un recurso efectivo en contra de todo aquello que se sale de la norma y de lo permitido, pues son asumidos como «males» que aquejan a una nación. De esta manera, «[n]o existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en los periodos de ‘excepción’, en esos momentos molestos y desagradables [...]»<sup>132</sup>, que los Estados necesitan más que nunca de la coerción y de «teorías del complot» contra otros proyectos políticos; ideologías que fueron «[...] derrotadas, torturadas, humilladas, hasta dejar que el silencio ocupe su lugar en la historia.»<sup>133</sup> Llegados a este punto es pertinente recordar a Michel Foucault cuando afirma que «[u]no sabe que no tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa. Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla.»<sup>134</sup>

Así pues, la cultura es un campo de fuerzas opuestas y en conflicto, donde emergen también las resistencias y las disidencias, y éstas pueden tomar diferentes formas. Aparentemente, dichas relaciones no se fundamentan en relaciones conflictivas, sin embargo, estas disputas se hacen evidentes en momentos de crisis que pueden llegar incluso al punto de generar una ruptura y descomposición de las relaciones sociales ya establecidas. Tanto el Estado como diversos grupos sociales juegan un papel fundamental para la construcción de determinados discursos opuestos y contradictorios, sean legítimos o no ante una sociedad.

La idea de un silencio social como la idea de un silencio oficial representan formas homogéneas o totalizantes, ya que son tanto los sectores sociales como las instituciones estatales involucradas, quienes dotan de diversos significados los acontecimientos que caracterizaron a las guerrillas de los setenta en nuestro país y, a su vez, configuran el espacio donde se concretan las relaciones de dominación lingüística. Pero, la legitimación de prácticas y representaciones sociales que ordenan, jerarquizan y excluyen la diferencia desde los centros de poder estatal, es una forma de dominación que, por otro lado, no es capaz de clausurar el espacio donde se dan las

---

<sup>132</sup> Pilar Calveiro, *op. cit.*, pág. 57.

<sup>133</sup> María Cristina Pons, 1996, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*, Siglo XXI Editores, México, pág. 258.

<sup>134</sup> Michel Foucault, 2a. ed.: 2002 (c1999), *El orden del discurso*, TusQuets Editores, España, pág. 14.

resistencias. Así, las prácticas y sus significados tienen distintas capas o dimensiones, distintos modos de manifestación. Son precisamente también otras formas de conservar los recuerdos, de recuperar los hechos y las prácticas las que han intentado dejar huella de las experiencias vividas en esa época; es decir,

hay muchas formas de reaccionar frente a un trauma colectivo tan profundo como fue lo que ocurrió en estos países en la década de los 70. Desde luego, se puede escribir música o poesía, se puede pintar, o bien guardar silencio, se puede dejar llevar por la desolación, por el pesimismo corrosivo de muchos al negar cualquier posibilidad de futuro, generar una teoría de la derrota, o tratar de entender algunas otras cosas que están detrás.<sup>135</sup>

Siguiendo lo anterior, la memoria de las guerrillas urbanas y la guerra sucia, así como las narrativas que desde ahí se producen, mantienen en la actualidad una constante lucha contra los discursos oficiales que han definido lo criminal, lo ilegítimo y lo ilegal a lo largo del tiempo, y se han mantenido a pesar de la historia nacional que ha omitido la existencia de dichos grupos armados.

Esa continua negación de las propiedades políticas y sociales de los grupos armados del pasado, así como de la escalada de desapariciones, torturas y asesinatos por parte de los cuerpos coercitivos del Estado mexicano en torno a la disidencia, ha desembocado en una fuerte oposición de los grupos interesados en recordar tales movimientos. Son los marcos sociales de la memoria de los individuos y sectores sociales que los representan, los que han rebasado sus propios límites; estos renuevan y actualizan un pasado silenciado que, entre otros elementos, genera las condiciones particulares para que circulen de manera pública sus propios discursos. En suma, si tomamos como referente a Pierre Bourdieu —en relación con la disputa por el reconocimiento de la existencia de las guerrillas urbanas y la guerra sucia emprendida por el Estado mexicano—, podemos decir que las memorias se expresan principalmente en la lucha por la legitimación de los discursos, esto es por la imposición de los principios legitimados de visión y de división como verdad. Esa verdad es el objeto que está en juego, y este último es definido a partir de los intereses de cada

---

<sup>135</sup> Hugo Zemelman, *op. cit.*, pág. 13.

grupo o individuo para objetivar su propia estructura generadora y su espacio social del que es resultado. Nos referimos, pues, a una futura construcción de la génesis actual del campo de las guerrillas de los setenta en México. Pensamos que éste tiene cualidades específicas en el que indiscutiblemente atraviesan las propiedades y posiciones de los agentes implicados, así como la lógica simbólica que de éstas se desprenden<sup>136</sup>. Si bien las representaciones y los discursos del pasado se hacen vigentes desde un presente en disputa, también es cierto que las prácticas destinadas a transformarlo están orientadas por luchas anteriores, ya sea para conservar el campo, ya sea para subvertirlo.<sup>137</sup>

Así pues, tanto los discursos oficiales, como los testimonios, las entrevistas, los documentales o la literatura especializada, se expresan con sus propias justificaciones respecto a sus demandas y prácticas, todas ellas destinadas a lograr sus objetivos y en oposición a los discursos e intereses que los grupos ponen en juego en el campo. Por ello, en todos los agentes implicados existe una relación de complicidad, pues todos ellos luchan por los mismos objetivos. La posibilidad de construir el campo de las guerrillas urbanas de la década de los setenta en México, «[...] es comprender [...] la creencia que lo sostiene, del juego del lenguaje que en él se produce, de los intereses y de los envites materiales o simbólicos que en él se engendran [...]»<sup>138</sup>. De esta manera, tanto las narrativas de los sectores de la sociedad civil involucrados, como los discursos emanados de las instituciones estatales no existen por sí mismos sino que están relacionadas en un *complexus* permanente que dota y es dotado de sentido a partir del mapa cultural en el cual se dan los conflictos.

---

<sup>136</sup> Nos referimos a los productores de bienes simbólicos: académicos, periodistas, artistas, escritores, ex guerrilleros, familiares y amigos de quienes sobrevivieron o de desaparecidos, medios de comunicación de masas, instituciones estatales, organizaciones sociales y estudiantiles, distintos movimientos sociales, etcétera.

<sup>137</sup> Véase, Pierre Bourdieu, 2000c, "Algunas propiedades de los campos", *Cuestiones de Sociología*, *op. cit.*, págs. 112-119.

<sup>138</sup> Pierre Bourdieu, 1997, *Las reglas del arte*, Anagrama, España, pág., 14.

#### IV *Sobre el estado del arte*

—los muertos son, de alguna manera, nuestra propiedad. Debemos cuidarlos —dijo Kikuji—. Pero todos murieron tan pronto.  
YASUNARI KAWABATA, *Mil grullas*

[...] porque el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara secreta de la moneda.  
JORGE LUIS BORGES, *Un lector*

La producción de conocimiento especializado en las universidades ocupa un lugar central en la circulación de significados en y de sus sociedades: no son únicamente las instituciones estatales y religiosas, o las corporaciones económicas y los medios de comunicación de masas, los centros que administran y ordenan las estructuras espaciales y las representaciones sociales que definen y distribuyen la diferencia y jerarquía en el espacio social, también las instituciones educativas son poderosos nudos que producen bienes simbólicos como formas de clasificación y nominación que se legitiman e incluso legalizan.

En relación con nuestro tema, sostenemos que los centros generadores de conocimiento también reprodujeron la omisión y el silencio respecto a las organizaciones urbanas político-armadas de la década de los setenta, pues llama la atención que hasta hace una década dichas guerrillas están escasamente presentes en los temas predominantes de las ciencias sociales.

Así pues, en las décadas de los setenta y ochenta se publicaron en México textos sobre los movimientos armados que lograron la revolución como Cuba y Nicaragua, así como también sobre los movimientos sociales bolivianos, país donde fue

asesinado el Che Guevara<sup>139</sup>. Otro tipo de bibliografía se centra en los países que experimentaron fuertes movimientos de corte político-militar: Venezuela, Guatemala, El Salvador e, incluso, Guerrero, en México, y libros que abordan las guerrillas desde el ámbito rural y sus problemas políticos y agrarios<sup>140</sup>. También hallamos fuentes bibliográficas más ideológicas que teóricas; o bien que desarrollan una lógica política y militar de insurgencia y contrainsurgencia, sus logros y sus fracasos<sup>141</sup>. En suma, no existen en los títulos señalados registros contrastables ni reconstrucciones sociológicas o históricas de los movimientos guerrilleros urbanos.

Por otro lado, en los últimos diez años se han publicado artículos que refieren al papel de las guerrillas urbanas en los procesos democratizadores de nuestro país<sup>142</sup>, así como estudios que tienen como eje central la(s) izquierda(s) en México: estos estudios no detallan las guerrillas urbanas, aunque las mencionan o dedican un breve espacio<sup>143</sup>. Sobresale que el estudio de los movimientos políticos armados latinoamericanos y sus revoluciones han sido de interés para algunos teóricos pertenecientes a las distintas corrientes anglosajonas. Estas investigaciones son

---

<sup>139</sup> Véase, Régis Debray, 1979, *La guerrilla del Che*, Siglo XXI Editores, México; del mismo autor está *La crítica de las armas*, 1 y *Las pruebas de fuego* 2, ambos editados en Siglo XXI Editores, México.

<sup>140</sup> Véase, Miguel Aroche Parra, 1985, *Unidad antiimperialista, unidad proletaria*, Claves Latinoamericanas: Editora y distribuidora nacional de publicaciones, México; Carlos Bonilla Machorro, 1983, *Ejercicio de guerrillero*, Grupo Editorial Gaceta, México; Arturo Martínez Nateras, 1978, *El tema de la amnistía*, Cultura Popular, México; Juan Miguel de Mora, 1972, *Las guerrillas en México y Genaro Vázquez*, Editorial Latinoamericana, México; Baloy Mayo, 1980, *La guerrilla de Genaro y Lucio: análisis y resultados*, Editorial Diógenes, México; José Luis Ontiveros, 1987, *Rubén Salazar Mallén, subversión en el subsuelo*, Editorial Biblioteca/Universidad Veracruzana, México, del mismo autor: 1977, *Las utopías del siglo XX*, UNAM, México; José Natividad Rosales, 1975, *¿Quién es Lucio Cabañas?*, Posada, México; David Viñas, 1982, *Contrapunto político en México*, I.C.A.P., México. Jaime López, 1974, *Diez años de guerrillas en México*, Posada, México.

<sup>141</sup> Véase, Guillermo Boils, 1975, *Los militares y la política en México 1915-1974*, Ediciones El Caballito, México; Robert Taber, 1967, *La guerra de la pulga: guerrilla y contraguerrilla*, *op. cit.*; Baljit Singh y Ko-Wang Mei, *op. cit.* Régis Debray, 1967, *La Revolución en la Revolución*, Casa, La Habana; Miguel Aroche Parra, 1974, *El Che, Genaro y las Guerrillas: estrategia y táctica de la Revolución en México*, Federación Editorial Mexicana, México. Gustavo Hiraes, 1977, *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Orígenes y Naufragios*, Ediciones de Cultura Popular, México. Carlos Marighella, 1971, *Teoría y acción revolucionarias*, Editorial Diógenes, México.

<sup>142</sup> Actualmente se pueden encontrar artículos que abordan el tema en las revistas *Proceso*, *Memoria*, *Fractal*, entre otras. En periódicos como *Reforma*, *La Jornada* y *Milenio*. Varios documentales han sido transmitido principalmente por canal 11 y 22.

<sup>143</sup> Algunos textos que podemos mencionar aquí son: Jorge Castañeda, *op. cit.*, Barry Carr, 1996, *op. cit.* Véase, Gilda Waldman Mitnik, *op. cit.*, págs. 120-124. Daniel Cosío Villegas, et al., *op. cit.* Vale la pena introducir aquí la crónica que Elena Poniatowska escribió en 1981: *Fuerte es el silencio*, Era, México.

fundamentalmente comparativas, las cuales, en términos generales, no ubican en sus argumentos a las guerrillas mexicanas<sup>144</sup>.

Con todo, desde el levantamiento del EZLN, el estudio en torno al surgimiento y continuidad de los movimientos armados es cada vez más fructífero. Esto ha conllevado que los activistas a favor del esclarecimiento de lo sucedido durante la guerra sucia y de la presentación de las personas desaparecidas desde el 68, sean políticamente ineludibles en el espacio social: por un lado, desde 1990, la fundación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos —y con ello el ejercicio de las garantías individuales— fue resultado de las presiones y exigencias de esos individuos y colectivos, entre otros no menos importantes y, por el otro, la apertura de los archivos existentes sobre este periodo, así como la publicación de testimonios, artículos periodísticos, documentales para cine y televisión, ensayos críticos, páginas electrónicas y la creación de líneas de investigación en el campo académico, han venido en aumento en los últimos doce años<sup>145</sup>. En resumen, es en el presente que «[...] las líneas de investigación sobre la guerrilla en México se encuentran en *proceso de formación* [...]»<sup>146</sup>.

---

<sup>144</sup> Véase, McAdam Doug, Sidney Tarrow and Charles Tilly, 1997, “Toward an Integrated Perspective on Social Movements and Revolution”, *Comparative Politics. Rationality, Culture and Structure*, M.I. Lichbach and A.S. Zuckerman (ed.), Cambridge University Press, Cambridge; Wickham-Crowley, Timothy P., 1992, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton University Press, Princeton; Jack Goldstone, 2001, “Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory”, in *Annual Review of Political Science*, 4; del mismo autor, 1986, *Revolutions: Theoretical, Comparative, and Historical Studies*, Harcourt Brace & Co., Fort Worth; Jack Goldstone, Ted Robert Gurr and Farrokh Moshiri (eds.), 1991, *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Westview Press, Boulder; John Foran (ed.), 1997, *Theorizing Revolutions*, Routledge, London/New York; Kim Quee-Young, 1996, “From Protest to Change of Regime: The 4-19 Revolt and Fall of the Rhee Regime in South Korea”, en *Social Forces*, vol. 74, No. 4 (June), The University of North Carolina Press, North Carolina; Jeff Goodwin, 2001, *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*, Cambridge University Press, UK. Este libro contiene distintos artículos del mismo autor, así como de otros autores. En general, todos estos textos forman parte de un conjunto vastísimo de artículos y libros que sería imposible enlistar aquí.

<sup>145</sup> Sergio Aguayo Quezada, 2001, *La Charola: una historia de los servicios de inteligencia en México*, Grijalbo, México; Laura Castellanos, 2007, *México armado. 1943-1981*, Era, México; Fritz Glockner, 2007, op. cit.; Jorge Luis Sierra Guzmán, 2003, *El enemigo interno: contrainsurgencia y fuerzas armadas en México*, Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana/Centro de Estudios Estratégicos de América del Norte, México; Serie: México: Genocidio y delitos de lesa humanidad Documentos básicos 1968-2008, 2008, op. cit., 10 tomos; Enrique Condés Lara, 2007, *Represión y Rebelión en México (1959-1985)*, 2 tomos, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Miguel Ángel Porrúa, México; José Sotelo Marbán (coord.), 2006, *Informe Histórico de la Sociedad Mexicana ¡Que no vuelva a suceder!*, Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, México; existe también una “guía de acceso al archivo de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, AGN”, titulado *Guerra fría y guerrilla en México*,

En cambio, en el aspecto jurídico, la llamada guerra sucia no ha sido delimitada: en la producción de teorías, conceptos y categorías vinculantes con las realidades sociales, la jurisprudencia también se incorpora, no en términos de una historia del derecho, sino como un campo gnoseológico que produce conocimientos metajurídicos con el propósito de concretar y vincular las normas jurídicas con las relaciones sociales en el orden político establecido.

Durante tres décadas no se investigó ni se problematizó la guerra sucia en la producción científica social. Esto significó la inexistencia de categorías y explicaciones sociopolíticas e históricas que replicaran las representaciones impuestas por el Estado —difundidas, principalmente, en los medios de comunicación—, sea para contrarrestar los efectos de lugar normalizados desde los discursos oficiales o para comprender el fenómeno de las luchas armadas en México. En consecuencia existe, hasta hoy, una suerte de indeterminación jurídica; una ambigüedad respecto a la clasificación de los delitos cometidos por los gobiernos mexicanos durante la guerra sucia: los movimientos armados y la guerra sucia representan un espacio ambivalente e inclasificado en

---

coordinada por Daniela Spenser, la cual facilita la búsqueda de información que antes no se tenía al alcance. Esta guía fue producida en disco compacto por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México. En su interior, la coordinadora aclara que la investigación se elaboró entre septiembre y diciembre de 2000; y la cual se centró en documentos que tuvieran como eje la historia de la guerra fría en México. Señala además que esta guía no es una guía general, es decir, exhaustiva, aunque se revisaron —comenta Spenser— cerca de dos mil cajas y varios miles de expedientes. El resultado, es una base de datos con 983 registros que refieren al número de caja, año de generación del documento y el tema que abarca. Esto con la finalidad de organizar y facilitar la búsqueda de información que se halla bajo la custodia del Archivo General de la Nación: Daniela Spenser, (coord.), 2000, *Guerra fría y guerrilla en México*, Guía de acceso al archivo de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (AGN), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México; D. Spenser (coord.), 2004, *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, Miguel Ángel Porrúa/Secretaría de Relaciones Exteriores/CIESAS, México; Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), 2006, *Movimientos armados en México en el siglo XX*, 3 tomos, CIESAS/COLMICH, México; Carlos Montemayor, 2007, *La guerrilla recurrente*, Debate, México. En relación con algunas tesis elaboradas, están las siguientes: Alberto López Limón, 2000, *Historia de las organizaciones político-militares en México 1960-1980*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política en la UNAM; Donají Citlali Cortés Gutiérrez, 2005, *El impacto que dejó la guerra sucia de México en militantes de la guerrilla urbana y en familiares*, México, Tesis Licenciatura en Ciencias de la Comunicación UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; Hugo Ricardo Cerón Anaya, 2001, *Historia, literatura y memoria: la guerrilla en México durante la década los setenta*, México, Tesis Licenciatura en Historia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. Se pueden consultar los siguientes archivos electrónicos: [www.centrodeinvestigacioneshistoricas.com](http://www.centrodeinvestigacioneshistoricas.com); [www.cndh.gob.mx](http://www.cndh.gob.mx); [www.cedema.org](http://www.cedema.org); <http://centroprodh.org.mx>; <http://www.derechos.org/nizkor/mexico/doc/ezn7.html> [Consulta: 27 de mayo de 2009].

<sup>146</sup> Verónica Oikión y María Eugenia García, citadas en el artículo de Jesús Ramírez Cuevas, *doc. cit.*

términos históricos, sociológicos y jurídicos. Esto lo ilustraremos con un artículo de José María Pérez Gay en el que trata la excepcionalidad de los crímenes cometidos por el Estado el 10 de junio de 1971.

José María Pérez Gay sostiene que la problemática a la que se enfrentó Ignacio Carrillo Prieto, entonces fiscal especial de la entonces FEMOSPP, es la «[...] gravedad excepcional de los crímenes, [...] de que el propio Estado los haya cometido contra una parte discriminada de la población, a la que debió haber protegido y brindado seguridad.»<sup>147</sup> Así tenemos que,

[e]n un hecho sin precedente en la historia de México, el fiscal especial para Movimientos Políticos y Sociales del Pasado [sic.], Ignacio Carrillo Prieto acusó al ex presidente Luis Echeverría Álvarez y a 10 funcionarios de su gobierno de genocidio. Según el fiscal, el 10 de junio de 1971, se cometió un genocidio en México. De acuerdo con el Código Penal Federal “comete el delito de genocidio el que con el propósito de destruir total o parcialmente a uno o más grupos nacionales, de carácter étnico, racial o religioso, perpetrare por cualquier medio delitos contra la vida de miembros de aquellos o impusiere la esterilización masiva con el fin de impedir la reproducción del grupo.”<sup>148</sup>

En consecuencia, sostiene José María Pérez Gay, el ex fiscal de la entonces FEMOSPP entró a un callejón sin salida, no bien si, además, se acusó al ex presidente Luis Echeverría por actos ilícitos que habían prescrito: homicidios calificados, lesiones, obstrucción de la justicia y abuso de autoridad. En efecto, los crímenes que el Estado cometió el *jueves de corpus* del 10 de junio del 71 no se pueden tipificar, según las leyes mexicanas o la *Convención de Genocidio*, como genocidio pues las víctimas no fueron asesinadas, desaparecidas o encarceladas por motivos nacionales, étnicos, raciales o religiosos. Frente a este desacierto, José María Pérez Gay concluye que Ignacio Carrillo Prieto no supo distinguir entre terrorismo de Estado y genocidio, y que

---

<sup>147</sup> José María Pérez Gay, doc. cit.

<sup>148</sup> Doc. cit. En el mismo artículo el autor hace un resumen de los genocidios registrados en la historia del siglo XX —parte I, II, III y IV—: Auschwitz, Bergen Belsen, Camboya, Ruanda y Srebrenica. Sin embargo, en la parte II —26 de julio de 2004—, escribe que «[...] sólo podemos hablar de genocidio cuando existe el exterminio masivo de un pueblo. Hablar como historiador —o como fiscal— de la singularidad del genocidio exige haber sometido al análisis la idea de singularidad —o, como se dice también, de unidad— como lo exige la filosofía crítica de la historia.» Doc. cit.

la incapacidad de llevar a juicio a los involucrados es resultado de la dificultad y gravedad excepcional de los crímenes. En síntesis, podemos decir que la inexistencia en el pasado de estos temas en las investigaciones académicas y en lo que el derecho debe de regular en un Estado democrático, ha derivado en el presente en una ambigüedad aparentemente irresoluble.<sup>149</sup>

De manera análoga, los crímenes cometidos durante la llamada guerra sucia representan un espacio ambivalente e inclasificado, más si los grupos políticos militares se desarrollaron fuera de los límites tolerados por el Estado. De ahí que concluyamos este punto señalando que el «[...] autoritarismo mexicano no tiene historiadores [...]»<sup>150</sup>; por tanto, consideramos que para que México dé otro paso en su democracia es urgente la reconstrucción sociológica e histórica de dicho periodo y su tipificación en la jurisprudencia.

Lo anterior nos lleva, en otro orden de ideas, a la omisión en los discursos políticos y académicos, así como a la carencia de registros de las guerrillas y la llamada guerra sucia. Entonces se hace necesario recuperar lo expuesto en el apartado anterior para intentar dar una respuesta al porqué en el campo académico no se investigaron de manera sistemática esos movimientos sociales.

En el capítulo anterior subrayamos que el Estado mexicano se distinguió por su propia paradoja: por un lado, como un Estado de seguridad nacional durante la guerra fría y, por el otro, como un Estado «incluyente» de las izquierdas latinoamericanas — reflejada en su política exterior y en su capacidad de cooptación—, y cuya violencia

---

<sup>149</sup> En el caso de nuestro país, el concepto de genocidio está tipificado en el Código Penal Federal (véase el Artículo 149-Bis, del Capítulo II, Genocidio; Título Tercero, Delitos Contra la Humanidad), sin embargo en éste no se protegen a los grupos políticos o la disidencia, sino a aquellos de carácter nacional, étnico, racial y religioso. De la misma manera, en la *Convención de Genocidio*, de 1948, se excluye a los grupos políticos y se protegen a los mismos cuatro grupos, arriba señalados. Respecto a esto, Daniel Feierstein, señala que «[...] La restricción establecida finalmente en la *Convención* resultó arbitraria, al incluirse dentro de los 'grupos protegidos' a quienes poseen una 'ideología religiosa', pero no así a quienes comparten una 'ideología política', cuando ambos constituyen, más allá de sus importantes diferencias, dos sistemas de creencias.» Daniel Feierstein, 2011, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, pág. 41. Más adelante el autor señala que «[...] resulta [...] llamativa la exclusión cuando no responde a fundamentos jurídicos ni sociológicos atendibles, lo cual fue señalado en numerosas intervenciones de diversos académicos y políticos, cuyo caso más resonante fue el informe preparado para las mismas Naciones Unidas por el consultor nombrado al efecto, Benjamin Whitaker, a comienzos de los años ochenta.» *Ibid.*, pág. 42.

<sup>150</sup> José María Pérez Gay, doc. cit.

implicó el uso de recursos que garantizaron al Estado la producción y distribución de categorías excluyentes y criminalizantes de los grupos armados al interior de sus sociedades. Esta forma de simbolizar la izquierda armada mexicana sirvió, primero, como un mecanismo silenciador y deformador de las propiedades políticas y sociales de esos grupos en el espacio público y, segundo, funcionó para legitimar un cuadro burocrático al interior de las instituciones estatales, ya que la persecución, tortura, encarcelamiento y asesinato se convirtieron en una suerte de rutinas: en las organizaciones de seguridad y coacción del Estado, los subordinados estaban obligados a cumplir las órdenes de sus superiores sin cuestionamiento, de lo contrario serían castigados por su incumplimiento hasta tal punto que las atrocidades cometidas se legitimaron y «naturalizaron»<sup>151</sup>.

Cabe agregar que la fuerza de esa naturalización radica en que ésta se interioriza en los individuos y opera como un dispositivo que asegura la neutralización de lo extraño o de lo que se considera ilegítimo e ilegal, cuya efectividad garantiza a los estados modernos un poder simbólico que establece definiciones en y de sus sociedades; de manera contraria, el enemigo puede llegar a ser reificado y se torna un elemento de exterioridad que se opone de manera objetiva y asimétrica al Estado y a sus defensores: «la disidencia», «los rebeldes y criminales que atentan contra la patria» rompen con los límites tolerados por los estados modernos haciendo que las leyes y el orden colapsen; de ahí que cualquier elemento percibido como amenaza se deba

---

<sup>151</sup> Véase, Pilar Calveiro, *op. cit.*, pág. 34. A manera de ejemplo, «Luis Blanco Frías subraya que tenían la ‘consigna de no ver, no escuchar y tampoco fisgonear lo que ellos realizaban [funcionarios]» Gloria Leticia Díaz, 2002, «La ‘foto del recuerdo’ y al mar...», *doc. cit.* En este artículo se narran distintos testimonios respecto a los asesinatos y desapariciones de presos guerrilleros —y no guerrilleros también—. Los testigos, casi todos militares, tenían órdenes de no intervenir o de no desobedecer. De esta manera, el miedo funcionó como un dispositivo silenciador respecto a los «tiros de gracia», «violaciones sexuales», «personas arrojadas al mar desde un avión, algunos de ellos todavía con vida». Llegados a este punto, cabe la pregunta que varios estudiosos de los movimientos sociales y del Estado se han hecho en torno al uso de la represión como instrumento de control político y social para gobernar. Ello involucra diferentes niveles de discusión, como son la percepción de amenaza que la élite gobernante tiene respecto a los grupos disidentes; los niveles o poder de persuasión que los gobernantes tienen para el control social; el estatuto de legalidad/ilegalidad de acciones y recursos que el Estado emprende; las prácticas en relación con los derechos humanos; el recurso de la represión en las democracias modernas o el «clima de terror» con el fin de anular la amenaza que representa una guerrilla o cualquier otro movimiento en oposición; si el Estado es débil o fuerte para gobernar, etcétera.

destruir<sup>152</sup>. Por último, señalamos en el capítulo anterior que la violencia del Estado funcionó también como un mecanismo ejemplar en el espacio social.

Pensamos que el silencio y la carencia de registros o de información no fue resultado sólo de lo anteriormente descrito. A decir de cualquier fenómeno social, las circunstancias y contingencias que determinan su existencia pueden llegar a ser tan variadas que abarcarlas se torna imposible. Sin embargo, Gilda Waldman destaca, en el artículo citado más arriba, las posibles causas por las que el silencio dominó en relación con los movimientos armados en México y la guerra sucia. Refiero *in extenso*: 1) La negación de los gobiernos de la existencia de grupos armados en el país. En consecuencia, la clausura e inexistente acceso a la información de dichos sucesos, situación que enfrentaron tanto investigadores como historiadores y científicos sociales; 2) la clandestinidad de los movimientos, característica que ha hecho casi imposible la recolección de información; 3) la pérdida de archivos históricos en el temblor del ochenta y cinco; 4) las editoriales, las cuales carecían de interés por publicar respecto al tema; 5) el distanciamiento entre investigadores de izquierda y la guerrilla; 6) el silencio que los guerrilleros o personajes cercanos a la guerrilla mantuvieron consecuencia de la represión experimentada y sus impactos posteriores; 7) parte de ese silencio se debió a que los guerrilleros no pudieron concretar lo sucedido en documentos históricos pues no se consideran historiadores ni académicos; y 8) la autora termina señalando que el silencio sobre el tema es resultado también del fracaso del proyecto o proyectos que las guerrillas plantearon<sup>153</sup>.

Visto desde ahí, podemos decir que la clandestinidad, la negación o criminalización, el silencio, la omisión, la pérdida e incluso el desinterés en torno a las guerrillas han sido los efectos de variadas formas de censura e incluso de una

---

<sup>152</sup> Véase, Zygmunt Bauman, 1999, "Modernidad y ambivalencia", *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Josetxo Beriain (comp.), Anthropos, España, *passim*.

<sup>153</sup> Para revisar con detalle esta información véase, Gilda Waldman Mitnik, doc. cit., págs. 123-127. Es pertinente señalar que nuestro interés no es argumentar si las guerrillas fracasaron o no en su proyecto revolucionario. Partiré de que, efectivamente, las guerrillas no lograron una revolución. Esto es de interés para construir una interpretación del porqué fue muy escasa la producción académica sobre estos grupos. Aun esto, consideramos, por un lado, que las izquierdas no armadas tampoco lograron gran cosa en un tiempo inmediato si las interpretamos desde sus proyectos políticos y, por el otro, tampoco existe una producción científica profunda y consistente que dé cuenta de estos últimos grupos.

autocensura en relación con el lugar ocupado por estos movimientos político-militares en el espacio social: «[...] el espacio social se define por la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales.»<sup>154</sup> Así, en todo espacio social y en todos los lugares ocupados/apropiados por los individuos se producen y reproducen símbolos que se oponen o excluyen, y los cuales se interiorizan como puntos de vista más o menos estables que, al mismo tiempo, naturalizan la jerarquía de ese mismo espacio. Pero esta jerarquía no es piramidal, en su lugar, se concentra dinámicamente en diversos puntos y dispersos en el espacio social en una suerte de mapa o archipiélago.

De esta manera podemos decir que tal ejercicio de poder simbólico se expresó, primero, en una suerte de conversión de las cualidades políticas y sociales en relación con los movimientos armados cuando el Estado impuso a la sociedad las clasificaciones que los definieron como criminales o vándalos —esto se reafirmó con la clandestinidad o por el uso de las armas por parte de estas organizaciones—; segundo, paradójicamente tal poder también se tradujo en el silencio o negación de las guerrillas urbanas en los discursos institucionales, lo que significó, por un lado, una aparente inexistencia de éstas en los discursos sociales circulantes y, por el otro, una forma de censura/autocensura en el espacio social, pues el silencio opera también, en estos casos, como un elemento de amenaza en relación con lo permitido y lo prohibido; tercero, esta censura estuvo determinada a su vez por las prácticas represivas estatales, las cuales se transformaron en un «secreto a voces» circulante entre los miembros de las izquierdas, tanto pacíficas como armadas, secretos y rumores que funcionaron como un mecanismo de coacción; cuarto, el poder simbólico funcionó al interior de los aparatos coercitivos del Estado como elementos justificadores del uso de

---

<sup>154</sup> Pierre Bourdieu, 2000a, *op. cit.*, pág. 120. El autor parafrasea una cita de Pascal para ejemplificar lo que por *espacio social* entiende: «[...] 'El mundo me comprende y me engulle como un punto, pero yo lo comprendo.' El espacio social —dice Bourdieu— me engulle como un punto. Pero este punto es un *punto de vista*, el principio de una visión tomada a partir de un punto situado en el espacio social, de una *perspectiva* definida en su forma y en su contenido por la posición objetiva a partir de la cual ha sido tomada. El espacio social es en efecto la realidad primera y última, puesto que sigue ordenando las representaciones que los agentes sociales puedan tener de él.» Pierre Bourdieu, 1997a, *op. cit.*, pág. 25. En síntesis el espacio social es «[...] la lógica específica del mundo social, esa 'realidad' donde se desarrolla una lucha permanente para *definir* la 'realidad'.» Pierre Bourdieu, 1985, *op. cit.*, pág. 92.

la violencia física; y, quinto, tal poder simbólico se tradujo como una forma ejemplar contra la «disidencia». Los discursos gubernamentales y los medios de comunicación, por ejemplo, funcionaron como lugares que produjeron y difundieron una serie de representaciones más o menos deformadas que se legitimaron como un punto de vista jerarquizado en el espacio social y funcionaron como un mecanismo de poder para garantizar la legitimidad y conservación de las instituciones del Estado.

En otro orden de ideas, ese poder también se afianzó al interior de los centros productores de conocimiento, cuya objetivación se manifestó con la ausencia o inexistencia de las guerrillas mexicanas en los estudios sociales, políticos e históricos; ciertamente la censura y la violencia que el Estado ejerció determinó también que los investigadores pertenecientes a las instituciones académicas excluyeran de sus líneas de indagación a los movimientos armados, pues incluso algunos investigadores experimentaron dicha violencia, entonces, ¿cómo explicar la ausencia de las guerrillas mexicanas hasta hace una década en los centros productores de conocimiento, si afirmamos que su exclusión no dependió únicamente de la censura y autocensura?

Si retomamos el distanciamiento entre los investigadores de izquierda y los grupos guerrilleros que Gilda Waldman señala, podemos elaborar las siguientes observaciones con el propósito de desarrollar, más adelante, los planteamientos centrales de este apartado. Así pues, tenemos que dicho distanciamiento lo podemos interpretar en relación con los lugares ocupados/apropiados, sus representaciones, intereses y proyectos políticos, es decir, con las posiciones sociales. En este sentido vimos, en el apartado anterior, que la izquierda no armada y sus variantes buscaron principalmente una transformación en términos democráticos respecto a la representatividad política y la autonomía sindical frente al Estado priísta, mas no luchó por desplazar una clase social por otra para transformar las estructuras estatales y dirigir las, en principio, al socialismo. Esto último, fue el propósito de los movimientos urbanos armados, agrupados desde una lógica militar para lograr una revolución política, económica y social en México.

En consecuencia, aunque las izquierdas no armadas y las guerrillas partieron de la misma base ideológica, sus proyectos políticos se bifurcaron hasta el punto que se

desencontraron casi por completo. Esta segunda observación nos lleva a suponer que las prácticas de represión y violencia de los aparatos policiales y militares —dirigidas de manera discrecional y especializada a distintos grupos e individuos, y en diversos grados durante la década de los setenta y hasta mediados de los ochenta—, se distinguieron, en gran medida, por centrarse en los guerrilleros(as), los cuales muchos de ellos fueron torturados, asesinados, desaparecidos, encarcelados o cooptados; esto no ignora que en diferentes momentos militantes de las izquierdas pacíficas también estuvieron obligados a la clandestinidad y fueron víctimas de la represión, pero la tortura, el asesinato y la desaparición estuvo dirigida en mayor escala contra los grupos armados. En pocas palabras, tales prácticas represivas también estuvieron más o menos dirigidas a las izquierdas no armadas, pero, en su caso, la reforma electoral de 1977 estuvo orientada hacia la centralización, control, debilitamiento o cooptación de las izquierdas pacíficas, entre otros propósitos que aquí no serán revisados.

Así pues, en las universidades distintas manifestaciones de la izquierda armada y no armada se gestaron o confluieron; sin embargo, nos atrevemos a señalar que la pertenencia, incorporación y permanencia en el ámbito universitario de académicos que militaron —de manera clandestina o visible— en distintas vertientes de la izquierda no armada, fue mayor respecto a la de los guerrilleros, pues para estos últimos la militancia significó, por un lado, una vida completamente clandestina, de encierro o incluso de exilio —lo que quizá provocó la interrupción de su trayectoria escolar o laboral— y, por el otro, representó una continua violencia en su entorno con sus implicaciones psíquicas.

Cuando sostenemos que tanto las izquierdas no armadas como las guerrillas urbanas partieron de la misma base ideológica, pretendemos decir que el referente que orientó a las izquierdas en México y el mundo, incluyendo a un número considerable de estudiosos sociales y humanistas en las universidades, fue la tradición marxista y sus variantes<sup>155</sup>.

---

<sup>155</sup> En términos generales, entendemos por marxismo una filosofía práctica, una filosofía con finalidades políticas e históricas, si reparamos que la propuesta socialista de Karl Marx se centra en que la coordinación de la acción de los individuos debe estar en concordancia con el conocimiento de los factores productivos que configuran la base de la realidad en que viven y en relación con el conocimiento

El marxismo mexicano —e internacional— partió de la idea de que la producción de conocimiento al interior de las universidades no tenía porqué separarse de una transformación de la realidad social, incluso muchos académicos(as) fundaron o se vincularon a algún grupo de izquierda en México y el mundo. Tampoco debía existir el dilema de elegir entre la teoría y la práctica. En otras palabras, la transformación de la realidad no tenía por qué someterse a un debate para confrontar si se debía optar por la teoría o la práctica, ya que esto era inseparable. Así pues, para el marxismo la transformación de la realidad social se presentó

[...] como un fin u objetivo último al que han de ajustarse tanto el pensamiento como la acción. Este fin, es en definitiva, la expresión del interés de una clase social —el proletariado— que sólo puede emanciparse —y con ello toda la humanidad— transformando consecuentemente la realidad. Se trata de un fin que nace de la praxis histórica misma y que sólo puede realizarse prácticamente, con una acción práctica que requiere cierta teoría.<sup>156</sup>

Frente a dichos postulados pareciera entonces que las izquierdas en México debían coincidir o conciliar intereses en algún momento de su praxis. Todo lo contrario, si partimos de las observaciones que se desprenden del distanciamiento entre los académicos de izquierda y las guerrillas mexicanas, podemos deducir que los intereses y los medios utilizados entre la izquierda no armada y las guerrillas urbanas no

---

de las leyes que rigieron los movimientos de las fuerzas productivas en épocas anteriores, esto con la intención de transformar el presente y, en consecuencia, el futuro, es decir, la historia. Dicho de otro modo, las relaciones que los individuos establecen en la cadena de producción para la satisfacción de sus necesidades dependen del grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales, mas no de su voluntad. A su vez, estas fuerzas productivas materiales son la base estructurante de la historia de la humanidad y sobre la cual se erige la superestructura ideológica que representa la realidad social. Por ello, el devenir histórico, entendido de manera dialéctica, consiste en que los movimientos de las relaciones de producción son determinados a su vez por el mismo desarrollo histórico, involucrando simultáneamente las ideologías para influir también en la estructura económica. Por lo tanto: «La tarea del hombre no consiste sólo en contemplar el desarrollo de la realidad, sino también en actuar sobre ella para adecuarla a sus fines. Las concepciones teológicas y metafísicas atribuían a la 'Historia' la capacidad de realizar sus propios designios supraindividuales sirviéndose de los actos de los hombres más allá de la voluntad y la conciencia de éstos; el materialismo histórico, por el contrario, da la vuelta a este modo de ver y afirma que es el hombre, como actividad práctica productiva, quien se sirve de la historia para construir libremente su futuro.» Véase, Ludovico Geymonat, 1998, *Historia de la filosofía y de la Ciencia*, Crítica, Barcelona, págs. 607 y 610.

<sup>156</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, 1997, *Filosofía y circunstancia*, Anthropos/Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional Autónoma de México), Barcelona/México, págs. 137 y 138.

confluyeron: unos optaron por la democratización del Estado mexicano y la vía pacífica; los otros, por la revolución socialista y el uso de las armas.

Dichas oposiciones y distancias fundamentaron las relaciones objetivas entre las distintas izquierdas y en relación con el Estado. Si recuperamos lo dicho en el apartado II, del primer capítulo, respecto a las distintas vertientes de izquierda que se dieron en México y los marxismos internacionales que influyeron en las posiciones y perspectivas de aquéllas, y agregamos que la proporción de militantes de la izquierda pacífica que pertenecían o se incorporaron a las universidades fue mayor que la de los guerrilleros(as), nos abre un panorama que pone el acento en los lugares ocupados por las izquierdas en el espacio social, homologable a la idea de mapa de la cultura distribuido a partir del principio de la diferencia. Esos lugares ocupados son posiciones sociales que nacen del espacio físico, pero sólo pueden percibirse y valorarse objetivamente a partir de las representaciones sociales que los individuos portan como disposiciones o esquemas mentales: son construidos socialmente desde el mismo espacio objetivado y diferenciado simbólicamente de otros agentes o individuos situados<sup>157</sup>. En palabras de Pierre Bourdieu:

Las grandes oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico [...] tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje en la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, vale decir, en tanto categorías de percepción y evaluación de estructuras mentales (parisiense/provinciano, *chic/no chic*, etcétera).<sup>158</sup>

Tales oposiciones son percibidas por los individuos como formas «naturales» y no como creencias socialmente construidas y objetivadas en prácticas, símbolos y objetos. Por ejemplo, en la institución escolar las prácticas educativas y sus productos son la objetivación de todo un sistema de oposiciones o exclusiones mutuas constituidas en

---

<sup>157</sup> Cabe aclarar que las representaciones sociales no son el mero reflejo de los lugares objetivados, sino resultan de la interiorización de la exterioridad en los individuos y, a su vez, esa exterioridad es significada desde la interioridad, es decir, a partir de las subjetividades. Asimismo, no es de nuestro interés reconstruir la lógica del campo académico en los años setenta y ochenta, en su lugar, estas observaciones nos permiten establecer, como ya dijimos, los posibles que generaron la exclusión de los movimientos armados en las investigaciones académicas.

<sup>158</sup> Pierre Bourdieu, 2000a, *op. cit.*, pág. 121. Las cursivas son del autor.

un universo social. Pero, sobre todo, el orden jerárquico de la diferencia se impone a manera de violencia simbólica, cuya «naturalización» funciona como un mecanismo legitimador de ese mismo universo. Tales diferencias hacen que las universidades también sean un espacio relacional de envites y luchas, pues los académicos, como productores de bienes simbólicos, se enfrentan en ciertas disputas cuya apuesta e interés es la producción de conocimiento, y de una «verdad» que simultáneamente dota de reconocimiento y prestigio al individuo o grupo portador de esa verdad frente a sus pares, y la cual termina por imponerse como «reales» esquemas de visión y división. Así, pues, en palabras de Pierre Bourdieu, «[...] si hay una verdad, es que la verdad es un envite de luchas [...]»<sup>159</sup>.

Entonces, bajo tal supuesto, ¿a qué nos referimos cuando decimos que las guerrillas urbanas fueron omitidas y, en consecuencia, fueron relativamente inexistentes en las líneas de investigación académica? ¿A qué nos referimos cuando afirmamos al inicio de este apartado que las instituciones escolares también han sido responsables de que el silencio y la lógica delictiva se legitimaran en el espacio social?

Con el propósito de construir una posible respuesta nos arriesgamos a utilizar lo que llamaremos aquí la fórmula ideológica marxista-guevarista establecida después de la Revolución cubana: *guerrilla + revolución + socialismo = comunismo*. Esto se hace a fuerza de que tal fórmula no sólo apuntaló una parte significativa de las izquierdas armadas y no armadas del mundo y de México, sino también atravesó muchas de las investigaciones de las ciencias sociales y las humanidades.

Así pues, tenemos que el marxismo<sup>160</sup>, el materialismo-histórico y el materialismo dialéctico se perfilaron como los referentes ontológicos y metodológicos para el

---

<sup>159</sup> Pierre Bourdieu, 2007, *op. cit.*, pág. 84.

<sup>160</sup> Independientemente de las concreciones de la tradición marxista, es pertinente aclarar, en lo que refiere a Karl Marx y Friedrich Engels, que estos transformaron los principios establecidos por Hegel en lo que se conoce como *materialismo dialéctico*: «La dialéctica marxista constituye [...] una especie de inversión de la hegeliana. No admite que las contradicciones internas de las cosas puedan ser deducidas *a priori* de la idea pura del ser; afirma, por el contrario, que sólo el contacto concreto con el objeto (contacto irreductible a la deducción lógica) puede decirnos cuáles son las contradicciones efectivas de ese objeto, cuál su movimiento interno, cuáles sus transformaciones repentinas. [...] Por consiguiente, no se tratará ya de una dialéctica de ideas puras, sino de ideas que reflejan en la mente de los hombres el movimiento efectivo de la realidad.» Asimismo, a partir de los textos de Feuerbach sobre la alienación humana y la solidaridad humana, K. Marx, definió y se centró en la alienación económica para desarrollar

abordaje de los fenómenos sociales: los esquemas teórico-metodológicos conllevan los criterios para seleccionar, definir/clasificar, analizar e interpretar los objetos de estudio. En suma, el marxismo determinó el cómo abordar los hechos sociales y, en consecuencia, los resultados se configuraron en función del compromiso y el consenso en relación con la tradición marxista.

Ciertamente, una buena parte de los científicos sociales construyeron sus problemas o modelos analíticos, así como sus posibles soluciones dando por sentada la perspectiva marxista. Este modelo ampliamente aceptado en la comunidad de científicos sociales e, incluso, en otras ciencias, determinó la apropiación, aplicación y articulación de todo aquello que empatara con los criterios y estructura conceptual para seleccionar el problema a estudiar, sus productos y criterios de verdad. Por lo tanto, estos problemas y procesos cognitivos son los que la misma comunidad de estudiosos admitió como aquellos que cumplieron con los criterios más elevados respecto al estatuto científico. El marxismo funcionó, pues, como un principio de visión, unificador y excluyente. Para que esto sucediera fue necesario que los científicos sociales empataran sus disposiciones en función de dicha perspectiva. En términos generales, esta relación sugiere que los andamiajes teóricos y metodológicos, sus lenguajes, aplicación e instrumentación, proporcionan los referentes y modelos de los cuales se crean las tradiciones especializadas en la investigación científica; estamos hablando de los paradigmas<sup>161</sup>.

Asimismo, un paradigma funciona también semánticamente entre los miembros de una comunidad científica, pues para que éste sea significativo es necesario que se

---

el principio de la relación de solidaridad entre los individuos nacida de la producción de los medios y la vida material para satisfacción de sus necesidades. De ahí que en el *materialismo histórico* el ser humano es considerado «[...] como actividad práctica productiva [...]: es el vínculo del trabajo, de la producción, el vínculo que une a los hombres en 'clases'. Por lo tanto, [...] las clases aparecen como los factores reales de la sociedad. El núcleo central del materialismo histórico consiste, según Marx, en el descubrimiento de esta verdad, y en el reconocimiento de que *la historia de la humanidad es esencialmente la historia de las luchas entre una y otras clases*, luchas en las que está en juego la producción y la distribución de las riquezas.» Ludovico Geymonat, *op. cit.*, págs. 607 y 610, respectivamente. Las cursivas son del autor.

<sup>161</sup> Los paradigmas, según Thomas S. Kuhn, «[...] son logros científicos universalmente aceptados que durante algún tiempo suministran modelos de problemas y soluciones a una comunidad de profesionales.» Thomas S. Kuhn, 2007 (3ª. ed.: 2006, Trad. Carlos Solís Santos), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, pág. 50.

inscriba en un campo semántico determinado y sea capaz de crear su propio campo referencial, en cuyas cualidades, por añadidura, su criterio de verdad sea sostenible, lo que conlleva, en algunas ocasiones, una transformación de la visión que se tiene del mundo: la ciencia, sea natural o social, es una concreción de diversas, singulares y complejas relaciones sociales y estructuras simbólicas, históricamente determinadas, entre las que se encuentran, por ejemplo, el mito, la magia, la religión, el arte, la filosofía y la tecnología. Estos *constructos* simbólicos son configurados desde la base de una cultura, en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados, resultado de las capacidades, necesidades y deseos que los individuos en colectivo tienen de ordenar y dotar de sentido a la naturaleza, a la existencia de las cosas, a sí mismos y a sus propias realidades sociales.

Entonces partimos del siguiente principio: si bien el investigador debe limitar drásticamente su subjetividad en el proceso de la investigación científica, en términos fácticos los esquemas de percepción, valoración y de acción interiorizados en éste penetran más o menos durante el proceso de construcción del objeto de estudio y en el objeto mismo —resulta imposible establecer una suerte de asepsia en dicho proceso—, como lo ha demostrado la sociología del conocimiento y los estudios sobre historia de la ciencia y la filosofía: los individuos, sean científicos o de otro gremio, son el resultado del conjunto de diversas y dinámicas relaciones sociales existentes en sus realidades; de sus posiciones sociales, capitales y oposiciones, cualidades que determinan dialécticamente la relación cognitiva sujeto-objeto. En suma, la ciencia entendida como un producto, práctica y objeto pertenece al ámbito de lo simbólico, por lo tanto, a la cultura.

De esta manera, si la ciencia pertenece al campo de lo simbólico y es un producto de la cultura, podemos afirmar que un paradigma es resultado de determinadas condiciones culturales, lo cual nos permite problematizar en términos semánticos el paradigma marxista. Para lograr esto homologaremos lo que Gilberto Giménez establece como «la triple problemática de la cultura»<sup>162</sup>, con el propósito de

---

<sup>162</sup> En términos generales, la triple problemática de la cultura establece, primero, que los códigos sociales son entendidos como reglas y sistemas articuladores de los símbolos; segundo, por lo tanto, surge el

demostrar que la tradición marxista, vista como una práctica social, producto cultural e históricamente determinada, funcionó como un principio de visión excluyente y, a la vez, unificadora de las categorías vinculantes con la realidad y de los fenómenos estudiados. Asimismo, echar mano de esta categoría nos permite entender un paradigma, no sólo desde su fase abstracta, sino también nos permite entenderlo como un medio de intervención y dispositivo de poder.

Así pues tenemos que la producción científica no escapa de esa problemática: sus abstracciones como sus materializaciones mantienen una relación dialéctica con sus sociedades, pues la teoría y sus productos no eluden las determinaciones históricas y, de manera simultánea, tales materializaciones y sus productos pueden llegar a ser tan poderosos que logran transformar el decurso de una sociedad. A esto agregamos que la ciencia se ha producido a lo largo del tiempo desde determinadas ideas, representaciones, creencias y visiones del mundo que crecen, cambian o se abandonan en relación con determinados contextos y códigos sociales que establecen sus reglas y funcionan como articuladores de símbolos para que su producción sea significativa en determinadas sociedades. Tal «interjuego» simbólico o interpretativo dota a los individuos de diferentes niveles de reflexión respecto a sus experiencias, sus relaciones y su realidad. En este sentido, el involucramiento del estudioso como intérprete durante el proceso de significación de la realidad o fenómeno estudiado, sea natural o social, no se puede dejar de lado<sup>163</sup>.

---

problema de la producción de sentido: ideas, representaciones y visiones del mundo a lo largo y cambiante devenir del tiempo; y, por último, el autor señala la problemática que tiene que ver con la interpretación o el reconocimiento que permiten una suerte de «interjuego» interpretativo en sociedades específicas. Véase, Gilberto Giménez, 2007, *op. cit.*, págs. 32-35.

<sup>163</sup> Aun cuando nuestro enunciado no hace distinción entre una y otra ciencia, cabe aclarar que consideramos que la producción de conocimiento en las ciencias sociales responde principalmente a una progresión interpretativa, digamos, infinita y aproximativa de cuerpos teóricos y metodológicos en convergencia con determinados datos empíricos o regularidades en las realidades, y no a un conjunto de leyes verificables o a una ciencia «pura» alejada de la realidad. Aunque es pertinente agregar que si bien las ciencias naturales se construyen a partir de teorías verificables, éstas también pueden llegar a tener un carácter de aproximación y de convergencia: la conjugación de las matemáticas «puras» con hipótesis, por ejemplo, construidas desde la física y sustentadas en leyes, teorías comprobadas o un conjunto de evidencias empíricas, puede generar resultados no verificables e incluso no esperados, aunque las expectativas apunten a su comprobación en el futuro. Es decir, las ciencias naturales o físicas funcionan también en convergencia con otros cuerpos teóricos o leyes como aproximaciones a determinados fenómenos, pero la diferencia es que muchas de esas teorías son construidas con miras a

Por otro lado, la construcción de la realidad en el conocimiento científico responde también a la instrumentalidad, a los bienes simbólicos que éste produce y a las representaciones vigentes en una sociedad. Con esto no pretendemos decir que todas las creaciones, invenciones o descubrimientos científicos son resultado de un consenso social. En su lugar, sostenemos que las perspectivas científicas son un resultado histórico, colectivo y acumulativo, las cuales comparten símbolos, representaciones sociales o las visiones del mundo que se tienen en y de una época determinada, lo que condiciona o posibilita no sólo que determinados fenómenos, tanto físicos como sociales, se perciban como susceptibles de ser estudiados —impensables quizá en otros momentos de la humanidad; por ejemplo, el universo geocéntrico *versus* el universo heliocéntrico—, sino también permiten que el conocimiento científico tenga sentido bajo determinados códigos sociales, penetre en el pensamiento de los individuos y, en consecuencia, en el lenguaje, incluso, cotidiano.

En este sentido, la ciencia también produce sus propios códigos que funcionan como articuladores de símbolos ya existentes y de otros que se producen al interior de determinado campo gnoseológico, los cuales, como ya dijimos, son susceptibles de ser incorporados a determinadas sociedades. De ahí también que la ciencia sea productora y reproductora de sentido y, a su vez, tenga sentido en sus sociedades. De lo contrario no sería comunicable ni tendría una función de significación de la realidad. Tampoco sería una herramienta de intervención en la naturaleza y el mundo social, lo que supone que los símbolos no se realizarían como un dispositivo de poder para ordenar, sistematizar, controlar, transformar, interpretar, adaptar y dominar a la naturaleza y al ser humano.

Entonces, una vez aclarada la «triple problemática» que un paradigma presenta, nos atrevemos a homologar, de manera muy general, la forma en que un paradigma funciona durante los procesos de conocimiento a las formas operativas de la cultura, propuesta por Gilberto Giménez<sup>164</sup>.

---

ser comprobadas en algún momento; por ejemplo, el estudio de los agujeros negros o algunos modelos que se desprenden del estudio de la gravitación.

<sup>164</sup> Esto lo hacemos a propósito de que un paradigma también opera semánticamente entre los miembros de una comunidad científica. Así pues, Gilberto Giménez sostiene que la cultura, por consiguiente, los

Empecemos por la función *cognitiva* que opera en el sujeto cognoscente en relación con su objeto de estudio para percibir, comprender y explicar los fenómenos estudiados de la realidad social, esto a partir de los mismos esquemas de percepción que permiten enunciar el problema de acuerdo a las herramientas conceptuales y metodológicas que el mismo paradigma define como criterios con validez científica. Lo que, a su vez, delimita la función *identificadora* de un paradigma, en cuanto a la diferenciación e identificación de lo que es o no un criterio de validez científica y de verdad, a lo que agregamos que la función identificadora alienta a los miembros de una comunidad científica y a generaciones subsecuentes de estudiosos a plantear nuevos problemas en función del paradigma o a resolver otros bajo los mismos criterios. Así es como se logra salvaguardar la ortodoxia científica: siendo selectiva, distintiva y contrastiva en relación con los «heterodoxos» y de *constructos* teóricos y de pensamiento que llegan a ser incompatibles con un paradigma determinado.

Lo anterior, a propósito de su función *orientadora*, porque toda teoría social —es la que nos interesa— no sólo es un sistema referencial y significativo, sino también constituye una guía potencial en cuanto a los aspectos metodológicos y teleológicos del problema construido por el investigador: cómo se construye el problema de investigación determina a su vez la competencia cognitiva aceptada por la comunidad

---

símbolos, tienen una función cognitiva, una identificadora, una orientadora y una justificadora. A saber: «1) *Función cognitiva*, en la medida en que constituyen el esquema de percepción a través del cual los actores individuales y colectivos perciben, comprenden y explican la realidad. Se sitúan en esta perspectiva ciertos métodos que se proponen analizar la cultura de los grupos sociales, no desde fuera, sino desde la perspectiva y las categorías de percepción del mismo grupo en cuestión. Es lo que algunos autores americanos llaman 'crítica centrada en la cultura misma' (*culture-centered criticism*) utilizada, por ejemplo, para comprender y analizar desde dentro la cultura afroamericana [...]. 2) *Función identificadora*, ya que las representaciones sociales definen en última instancia la identidad social y permiten salvaguardar la especificidad de los grupos [...], la identidad resulta precisamente de la interiorización selectiva, distintiva y contrastiva de valores y pautas de significados por parte de individuos y grupos. 3) *Función de orientación*, en cuanto que constituyen guías potenciales de los comportamientos y de las prácticas. Y esto de tres maneras: -interviniendo directamente en la definición de la finalidad de la situación (así por ejemplo, se ha podido demostrar que la representación de una tarea determina directamente el tipo de estrategia cognitiva adoptada por el grupo, así como la manera en que ésta se estructura y se comunica). -Generando un sistema de anticipaciones y expectativas que implican la selección y filtración de informaciones y de interpretaciones que influyen sobre la realidad para acomodarla a la representación *a priori* de la misma. -Prescribiendo, en cuanto expresión de las reglas y de las normas sociales, los comportamientos y las prácticas obligadas. En otras palabras: las representaciones sociales definen lo que es lícito, tolerable o inaceptable en un contexto social determinado. Por último, 4) *Función justificadora*: en cuanto permiten explicar, justificar o legitimar *a posteriori* las tomas de posición y los comportamientos.» Gilberto Giménez, *op. cit.*, vol. I, págs. 85-86.

científica dominante, y cómo se estructura y comunica a partir de las categorías propias del paradigma. Esto genera todo un sistema de resultados posibles que involucran la selección de datos y filtración de informaciones e interpretaciones que influyen en la realidad y los fenómenos estudiados para empatarlos, *a priori*, al marco referencial del mismo paradigma. Ello obliga a la realidad construida por el investigador a entrar en los principios conceptuales proporcionados por la educación profesional predominante y las prescripciones científicas determinadas históricamente que, al mismo tiempo, establecen las formas válidas de observar, practicar e interpretar los problemas que de ahí se desprenden.

Por último, un paradigma no se sostiene por sí solo sino que depende de las creencias científicas admisibles y de los resultados *a posteriori*, pues ambos permiten simultáneamente percibir, comprender, analizar, explicar, identificar, justificar o legitimar los resultados obtenidos, así como los nuevos problemas construidos por el investigador y las tomas de posición respecto a los criterios de verdad científica, el reconocimiento de que ésta existe y la creencia en lo que se define como verdad científica, cualidades que se sustentan de manera inmanente en un sistema de oposiciones que excluye lo que «no cumple» con dichos criterios. Ésta es la función *legitimadora* de un paradigma: tales formas operativas de un paradigma es un rasgo irreductible en la configuración, codificación y formalización de los discursos científicos sociales, sus reglas y códigos a seguir. Dichos paradigmas son los que se incorporan también en las disposiciones de los estudiantes para formarlos como miembros de una comunidad científica específica en la que trabajarán en un futuro. En relación con esto, Thomas S. Kuhn afirma que cuando los miembros de una comunidad científica producen sus investigaciones bajo el seno de los paradigmas aceptados, se encuentran comprometidos con las reglas y normas de la práctica científica a la que pertenecen.<sup>165</sup>

Ahora bien, retomando el propósito de este apartado, podemos conjeturar que el hecho de que las organizaciones político-armadas urbanas en México hayan sido poco

---

<sup>165</sup> Véase, Thomas S. Kuhn, *op. cit.*, pág. 71. Estas afirmaciones no clausuran las constantes discrepancias y controversias teóricas, epistemológicas y metodológicas en las ciencias sociales, o bien, el hecho de que otra(s) perspectiva(s) teórica(s) lleve(n) a su fin a determinado paradigma dominante. *Cfr. Ibid.*, caps. VI, VII, VIII y IX. Véase también, Adolfo Sánchez Vázquez, *op. cit.*, pág. 46.

revisadas por los estudiosos, respondió, entre las cuestiones ya señaladas, a que el fenómeno de las guerrillas no cumplió con la fórmula: *guerrilla + revolución + socialismo = comunismo*, contenida en el mismo paradigma marxista y alrededor del cual se conglomeró también un número considerable de académicos. Entonces si los movimientos urbanos armados fracasaron en su apuesta política por transformar las estructuras estatales mexicanas y, por lo tanto, no cumplieron con los principios del método que sus propias cualidades ontológicas exigían, para los investigadores sociales las guerrillas urbanas tampoco cumplieron con el paradigma marxista en términos sociológicos e históricos.

Dicho de otro modo, si el marxismo fue una praxis para los académicos y militantes de izquierda, sea pacífica o armada, y los lugares en las universidades fueron ocupados prioritariamente por académicos de las distintas izquierdas pacíficas en relación con los guerrilleros, a lo que agregamos que las guerrillas fracasaron en su proyecto(s) político(s), entonces tenemos que en las universidades los escasos textos que existen sobre los movimientos armados de izquierda remiten a los movimientos sociales que triunfaron en sus objetivos, como fueron, por ejemplo, el Movimiento 26 de julio y el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Cuba y Nicaragua, respectivamente.

Ciertamente, los estudiosos de los movimientos sociales reprodujeron en forma de naturalizaciones los principios de visión y de división del paradigma marxista al momento de percibir y evaluar lo que debía ser objeto de estudio y cómo debía ser abordado; de ahí la distancia entre académicos de izquierda y guerrilleros: las guerrillas urbanas no estaban dentro de los intereses creados y heredados por los centros dominantes de producción académica ni tampoco el reconocimiento de esas organizaciones político-militares tenía porqué ser objeto de lucha entre los investigadores de izquierda y frente al Estado. En este sentido, los intereses de los académicos se materializaron en otras líneas de investigación predominantes en los setenta y ochenta<sup>166</sup>. Tal jerarquización en las investigaciones no escapa a las

---

<sup>166</sup> Aunque no nos detendremos en una revisión de las líneas de investigación preponderantes en tales décadas, vale la pena referir, para una revisión detallada, los artículos publicados en: Juan Felipe Leal y

disposiciones, pues, «[e]n una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el *efecto de naturalización* que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural [...]».<sup>167</sup>

Lo anterior, por añadidura, supone que la comunidad de científicos sociales, politólogos e historiadores se conglomeraron alrededor de una serie de disposiciones o creencias en concordancia con sus intereses académicos y con la producción simbólica y material específica de las investigaciones académicas del momento. Entonces, podemos preguntarnos si la perspectiva marxista influyó para que las guerrillas que interesan aquí fueran omitidas de los discursos académicos y, en consecuencia, de los discursos de la historia oficial; quizá por esto, en la revisión de textos que hablan sobre movimientos armados que hicimos *grosso modo* al principio de este apartado, encontramos que desde la década de los setenta la construcción de dichos movimientos como objeto de estudio en las ciencias sociales se redujo a aquellos que lograron transformar sus condiciones históricas o a los cuales cuya violencia llegó hasta tal punto que rebasó la clandestinidad de dichos movimientos.

Con lo anterior no ignoramos que la fórmula que estamos planteando responde a los marcos ideológicos del marxismo y no a los criterios científico-argumentativos que la teoría marxiana aportó para el estudio de las relaciones de dominación en los estados modernos capitalistas. Sin embargo, es la misma teoría marxiana y sus marxismos los que plantearon una praxis, una forma de ver y practicar el mundo, así como una forma crítica de analizar las relaciones sociales en la modernidad: en el marxismo, sea que funcione como un paradigma científico o como una ideología en el mapa cultural y político, la teoría y la práctica no se dislocan, como tampoco sucede con la ideología y la ciencia.

Ahora bien, si por el contrario —en términos contrafácticos— planteamos que las guerrillas urbanas lograron la revolución e instauraron el socialismo como forma de gobierno en México, es probable que éstas no hubieran sido clausuradas o censuradas,

---

Fernández, *et al.* (coords.), 1994, *La sociología contemporánea en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

<sup>167</sup> Pierre Bourdieu, 2000a, *op. cit.*, pág. 120.

mucho menos criminalizadas en los discursos producidos por las consecuentes instituciones dominantes «socialistas». Todo lo contrario, el estudio de los movimientos político-militares hubiera sido válido, vigente y dinámico en las investigaciones sobre los movimientos sociales en México y los factores que menciona Gilda Waldman ni siquiera existirían.

Sin embargo, la realidad sobre esos movimientos es otra, por lo que podemos retomar que, vistas desde la lógica del paradigma histórico-materialista, nuestras guerrillas urbanas no fueron significativas en el ámbito académico, pues, por un lado, éstas fracasaron respecto a sus objetivos histórico-revolucionarios al no lograr la transformación de las estructuras estatales y, por el otro, el predominio de investigadores de las izquierdas no armadas fue determinante para la consagración de las líneas de investigación sobre el Estado y los movimientos sociales.

Lo anterior pretende dar una posible respuesta a la primera afirmación elaborada al principio de este apartado, la cual está en relación con la relativa inexistencia de las guerrillas urbanas mexicanas en las líneas de investigación académica del país y con el distanciamiento de los intereses y proyectos políticos entre los investigadores de izquierda y los grupos armados. Esto conlleva argumentar la segunda afirmación, la cual señala la responsabilidad «involuntaria» de las instituciones escolares para que el silencio y las categorías criminalizantes más o menos se legitimaran en el espacio social.

En este sentido podemos decir que las universidades proporcionan a los individuos situados en su interior un lugar de honorabilidad: las universidades ocupan un lugar jerárquico en el espacio social, distinción que las hace funcionar como poderosos centros productores de conocimiento que generan formas de nominación y clasificación que se legitiman e incluso legalizan al interior de la cultura en que se desarrollan, y cuya jerarquía dota, al mismo tiempo, de un lugar privilegiado, es decir, de autoridad a los estudiosos situados en su interior. Por lo tanto, el conocimiento generado está dotado también de la autoridad que le confiere la universidad.

Por añadidura, los bienes simbólicos que ahí se producen funcionan como instrumentos de consagración, intervención y poder —triple problemática de la cultura—

y forman parte de los saberes circulantes sobre y en las sociedades en que se producen dichos bienes simbólicos que, al mismo tiempo, forman parte de una serie de relaciones necesarias de intercambio en el decurso social. Estas relaciones justamente se hallan en concordancia con las reglas y sistemas articulatorios de los símbolos —no sólo con las reglas y sistemas que se producen en los centros de conocimiento, sino también con aquellos que existen en la sociedad en que se generan— que se producen y reproducen, cuyas ideas, representaciones y visiones del mundo producen los significados que permiten interpretar y reconocer tal o cual fenómeno social como una manifestación problematizable, jerarquizable o vigente en las ciencias sociales.

Dichas relaciones son resultado de los colectivos y estos producen, al mismo tiempo, constreñimientos: los mismos saberes producidos y sus productores dictan los productos que se deben leer, glosar, refutar, analizar, etcétera, excluyendo, al mismo tiempo, otros; en otras palabras, el conocimiento producido en las universidades funciona paradigmáticamente al determinar el contenido de los planes, programas, perfiles de conocimiento y lo que se debe divulgar, y, en consecuencia, lo que no. Tal constreñimiento conduce a una especie de «[...] nivelación, de homogeneización de las jerarquías y de su importancia [...], porque sus categorías de percepción se [ajustan] a los requerimientos objetivos.»<sup>168</sup>

Tales jerarquías y su importancia están determinadas por los académicos y estos a su vez están determinados por los paradigmas (pre)existentes, lo que pone en relieve que el conocimiento es selectivo y, en consecuencia, excluyente al incluir determinados fenómenos que empatan con los criterios objetivos de las ciencias sociales. Se produce entonces lo que Pierre Bourdieu define como «el mecanismo de circulación circulante» en los productores de bienes simbólicos; esto es:

el que los [académicos] que, por lo demás, comparten muchas características comunes por su condición, así como por su procedencia y su formación, se lean mutuamente, se vean mutuamente, se encuentren constantemente en unos debates en los que siempre aparecen las mismas caras, tienen unos efectos de enclaustramiento y [...] de *censura* tan

---

<sup>168</sup> Pierre Bourdieu, 4ª. ed.: 2001 (c1999), *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona, pág. 35.

eficaces —más eficaces, incluso, porque el principio no es tan aparente— como los de una burocracia central, de una intervención política deliberada.<sup>169</sup>

Por lo tanto, si recuperamos el distanciamiento entre los estudiosos de izquierda y las guerrillas mexicanas, podemos afirmar que la omisión no escapó a la lógica del mecanismo de circulación circulante, pues no sólo aquello que se enuncia, clasifica y jerarquiza forma parte del principio de dicho mecanismo, sino también aquello que se opone, excluye u omite.

De ahí entonces que podamos decir que el espacio académico contribuyó, a partir del enclaustramiento o censura que genera el principio de circulación —sea de manera directa o indirecta, sea de manera más o menos inconsciente—, a que la circulación de los discursos dominantes, la propaganda o el rumor político de la época se legitimaran en el espacio social y, las más de las veces, se tradujo en una suerte de complicidad al no «profanar» en ese momento las representaciones impuestas y vehiculizadas en las sociedades por las instituciones dominantes: las mismas universidades forman parte de dichas instituciones.

En otras palabras, la omisión académica, como práctica social, favoreció el silencio oficial vinculado con la violencia física del Estado, y hasta la fecha los grupos guerrilleros siguen ocupando un lugar periférico en el espacio social que privilegia formas de resistencia, desobediencia y de lucha pacífica, las cuales no necesariamente rompen con los límites tolerados por las instituciones democráticas, por lo que el reconocimiento de la guerra sucia por parte de las instituciones estatales y, en consecuencia, su reconocimiento jurídico, todavía está muy lejos de realizarse.

Aun lo anterior, el primer paso está dado: hoy en día se ha logrado la ruptura de tales consecuencias —de dicha circularidad— y la brecha esta abierta: las investigaciones académicas comienzan a dar frutos respecto a este tema.

Por último, aún cuando sólo tomamos dos aspectos de los varios elementos concomitantes para que la omisión de las guerrillas predominara —el distanciamiento entre académicos y guerrilleros, y el fracaso de las guerrillas urbanas—, consideramos

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, pág. 34. Las cursivas son del autor.

que todos los aspectos señalados en este apartado fueron determinantes para que la censura y la omisión se impusieran en el espacio social hasta tal punto que generó un silencio estructural o la deformación de las cualidades políticas y sociales de los movimientos armados.

## Capítulo 2

### Otras maneras de decir

#### I

#### *La novela: ficción y realidad*

[...] cada uno es el reverso exacto del otro. Sin embargo están ligados tan estrechamente que es imposible separarlos.

VIRGINIA WOOLF, *Orlando*

El poeta que requiere un epíteto para *tigre*, procede en absoluto como la máquina. Los va ensayando hasta encontrar uno que sea lo suficientemente asombroso. “Tigre negro” puede ser el tigre en la noche; “tigre rojo”, todos los tigres, por la connotación de la sangre.

J.L. BORGES, *La máquina de pensar*

Hasta ahora nos hemos ocupado de manera general de las guerrillas urbanas y la llamada guerra sucia. También revisamos las dificultades para rastrear y sistematizar información social e histórica sobre estos movimientos, puesto que la clandestinidad que distinguió no sólo a las guerrillas, sino también a las prácticas represivas que el Estado utilizó para sofocarlas, determinó la producción y el acceso a la información. De la misma manera, vimos la producción e incorporación en los discursos sociales de representaciones que reforzaron el poder de las instituciones dominantes y los efectos de toda una simbólica de silencio en los discursos políticos y académicos del país. Sin embargo, esto es sólo una de las dos caras de la moneda. La otra, inseparable, muestra a unas guerrillas urbanas de los setenta desde la apropiación de un espacio simbólico al ser resemantizadas en la literatura de ficción.

Antes de introducirnos a tal apropiación, necesitamos caracterizar brevemente las cualidades que el texto de ficción tiene como objeto de estudio de la sociología. En este sentido Edward Said afirmó que «[...] todos los textos tienen vínculos con el mundo y con sus circunstancias de acuerdo a unas condiciones que, por supuesto, varían de un género a otro y de un período histórico a otro.»<sup>170</sup> De aquí se desprenden dos cuestiones de interés. La primera, la génesis de la novela moderna como género de un periodo histórico específico; la segunda, la novela como práctica social y representación del mundo delimitado por el autor. Ambas ideas son inseparables vistas desde la sociología.

La génesis de todo género literario, sea de ficción o de cualquier otro tipo, adopta las características temporales, espaciales y semánticas propias de su contemporaneidad. Como acertadamente señala Bajtín, toda obra contiene sus propios problemas históricos, ya que todo problema literario no se puede reducir meramente a sus aspectos formales. Por el contrario, implica forzosamente la orientación desde el punto de vista histórico para entender cualquier producción textual<sup>171</sup>. Con esto hacemos notar que cada obra contiene proyecciones de carácter social que el autor recrea durante el proceso de producción, es decir, mientras está «creando». De aquí que insistamos «[...] que toda obra literaria tiene internamente, inmanentemente, un carácter sociológico. En ella se cruzan las fuerzas sociales vivas, y cada elemento de su forma está impregnado de valoraciones sociales vivas.»<sup>172</sup>

Dichas valoraciones, tomadas aquí como elementos de exterioridad de una obra literaria, son las representaciones que el autor tiene respecto a los temas tratados en su texto; «[e]l producto principal de esta exterioridad es, por supuesto, la representación [...]. Los aspectos que se deben considerar son el estilo, las figuras del discurso, las escenas, los recursos narrativos y las circunstancias históricas y sociales [...]»<sup>173</sup>, pues debemos insistir en que detrás de cualquier obra de ficción no circulan las «verdades»

---

<sup>170</sup> Edward Said, 2002 (c1997 Ediciones Libertarias/Prodhufi), *Orientalismo*, Editorial Debate, Madrid, pág. 48.

<sup>171</sup> Véase, M. M. Bajtín, 2003, *op. cit.*, pág. 191.

<sup>172</sup> *Loc. cit.*

<sup>173</sup> Edward Said, *op. cit.*, pág. 45.

de una realidad inmediata, sino el discurso cultural de las distintas realidades sociales, sus representaciones sociales que, a su vez, son resemantizadas durante el acto de lectura. En toda obra también aparece resignificada la realidad del autor, tal como éste la percibe; partimos, por lo tanto, de que toda obra es una *poiesis*, ya que no sólo crea y recrea, sino simboliza: al crear y recrear vuelve símbolo lo que está contenido en el texto de ficción<sup>174</sup>.

Antes de profundizar en lo anterior, señalaremos que la novela moderna:

[...] es un producto originario y exclusivo de la cultura occidental, producido en Europa con el curso del Renacimiento y como resultado de un proceso [...] de tres estadios del arte narrativo anteriores al de la novela: la poesía épica, la novela de caballería y la novela picaresca. Y aunque estos subgéneros constituyen la arqueología de la novela [moderna] y siguen presentes en ella de algún modo, en la actualidad parece haberse producido una ruptura total entre todos ellos y la novela moderna.<sup>175</sup>

---

<sup>174</sup> Véase, Demetrio Estébanez Calderón, 5ª. reimp.: 2006 (c1996), *Diccionario de términos literarios*, Alianza Editorial, Madrid, s.v. Mímesis y Poiesis. Según el diccionario, para Paul Ricœur, la mímesis puede equipararse a *poiesis*: «[...] en la *Poética* de Aristóteles el sentido de la 'mímesis' (imitación) no sería el de reproducción de la realidad, sino el de *representación*, entendida como creación artística de una nueva realidad. [...] 'mímesis' sería sinónimo de '*poiesis*', es decir, de creación y de ordenación de las acciones que constituyen una determinada fábula. Este concepto de 'mímesis' se adecuaría a lo que hoy se entiende como ficción: creación y estructuración de 'mundos posibles' [...] basándose en el principio de verosimilitud, lo que implica que su constitución sigue las reglas que gobiernan la organización del mundo real. Pero dicha verosimilitud consistiría [...] en ser un mundo posible autónomo, creado, [...] con una lógica de composición similar a la que rige en el mundo real, siendo como es ente de ficción.» Por otro lado, entendemos por verosimilitud «[...] una categoría estética o rasgo de la obra de arte verbal, que consiste en la apariencia o ilusión de realidad que provocan determinadas obras en el lector o espectador, dado el carácter mimético de las mismas.» *Ibid.*, s.v. Verosimilitud. Este término se asigna tanto al realismo literario que no descansa sobre la veracidad de los hechos o personajes creados como a la «[i]lusión de coherencia real o de verdad lógica producida por una obra que puede ser, inclusive fantástica.» Véase, Helena Beristáin, *op. cit.*, s.v. Verosimilitud.

<sup>175</sup> Véase, José Manuel Guzmán Díaz, 2008, "Panorama de las teorías sociológicas de la novela", en revista electrónica *Cultura y Representaciones sociales*, año 3, núm. 5, septiembre, México. <http://www.culturayrs.org.mx/>, [Consulta: 3 de noviembre de 2008]. Sobre dichos géneros, véase, Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Caballescra (Novela), Épica, Epopeya y Picaresca. Véase también, Angelo Marchese y Joaquín Forradillas, 8ª. ed.: 2006 (c1986), *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Editorial Ariel, Barcelona, s.v. Novela. Véase también, José Antonio Pascual, 2004, "Los registros lingüísticos del 'Quijote': la distancia irónica de la realidad", Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, Real Academia de la Lengua Española, México, págs. 1130-1138. Existe el consenso entre estudiosos y críticos literarios que *Don Quijote de la Mancha* es el prototipo de la novela moderna: la primera parte se publicó en 1605 y la segunda en 1615, un año antes del fallecimiento de Cervantes –Rabelais, con su *Pantagruel* (1532) y *Gargantúa* (1534), influyó de manera decisiva en Cervantes—. Asimismo, cabe señalar que después de la publicación de *Don Quijote de la Mancha* no se editaron nuevas novelas de caballerías, aunque sí se continuó con la reimpresión de las ya escritas.

Efectivamente, el humanismo renacentista implicó, en términos literarios, una «vuelta» a la literatura oriental y a los clásicos greco-romanos, a la epopeya y el *romance*<sup>176</sup>, sin embargo, Miguel de Cervantes creó un prototipo de novela que revolucionó la estructura narrativa, con nuevas formas técnicas:

El interés de la “novela”, que procede de la palabra italiana *novella* (pequeña cosa nueva), no derivaba, aunque fuera sucesora moderna de la epopeya y del *romance*, de la recitación de lo tradicional y de lo familiar. Antes bien, aspiraba a la sorpresa, el suspense, lo inesperado. El novelista encarnaría el papel de Dios en el escenario de su creación. “Para mí solo –manifestaba Cervantes [...]– nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno.”<sup>177</sup>

Con Cervantes la falta de unidad y desproporción del suceder de las historias excedidas de aventuras de caballerías y relatos de héroes míticos, son superados por una estructura episódica y con base en el propósito unitario del autor y del principio de verosimilitud<sup>178</sup>. En síntesis podemos decir que Cervantes logró, en el trasfondo de la intriga, explorar zonas hasta entonces inéditas en la literatura de su época; zonas de la realidad cotidiana que pertenecen o son atractivas tanto para el escritor como para el lector.

Existe una vasta discusión sobre los orígenes y cualidades de la novela moderna, la cual no será retomada aquí. Pero lo cierto es que encontramos una corriente que sostiene que la novela moderna, tal como la entendemos ahora, nace con

---

<sup>176</sup> Sobre los clásicos greco-romanos, véase, Angelo Marchese y Joaquín Forradillas, *op. cit.*, s.v. Novela. También véase, Carlos García Gual, 1972, *Los orígenes de la novela*, Istmo, Madrid; 1995, *La antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Anagrama, Barcelona; 2008, *Las primeras novelas: desde las griegas y las latinas hasta la edad media*, Gredos, Madrid. También se puede consultar Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Novela, y Daniel J. Boorstin, 2ª. ed.: 2005 (1994), *Los creadores*, Crítica, Barcelona, págs. 284 y 285. Respecto a la epopeya y el romance, cabe señalar que en «[...] inglés *romance* (aparte de hacer referencia a las lenguas vernáculas surgidas del latín) designa un género literario, que podría definirse como ficción novelesca, tanto en prosa como en verso, y que trata asuntos tomados de la mitología clásica o caballeresca [...]»: Daniel J. Boorstin, *ibid.*, pág. 284. Para una exposición más detallada, véase Angelo Marchese y Joaquín Forradillas, *op. cit.*, s.v. Romance.

<sup>177</sup> Daniel J. Boorstin, 2005, *op. cit.*, pág. 285.

<sup>178</sup> Véase, Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Novela.

Defoe y Richardson, entre otros, en la Inglaterra del siglo XVIII<sup>179</sup>. En términos generales, el argumento de los críticos gira en torno a la distancia que el autor toma respecto al narrador y sus personajes hasta tal punto que el mismo autor se distancia del héroe. Esta «distancia» se distingue porque dentro de la narración aparecen enunciados que ironizan y parodian a todos los personajes dentro del texto, haciendo de la novela un objeto contestatario de la realidad. Es cierto que también con Cervantes ya existían rasgos de estas cualidades, sin embargo, digámoslo así, en *Don Quijote de la Mancha* el autor está «enamorado» tanto de los narradores como de sus personajes, por lo que no logró tal grado de distanciamiento. En resumen, podemos decir que la novela moderna «[...] es esencialmente 'la forma literaria que corresponde a un pensamiento libre, liberado e incluso libertino' que se opone a toda ideología totalitaria y a las formas de pensamiento colectivo creadoras de estereotipos.»<sup>180</sup>

Por otra parte, no interesa aquí recorrer la historia de dicho género, sin embargo, es pertinente señalar que la novela moderna contiene estructuralmente tres niveles básicos, independientemente de las «desviaciones» —por llamarlas de alguna manera—, de cada autor. Así pues, de acuerdo con Claudio Guillén, la novela moderna se estructura a partir de a) una *historia*, que es la sucesión cronológica de los acontecimientos que se narran en la novela; b) el *relato* o lo que se enuncia verbalmente en el texto en el orden que lo vamos leyendo y con los límites que los enunciados marcan; y c) la *narración* o acto de contar con la intervención perceptible o no del narrador<sup>181</sup>. Podemos agregar que tanto la historia como el relato y la narración son profundizadas de manera retardataria, en un *tempo lento* y denso, en el que la ficción es representada a partir de un sistema referencial dilatado hasta donde el novelista pretenda, distorsionando el tiempo y experimentando continuamente con el

---

<sup>179</sup> Sobre esta discusión se puede consultar Jacques Sauvage, 1982, *Introducción al estudio de la novela*, Laia, Barcelona; Boris Tomasevskij, 1982, *Teoría de la literatura*, Akal, Madrid; y Darío Villanueva, 1991, *El polen de ideas*, PPU, Barcelona.

<sup>180</sup> Jean Bloch-Michel, 1967, *La nueva novela*, Guadarrama, Madrid, pág. 39. Citado en José Manuel Guzmán Díaz, 2008, doc. cit., pág. 93.

<sup>181</sup> Véase, Claudio Guillén, 2004, "Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos", Miguel de Cervantes, *op. cit.*, pág. 1146.

lenguaje<sup>182</sup>. No es sino hasta el siglo XIX que se crea con Fiódor Dostoyevski lo que Bajtín ha denominado la novela polifónica<sup>183</sup>, cualidad que permanece como forma ejemplar para los novelistas contemporáneos, como veremos más adelante.

Es entonces el momento de recuperar la segunda idea que se desprende del enunciado de Edward Said, citado al inicio de este capítulo: la novela como producto humano, como resultado de individuos en constante transformación, producción y reproducción de prácticas y representaciones sociales; es decir, la novela como práctica social y representación del mundo delimitado por el autor. Para caracterizar esta idea, tomaremos prestados algunos conceptos de Bajtín y la escuela sociocrítica para desarrollar, en el siguiente apartado, las cualidades sociológicas del texto de ficción, específicamente, a partir de la novela de Salvador Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?*, texto que tomamos como unidad de análisis para esta tesis.

---

<sup>182</sup> Véase, Mario Vargas Llosa, 2004, “Una novela para el siglo XXI”, Miguel de Cervantes, *op. cit.*, pág. XXIII. Por otro lado, Ortega y Gasset considera que lo que distingue a la novela de otros géneros de ficción es su cualidad retardataria, densa y morosa. «*Por esto es la novela un género esencialmente retardatario* [...]» En este sentido ocurre que en la novela el interés «[...] se ha transferido, pues, de la trama a las figuras, de los actos a las personas [...]». El énfasis es del autor: José Ortega y Gasset, 1956, “Ideas sobre la novela”, *Revista de Occidente*, Madrid, Tomado de Enric Sullà (ed.), 2ª. ed.: 2001 (c1996), “El concepto de novela”, *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Crítica, Barcelona, págs. 32 y 33.

<sup>183</sup> M. M. Bajtín, 1986, *La poética de Dostoievski*, FCE, México. Tomado de Enric Sullà (ed.), *op. cit.*, “La novela polifónica”, pág. 56. Cabe aclarar que los discursos del narrador y sus personajes en forma dialógica aparecen antes en Rabelais, aunque Cervantes eleva la técnica narrativa de estas formas discursivas para superar «[...] las deficiencias del modelo parodiado [novela de caballería] (falta de unidad y desproporción en el sucederse acumulativo de aventuras) [...]». A. Durán, 1973, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Gredos, Madrid. Citado en Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Novela. Para un estudio detallado de la novedad de *Don Quijote de la Mancha*, consúltese Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, *op. cit.*

## II

### Resumen de la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, de Salvador Castañeda y algunos datos biográficos

Para nuestros propósitos es pertinente elaborar un breve resumen de la novela de interés, agregando algunos datos biográficos del autor, con la intención de ofrecer referentes que nos ayudarán a construir la tesis central de este trabajo: cómo la lógica del discurso de ficción, en torno a las guerrillas urbanas de los setenta en México, *insinúa* un poder que tiene la capacidad de crear intersticios en la historia, nombrarlos y transformarlos en espacios legibles: estos textos poseen la cualidad de re-significar la memoria colectiva al crear sus propias realidades textuales e introducirse en el ánimo, espacio y tiempo histórico de los lectores para apropiarse, de esta manera, de un espacio simbólico y significativo, en oposición a los discursos históricos dominantes de dicho periodo.

El primer capítulo, de los dieciocho que componen la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, vislumbra el conflicto principal que da estructura a la historia narrada: las guerrillas, la guerra sucia y sus consecuencias: la cárcel y el horror de ser torturado, encarcelado/desaparecido o asesinado; crímenes de Estado que, al igual que las guerrillas, sucedieron de manera clandestina. El primer capítulo, a su vez, es una suerte de preámbulo que anuncia el final de la historia: la liberación de los presos políticos representados en la historia, pero esa libertad alcanzada significa más una pérdida que una conquista; representa la negación absoluta de la guerra sucia en la reconstrucción histórica; de ahí la necesidad del personaje principal de escribir una novela «que sea verdadera», como él mismo la define. Los personajes, lugares y tiempos narrados son presentados, en este primer capítulo, por el protagonista y narrador, Joaquín Peñaloza Márquez, caracterizado, en algunas ocasiones, con el seudónimo Jaime.

De manera general, podemos describir que Joaquín Peñaloza Márquez (Jaime), sus camaradas y algunos presos comunes esperan sentados en una banca de madera el momento de dejar atrás el encierro. Joaquín, nuestro protagonista, decide escribir

una novela con *todo lo vivido en la cárcel y antes de llegar a ella*. Éste decide —así lo expresa el personaje— que los protagonistas de su novela se reducirán a seis, entre ellos sus compañeros de guerrilla, además de algunos presos del fuero común, como es el caso de el Pato, personaje que representa a un ladrón del mercado de Jamaica y el cual es asesinado en la cárcel de Lecumberri por comandos armados, organizados y dirigidos por la dirección del penal para violentar y torturar principalmente a los guerrilleros.

A lo largo de la novela vamos descubriendo cómo Jaime se las arregla para escribir, a manera de diario —en una libreta roja y en rollos de papel de baño—, la violencia física y psicológica a la que éste y sus compañeros fueron sometidos durante su encierro en Lecumberri, el Reclusorio Norte y la Penitenciaría Santa Martha Acatitla; hechos que —nos dice el personaje principal— serán narrados en una novela que califica como «verdadera», como ya señalamos más arriba. Al final, Joaquín es liberado de su encierro, pero al salir de la cárcel pierde dichos escritos en unos matorrales al forcejear con los agentes de seguridad; sin embargo, los lectores tenemos en nuestras manos dicha novela.

Joaquín Peñaloza o Jaime también nos cuenta su vida y la de los demás personajes antes de ser encarcelados: en la narración se van intercalando distintas situaciones biográficas de cada uno de los personajes, tanto familiares como políticas, entretrejiendo dichas historias en torno a la guerra sucia. De esta manera vamos descifrando la gestación del grupo guerrillero en Moscú, siendo todos sus miembros becarios de la Universidad de la Amistad de los Pueblos (Patricio Lumumba), y cuya relación con Corea del Norte es determinante para su entrenamiento como guerrilleros. También nos cuenta los intereses que los guerrilleros tienen para emprender la revolución en México e instaurar el socialismo; sus relaciones con los estudiantes del Partido Comunista mexicano y estudiantes de África, América Latina y Vietnam, además de japoneses y moscovitas en Lumumba.

A lo largo del relato están representados también los acontecimientos sucedidos una vez organizados los guerrilleros en México, y los enfrentamientos entre estos y agentes gubernamentales al ser apresados, unos en la ciudad de México, otros en

Guerrero. Las torturas, los interrogatorios y la violencia que ejercen algunos presos comunes organizados por las autoridades del penal para tomar por asalto y golpear a los guerrilleros hasta casi asesinarlos, aparecen como la dinámica cotidiana en la recreación de la vida en la cárcel.

En síntesis, podemos decir que en la novela *¿Por qué no dijiste todo?* se narra en tiempo presente la vida cotidiana de los presos en las cárceles, principalmente de Lecumberri y el Reclusorio Norte. Esta narración nos lleva al desenlace de la historia, al tiempo que se van insertando —en tiempo pasado— las historias biográficas de los demás personajes y cómo es que llegaron a ser militantes de la izquierda armada; los problemas que enfrentaron los guerrilleros en su cotidianeidad clandestina en las casas tomadas por ellos, como casas de seguridad en la ciudad de México.

En relación con la biografía de Salvador Castañeda, basta con saber lo que sus libros publicados mencionan acerca de su vida: Salvador Castañeda nació en Matamoros, Coahuila, en 1946. Fue miembro y co-fundador del grupo guerrillero Movimiento Acción Revolucionaria (MAR). Estuvo becado durante los años sesenta en la Universidad de la Amistad de los Pueblos, en Moscú, donde estudió la carrera de agronomía durante dos años. Posteriormente, viajó de manera clandestina a Korea del Norte. Una vez en México, el MAR operó en distintos lugares del país, incluyendo la ciudad de México. Sabemos también que Salvador Castañeda y otros guerrilleros del MAR fueron aprehendidos, acusados y sentenciado en el año de 1971, así como encarcelados en el «Palacio Negro» de Lecumberri —ahora Archivo General de la Nación—. En 1976 fue trasladado, junto con otros compañeros, al Reclusorio Norte y después, en 1977, a Santa Martha Acatitla, año en el que él y otros guerrilleros salieron del encierro. Castañeda y otros presos políticos, incluso del fuero común, fueron torturados, humillados —muchos de ellos asesinados o desaparecidos— por los cuerpos «antiguerrilleros» o represivos del Estado durante su aprehensión y encierro en las distintas cárceles en que estuvieron. Actualmente sabemos que Salvador Castañeda no sólo es ex guerrillero, también se ha consagrado como escritor en el campo literario.

### III

#### *Sociología y literatura: la guerrilla desde la novela*

La lucha de un artista por una imagen definida y estable de su personaje es [...] una lucha consigo mismo.

M. M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*

Comenzaré por citar que «[...] la 'realidad que trata de cernir [el escritor] no se deja reducir a los datos inmediatos de la experiencia sensible en los que se revela; no se propone hacer ver, o sentir, sino construir unos sistemas de relación inteligibles capaces de dar razón de los datos sensibles.»<sup>184</sup> De esta manera, siguiendo a Pierre Bourdieu —cuando se refiere a Flaubert y *La educación sentimental*—, Salvador Castañeda no vacía en la hoja en blanco su experiencia inmediata como guerrillero. Por el contrario, «anula», de manera análoga a Flaubert —como a cualquier escritor de ficción—, su «singularidad» para construir un sistema de relaciones inteligibles capaces de dar razón de un espacio social. Mejor dicho, y recuperando a Pierre Bourdieu, la novela de Salvador Castañeda logra crear un sistema de relaciones a manera de exclusiones y distinciones entre los personajes, estructurando con ello el espacio social novelado. Las posiciones sociales representadas por los personajes se yuxtaponen en posiciones espaciales de tal manera que se expresan en toda una simbólica del espacio social.

Si bien Salvador Castañeda es el individuo histórico/autor que mantiene una relación inmanente con su propia experiencia, y el cual está cargado de una intención al momento de recrear las realidades literarias, éste, a su vez, se halla diferenciado respecto al sistema literario, sus instituciones y sus códigos en el espacio social configurado en el texto de ficción: el escritor deja de ser Salvador Castañeda, el ex

---

<sup>184</sup> Pierre Bourdieu, 1997, *op. cit.*, pág. 13.

guerrillero, para ser el autor/emisor de la unidad y la variedad existente en el texto sobre el espacio social representado miméticamente.

Tal diferenciación y distanciamiento del autor sucede cuando logra incorporar, en el narrador y sus personajes, diversas voces de su lengua aprendida y asimilada en una comunidad de voces habladas para representar una comunicación socialmente establecida y atravesada por numerosas variaciones en los diálogos. En esta diversidad de diálogos está siempre presente el encuentro —intersección—, la similitud —concordancia— y la objeción —interrupción— de los argumentos o réplicas de un diálogo abierto mediante las réplicas del diálogo interno de los personajes. De esta manera, las palabras que el autor va desarrollando aparecen en todo el texto singularizando las varias voces para diferenciarlas y distanciarlas sin llegar a desarticularlas; Salvador Castañeda invariablemente parte del mismo principio de estructuración en su novela *¿Por qué no dijiste todo?: la guerra sucia de la década de los setenta*. Mas dicha caracterización no se queda en un mero testimonio, sino que busca la mimesis, es decir, la creación y estructuración de mundos posibles de acuerdo con el principio estético de verosimilitud. Este principio obliga al autor a constituir su novela partiendo de las lógicas que imperan en la organización de las realidades concretas e inclusive vividas por el mismo escritor, pero narradas en sí mismas, pues el acto de narrar se produce en y desde el relato mismo. Podemos decir entonces que para la creación de una realidad novelada, el objeto de la intención del autor es «[...] precisamente la *variación del tema en muchas y diversas voces*, [...] fundamental e insustituible del tema [...]»<sup>185</sup>, lo que hace de la novela un mundo posible y autónomo no sólo del tiempo histórico real sino también del mismo autor. Así pues, tenemos que en la novela *¿Por qué no dijiste todo?* está de fondo

[...] la diversidad social, organizada artísticamente, del lenguaje; y a veces, de lenguas y voces individuales. La estratificación interna de una lengua nacional en dialectos sociales en grupos, argots profesionales, lenguajes de género; lenguajes de generaciones, de edades de corrientes; lenguajes de autoridades de círculos y modas pasajeros; lenguajes de los días, e incluso

---

<sup>185</sup> M. M. Bajtín, 2003, *op. cit.*, pág. 194.

de las horas; social-políticos (cada día tiene su lema, su vocabulario, sus acentos; así como la estratificación interna de una lengua en cada momento de su existencia histórica, constituye la premisa básica para el género novelesco.<sup>186</sup>

Esa comunidad de la que es producto el autor, resultado de individuos en relación y producción de sentido, se concreta «[...] en un producto cultural significativo y estable [...]»<sup>187</sup>. El autor recrea una totalidad de sentido estable y necesaria dentro de la obra a partir de las representaciones sociales y prácticas de sus personajes, esto da vida a un espacio social singular y contenido de referencias culturales, que crean un mosaico de experiencias resemantizadas, para reformular las representaciones socialmente establecidas de las guerrillas mexicanas: la abundancia del mundo, las aventuras y dificultades narradas y practicadas en el texto, y la perspectiva o puntos de vista de cada personaje están diseminados estéticamente en toda la novela para dar vida al espacio social en que se desarrollaron las guerrillas durante la década de los setenta.

Lo anterior nos ayuda a entender cómo el escritor Salvador Castañeda crea un sistema de relaciones inteligibles para dar cuenta de un espacio social, pues dichas voces son puestas en juego, penetran en la narración a través de un género dialógico, en oposición a la épica que es monológica<sup>188</sup>. Es decir, lo que constituye el estilo de la novela es que a través del «[...] discurso del autor y del narrador, los géneros intercalados, los lenguajes de los personajes [...] penetra el plurilingüismo [...]; cada una de esas unidades admite una diversidad de voces sociales y una diversidad de

---

<sup>186</sup> M. M. Bajtín, 1989a, *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid. En Enric Sullà (ed.), 2001 (c1996), “La palabra en la novela”, *Teoría de la novela, op. cit.*, pág. 60.

<sup>187</sup> M. M. Bajtín, 2003, *op. cit.*, pág. 16.

<sup>188</sup> En los discursos monológicos se prescinde en absoluto del interlocutor: otros géneros monológicos son el histórico y el científico. Véase, *Ibid.*, págs. 248-293. En el caso de la épica, la *poesía épica* o su equivalente, la *epopeya*, se narran de manera oral, y prescindiendo de un interlocutor, las acciones de héroes que representan los ideales, valores, vigor físico, destreza militar, linaje, honor, etcétera, de una clase guerrera o aristocrática y de las sociedades vinculadas a sus héroes, a sus orígenes y destino como pueblo. Originalmente, en la narración, la historia se mezcla con los mitos, pero más tarde se desprende de su componente mítico y se centra en sucesos históricos. En España se manifiesta hacia el siglo XIII, siendo su máximo representante el *Cantar del Mío Cid*, donde el héroe sube al poder, recupera el honor, tiene éxito como militar y se exaltan sus cualidades morales, afirmando a su vez la superioridad de los valores de la baja nobleza —frente a la alta nobleza castellana—, para ser llamada a dirigir la sociedad feudal y cristiana de su época. Véase, Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Épica y Epopeya.

relaciones, así como correlaciones entre ellas (siempre dialogizadas, en una u otra medida) [...]»<sup>189</sup>. Esta presencia imperiosa de diálogos, así como el discurso del narrador en los cauces de la novela, es, señala Bajtín, un discurso ajeno en relación con la palabra directa o real del autor, en este caso, Salvador Castañeda, y en relación con la variante del lenguaje literario al que se opone el lenguaje del narrador<sup>190</sup>. Ciertamente, el novelista encarna «el papel de Dios en el escenario de su creación»; dichos atributos dotan de autonomía a sus personajes y al narrador respecto a Salvador Castañeda, el autor.

Una vez revisadas tales cualidades, podemos decir que la *polifonía* bajtiniana se entiende como «[l]a pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas, viene a ser, en efecto, la característica principal de las novelas [...]»<sup>191</sup>. Los personajes aparecen en la novela dotados de una conciencia autónoma en sus propios mundos y acontecimientos. Estos personajes no son únicamente objeto de las intenciones artísticas y discurso del autor, sino también son parte de esa unidad estable y resemantizada, en la cual los personajes aparecen como sujetos de dicho discurso con un significado directo<sup>192</sup>. Las conciencias de los personajes y del narrador aparecen como ajenas al discurso estilístico del autor; en otras palabras, los personajes y el narrador dejan de ser, pues, objetos del autor. Así, en la novela moderna, afirma Foucault, «[...] el lenguaje rompe su viejo parentesco con las cosas para penetrar en esta soberanía solitaria de la que ya no saldrá, en su ser abrupto, sino convertido en literatura [...]»<sup>193</sup>.

De esta manera, la idea de dialogismo o polifonía alude a la mezcla de las distintas voces y discursos socio-culturales que habitan y se interfieren en la novela. El despliegue, cruce o conflictos entre las voces tanto de Salvador Castañeda —autor—, como del narrador y sus personajes presentes en la novela, se torna, en palabras de

---

<sup>189</sup> M. M. Bajtín, 1989a, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>190</sup> *Loc. cit.*

<sup>191</sup> M. M. Bajtín, 1986, *op.cit.*, pág. 55.

<sup>192</sup> Véase, *Loc. cit.*

<sup>193</sup> Michel Foucault, 1988, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI Editores, México, pág. 55.

Bajtín, «[...] una opinión pluridiscursiva sobre el mundo.»<sup>194</sup> Un punto de vista diversificado, según el punto en que se sitúa el autor, el narrador y los personajes en el espacio social recreado en la novela, y, al mismo tiempo, este carácter pluridiscursivo es, justamente, lo que dota a la novela de su cualidad irresoluble y conflictiva: la novela polifónica es polémica, ambigua y contradictoria, irónica, paródica y contestataria de su propia realidad.

Hasta aquí hemos revisado *grosso modo* las cualidades de la polifonía novelística, lo que permite acercarnos a la novela de Salvador Castañeda *¿Por qué no dijiste todo?*, como objeto de estudio para la sociología. Es obligado entonces detenernos en el tiempo y el espacio novelado. Para Bajtín tanto la forma, como el contenido en la novela, se definen con la categoría de *cronotopo*. Esta categoría refiere a las conexiones que existen en las relaciones temporales y espaciales desarrolladas de manera artística en la novela:

En el cronotopo artístico literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos de tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de esos elementos constituye la característica del cronotopo artístico.<sup>195</sup>

El cronotopo bajtiniano define el *género* artístico-literario. El cronotopo concreta tanto la forma y contenido, como la imagen de los personajes, al ser asimilados en la intersección de los elementos espaciales y temporales condensados en la narración de la historia de ficción. Esta asimilación, a su vez, condensa el cronotopo histórico real, para ser re-elaborado, transformado y constituido en una entidad distinta y singular: el cronotopo artístico. Y éste, a su vez, condensa la acción de la novela de manera figurativa, pues el tiempo de la novela se materializa en el espacio: el «[...] tiempo

---

<sup>194</sup> Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Dialogismo.

<sup>195</sup> M. M. Bajtín, 1989b, "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela", *Teoría y estética en la novela*, Taurus, Madrid. En Enric Sullà (ed.), 2001 (1996), "El cronotopo", *op.cit.*, pág. 63.

adquiere un carácter concreto-sensitivo; en el cronotopo se concretan los acontecimientos argumentales, adquieren cuerpo, se llenan de vida. [...] Es el cronotopo el que ofrece el campo principal para la representación en imágenes de los acontecimientos.»<sup>196</sup> De ahí que el espacio social de las guerrillas mexicanas de los setenta que plasma el autor en su novela no se reduce a los datos inmediatos de la experiencia vivida por Salvador Castañeda como guerrillero, sino tal realidad histórica es recreada y resemantizada en un sistema de relaciones que adquieren un carácter concreto-sensitivo a partir del cronotopo artístico, el cual, efectivamente, condensa las acciones de los guerrilleros en la novela de manera figurativa y da razón, al mismo tiempo, de los datos sensibles, la forma y el contenido, así como también de la imagen de los personajes amalgamados con el/los tiempo/s y el/los espacio/s de la historia novelada.

Tal producción pluridiscursiva o polifónica en la(s) novela(s) de guerrilla en México, es el poder que dichas novelas tienen para acumular información, si lo vemos desde una perspectiva sociológica. Para profundizar en esto, tomaremos prestadas algunas categorías de la teoría *sociocrítica*, cuyas cualidades nos permiten ensamblarlas con las categorías bajtinianas arriba expuestas. Siguiendo a Guzmán Díaz, el término sociocrítica fue concebido por Claude Duchet en el ámbito de la *Nouvelle Critique* francesa, análoga quizá con la *Psicocrítica* de Ch. Mauron, para establecer un cuerpo teórico-metodológico centrado en el análisis e interpretación de la significación social e ideológica en —dentro— los textos literarios, a diferencia de los análisis formalistas o de los estudios que se interesan por las condiciones materiales de producción, difusión y recepción de los textos. Así pues, «[...] la sociocrítica se constituye como una *sociología del texto* que se propone restituir a éste todo su espesor social, poniendo al descubierto la variedad de discursos sociales que, bajo la forma de sociogramas, ideogramas, imágenes e ideologías lo constituyen y lo pueblan.»<sup>197</sup> No solamente aquellos construidos y plasmados en el papel de manera

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>197</sup> José Manuel Guzmán Díaz, 2008, *doc. cit.*, pág. 112.

intencional por el propio autor, sino también otros más que «viajan» al papel durante el proceso de escritura sin que su autor tenga necesariamente conciencia de ello.

Pero, ¿cómo es que durante el proceso de escritura «migran» a la novela las representaciones sociales o ideología del autor, vinculadas a un periodo específico, para constituir un sistema socialmente coherente e inteligible para el lector y el cual no se clausura únicamente en el punto de vista del escritor?<sup>198</sup> Para tratar de entender esta pregunta tomaré el concepto de *co-texto*, perteneciente a la escuela sociocrítica, únicamente para plantear las posibilidades analíticas que tiene cualquier discurso para la sociología. Así pues, la escuela sociocrítica no busca un contexto que dé razón de sucesos comprobables o que evidencien una realidad existente. En su lugar, ha definido un concepto llamado *co-texto*, el cual abraza las referencias culturales re-elaboradas y puestas en discurso —al momento de la escritura— en el texto de ficción. Régine Robin define el *co-texto* como los *discursos sociales* contenidos en el texto de ficción. Es decir, «[...] todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad [...]»<sup>199</sup>.

Así, el *discurso social* es

[...] un rumor global sin coherencia, cuyas incoherencias se hallan cimentadas por la voz del se impersonal, por lo dóxico que circula, el *ya-allí*, lo ya dicho, por lo que funciona como evidencia, mediante lo propuesto, lo preconstruido, lo cristalizado, lo petrificado, lo informe de la costumbre, lo no dicho, lo no pensado, lo que inmoviliza; una pluralidad fragmentaria, el ruido del mundo que se va a convertir en materia textual.<sup>200</sup>

---

<sup>198</sup> Debo al Dr. Gilberto Giménez la idea de migración de las representaciones sociales del autor a la literatura de ficción durante su escritura.

<sup>199</sup> Régine Robin, 2a. reimp.: 2001 (c1994), "Para una sociopoética del imaginario social", Françoise Perus (comp.), *Historia y Literatura*, Instituto Mora/UAM, México. pág. 272.

<sup>200</sup> Marc Angenot, *1889: un état du discours social*, Le Préambule, Montreal, 1989, pág. 83. Citado por Régine Robin, *loc. cit.* Las cursivas son del autor. Asimismo, El *co-texto*, dice J. Manuel Guzmán, es lo que acompaña al texto de ficción como una sombra, es la delimitación obligada del vasto mundo de la significación que el propio texto de ficción produce al ser elaborado; es «[...] el recorte de la realidad cultural, que el escritor opera al escribir su obra, ya sea de manera intencional o inconsciente.» José Manuel Guzmán Díaz, 2003, *Sociocrítica de Luto Humano*, Tesis de Maestría en Letras, Literatura Iberoamericana, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, México, pág. 36. Por otro lado, el sociocrítico Edmond Cros, retoma las categorías goldmannianas de *sujeto transindividual* y de *sujeto no consciente* —similar al *discurso social* contenido en el *co-texto*—, los cuales «[...] permiten definir el discurso de un grupo social determinado mediante sus especificidades léxicas, semánticas y sintácticas que transcriben, de un modo no consciente, indicios de la inserción espacial, social e histórica del mencionado grupo [...] noción que coincide con la idea de *distancias lingüísticas*, en Bourdieu [y con la] aportación de Foucault,

De esta manera podemos delimitar el *espacio social* que atraviesa al texto de ficción, pues cada voz representa una posición social diferenciada —respecto a las otras—, cuya estructuración da cuenta de la realidad textual simbolizada y diferenciada también; un espacio social configurado desde otros discursos, desde las distintas voces o polifonía que resuenan en la novela, generando a su vez «efectos de lugar». Se entiende entonces que el *co-texto* es un marco referencial saturado del punto de vista ideológico y cultural, es el material desde el cual se trabaja el texto<sup>201</sup>. Régine Robin señala que los referentes *co-textuales* están inmersos como un sistema de referencias inscrito en el texto. Es aquí donde el espacio de las mediaciones se pone en juego para hacer de todos los elementos de la novela una realidad textual legible para el lector y cargados simultáneamente de diferentes clases de individuos/personajes. De esta manera, se crea un *analogon* del mundo real. El texto hace como si remitiera a algo *extratextual*, es decir, a algo «[...] constituido por la historia, la cultura y los otros textos contemporáneos, ajenos o propios del autor.»<sup>202</sup> Pero que no es más que una simulación<sup>203</sup>.

---

que permite comprender, que en el seno de una formación ideológica determinada, los enunciados latentes del sujeto se concretan por el sesgo de una práctica discursiva.»: Edmond Cros, 1989, “Sociología de la literatura”, Nara Araújo y Teresa Delgado (coords.), 2003, *Textos de teorías y críticas literarias*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Universidad de la Habana-Facultad de Artes y Letras, México, pág. 680. Véase también, Edmond Cros, 1986a, *Literatura, ideología y sociedad*, Editorial Gredos, Madrid, págs. 11-156. Asimismo, Michel Foucault refiere a las diferencias discursivas como “posiciones sujeto”. Véase, Michel Foucault, 1984 (c1969), “¿Qué es un autor?”, en revista *Dialéctica*, Escuela de Filosofía y Letras/Universidad Autónoma de Puebla, núm. 16, año IX, diciembre.

<sup>201</sup> Véase, Régine Robin, *op. cit.*, pág. 272.

<sup>202</sup> Helena Beristáin, *op. cit.*, s.v. Extratextualidad.

<sup>203</sup> Régine Robine, *op. cit.*, pág. 272. *Simulación* —aun en el *realismo*— porque dichos referentes co-textuales también son ficción, pero, en este caso, es hacer lo irreal verosímil por medio de la argumentación, esto es la realización de la representación mimética de Paul Ricœur. En este sentido, lo *extratextual* remite a signos o referencias existentes, reales, plasmadas en la novela, pero que dejan de ser *verdaderas* y *verificables* al momento de textualizarlo bajo el dominio de la estética novelística. Incluso los textos que representan con sus referentes fenómenos tomados de la realidad social, son analogías resemantizadas por el autor. Por ejemplo, la *Irlanda* del joven *Dedalus*, de James Joyce, no es la verdadera Irlanda que visitaríamos si viajáramos para allá, simplemente porque no existe una Irlanda de *Ulises*. Por el contrario, Irlanda se torna un símbolo, un lugar que juega como referente en el espacio social de *Stephen Dedalus*, contenido de uno o varios discursos sociales; contenido de un *co-texto* que hace del texto una historia verosímil, diseminado de referencias culturales que tornan el texto de ficción legible para el lector.

Por otro lado, la idea de extratextualidad en la terminología literaria refiere a todo aquello que es exterior a la obra, todas aquellas referencias históricas y culturales, detalles biográficos del autor y las propuestas e intenciones que éste tiene en el momento de la creación. De ahí que ninguna obra pueda deslindarse de la cultura de una época, pues la obra está contenida de una pluralidad correlacionada de referentes sociales, religiosos, culturales, históricos, filosóficos, etcétera, los cuales tienen un valor informativo-referencial dentro de un lenguaje específico. Esta es la cualidad denotativa que los signos tienen dentro de un texto literario, pues indican con precisión, según los códigos lingüísticos de una época determinada, tal valor informativo-referencial, siendo además, parte de los elementos estables y analizables fuera del discurso y no como elementos subjetivos de la significación. Sin embargo, aun dicha estabilidad, el signo literario también es polisémico, ya que éste puede abonarse de otros sentidos que se hallan en relación con el proceso semántico que se produce durante la formalización estética<sup>204</sup>, y que permiten, partiendo de la denotación, la reconstrucción semántica de los distintos signos en sus muy diferentes niveles de estructuración y de sentido que dotan a las expresiones de un contenido distinto. Es el proceso de interpretación del texto que parte de la denotación hasta llegar al nivel de la connotación total del texto.<sup>205</sup>

Así, cuando nos referimos a los elementos co-textuales —intratextuales— de una obra, nos centramos en los elementos que pertenecen al texto, los cuales adquieren su valor a partir de la relación que se establece, por un lado, con los elementos que hacen pertinente la interpretación del texto en función del conjunto lingüístico que antecede o continúa a una determinada forma o unidad dentro del texto y, por el otro, con la relación sociológica que se establece entre los elementos co-textuales y los acontecimientos o situaciones sociohistóricas que determinan las formas lingüísticas y

---

<sup>204</sup> Véase, Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *op. cit.*, s.v. Denotación y Extratextualidad.

<sup>205</sup> En términos generales, en los estudios literarios, la connotación «[...] se empareja y opone desde siempre a la denotación [...], en cuanto indica una serie de valores secundarios, no siempre bien definidos y en algunos casos extralingüísticos, ligados en ciertas ocasiones a un signo, bien para un grupo de hablantes, bien para uno solo. Así *zorro* tiene un significado denotativo [...] (animal mamífero de la familia de los cánidos); pero tiene también un valor connotativo, cuando, metafóricamente, se refiere a una persona: 'es un zorro' puede querer decir que es astuto, pero también que es hipócrita.» Esto quiere decir que en un primer plano, el de la denotación, existe el paso a un segundo nivel de significación: la connotación. *Ibid.*, s.v. Connotación.

estéticas de una obra. Dicho valor también se da a partir de los elementos intertextuales manifiestos en el conjunto de relaciones al interior del texto, que implican las unidades establecidas a partir de las obras del mismo escritor —intertextualidad restringida o interna—, así como de otros autores —intertextualidad general o externa—. Lo que se quiere decir con esto es que cualquier texto contiene otros textos que se presentan en formas variables más o menos reconocibles, lo que «[...] no se reduce como es evidente a un problema de fuentes o influencias, el intertexto es un campo general de fórmulas anónimas, cuyo origen es difícilmente localizable, de citas inconscientes o automáticas, ofrecidas sin comillas.»<sup>206</sup>

De ahí que la novela se torne crisol de experiencias que proporciona imágenes, situaciones, personajes y construcciones narrativas, lo que permite el ejercicio del análisis sociológico del mundo del texto: «Práctica, producto, objeto social, la novela es lo primero porque ocupa un lugar destacado en la circulación cultural de las ideas, de las imágenes, de las formas, de los estereotipos, de las configuraciones discursivas.»<sup>207</sup> La novela es práctica social que produce —recrea— realidades estéticas peculiares y complejas, inscritas en la escritura y representadas en el texto en cuanto tal, dotando al texto de ficción de su polisemia y especificidad<sup>208</sup>. Mas la novela en sí no ofrece una visión totalizante de su realidad, en cambio, nos presenta «[...] fragmentos de un complicado y ambiguo rompecabezas; pero de un rompecabezas que nunca aparecerá completamente aclarado [...]».<sup>209</sup>

Por ello, el autor de cualquier obra literaria no es únicamente su propia voz; construye diversidad de voces las cuales se hallan dispersas, diseminadas y mezcladas, pero al mismo tiempo las ideas, sentimientos, actitudes, pasiones, estereotipos, opiniones, creencias, conflictos y prácticas de los personajes del texto de ficción no se hallan en estado puro, están fusionadas con las propias representaciones del autor.

---

<sup>206</sup> Véase, *Ibid.*, s.v. Contexto e Intertextualidad.

<sup>207</sup> Régine Robin, *op. cit.*, pág. 262.

<sup>208</sup> Ver Edmond Cros, 1986a, *op. cit.*, pág. 19.

<sup>209</sup> Ernesto Sábato, 3a. ed.: 1998 (c1979), *El escritor y sus fantasmas*, Seix Barral, Argentina, pág. 107.

Lo anterior no significa que un autor sea capaz de construir todos los discursos de una sociedad, por el contrario, «[e]n nuestras complejas sociedades modernas, ningún individuo se estructura en relación directa con toda la sociedad. La sociedad es una totalidad sumamente compleja y 'segmentada'.»<sup>210</sup> La organización y estructuración de los individuos son resultado de «[...] alguna específica combinación de esos segmentos [...]»<sup>211</sup> Así pues, el autor representa «[...] un lugar de 'anudamiento' de un conjunto determinado de relaciones sociales. [...] por ende, representativo de ese particular nudo en el entretejido social.»<sup>212</sup> Es decir, la novela es en sí misma un universo social específico y construido por el autor, cuya autonomía anuncia todo aquello que la hace existir.

En otras palabras, aunque Salvador Castañeda, el individuo con su trayectoria de vida, representa un anudamiento de determinadas relaciones sociales que lo hacen existir como un individuo histórico y real, su punto de vista como autor, contrariamente, es un espacio construido/inventado a partir de diversidad de voces culturales que combina, estéticamente, los segmentos de la sociedad a la que pertenece. Castañeda, el autor, es también un punto de vista en la novela, así como el narrador y sus personajes configuran una realidad textual compleja y segmentada, para establecer con ello el anudamiento de un conjunto determinado de relaciones sociales. Cada uno de los personajes es representativo de ese particular nudo en el entretejido narrado, que si bien están diferenciados e inclusive aparecen distantes para el lector, no están desarticulados sino organizados alrededor de la guerra sucia, recreada por el autor artísticamente.

En resumen podemos decir que durante el proceso de re-elaboración de cualquier realidad novelada, el autor pone en juego las distintas representaciones que de ésta tenga y a partir del particular nudo del entretejido social al que pertenece. Esto hace del texto novelístico «[...] un foco cultural muy poderoso [...]»<sup>213</sup>, susceptible de

---

<sup>210</sup> Homero R. Saltalamacchia, 1992, *Historia de vida*, Ediciones CIJUP, San Juan de Puerto Rico, pág. 159.

<sup>211</sup> *Loc. cit.*

<sup>212</sup> *Ibid.*, pág. 160.

<sup>213</sup> Régine Robin, *op.cit.*, pág. 263.

ser estudiado sociológicamente. Esta producción y recreación de un mundo social y de las representaciones plasmadas en la novela no aparecen de manera diáfana ni coherente; tampoco aparecen bajo la lógica de la demostración científica o histórica, pues la novela no demuestra, muestra y evoca, junto con el lector, una realidad ficcional o textual que «[...] no expresa la historia o lo social en una transparencia ilusoria de los signos, sino que interroga, evalúa, inscribe su cortejo de interrogaciones angustiadas en contra de un discurso pleno, explicativo, que no deja nada al azar y orienta hacia el futuro.»<sup>214</sup> Esta «realidad» que existe dentro del texto estético se vigoriza a partir de voces y rumores que hacen de la palabra escrita representaciones polifónicas, que, como ya se dijo, para nosotros los lectores

[...] más que objetos de la palabra del autor, se nos presentan como sujetos de sus propios discursos, como una pluralidad de conciencias autónomas con sus correspondientes concepciones del mundo, cuyos caracteres y destinos, lejos de diluirse en la unitaria conciencia del autor, forman parte de un entramado de voces y posiciones ideológicas en una especie de contrapunto musical, del cual se deriva la metáfora bajtiniana de la *polifonía* narrativa.<sup>215</sup>

Por ello, la peculiar configuración que representa, en este caso, la novela *¿Por qué no dijiste todo?* «[...] no puede ser separada de los análisis sociohistóricos, pero tampoco puede ser disuelta en los mismos [...]»<sup>216</sup>, pues es preciso resaltar que dicha especificidad literaria no se agota en la novela misma ni se cierra clausurando su vínculo con el mundo social y cultural. En la novela la palabra escrita es vehículo que nos lleva a transitar por significados sociales distintos y novedosos, contradictorios o cautivos, «[...] a pesar de su autor [...]»<sup>217</sup>. Son esas conciencias autónomas y sus discursos sociales los que dan forma y figura tanto a la extratextualidad, como a la intratextualidad e intertextualidad de la novela, y es aquí donde el texto sostiene «[...]

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, pág. 296.

<sup>215</sup> Domingo Sánchez-Mesa Martínez, 1996, «Una teoría en expansión: la poética social dialógica del Círculo de Bajtín», Antonio Sánchez Trigueros (dir.), *Sociología de la literatura*, Editorial Síntesis, España, pág. 203.

<sup>216</sup> M. Bajtín, 1988, *Problemas de la poética de Dostoievski*, FCE, México, págs. 59-60.

<sup>217</sup> Régine Robin, *op. cit.*, pág. 263.

una relación con el mundo [...] y, por ello, [es] producción ideológica, precisamente porque es un proceso estético [...]»<sup>218</sup> que dota a los significados culturales ya cimentados de una pluralidad de discursos más allá de lo que enuncian en su escritura. Esta pluralidad de discursos recupera, al mismo tiempo, la palabra hablada en los procesos de escritura y, justamente, se vigorizan durante su lectura, por ello, diría Chartier, «[c]apturar las palabras en vivo conduce a inventar los sistemas para transcribir y preservar en lo escrito su fuerza viva.»<sup>219</sup>

Por último, la novela, como sostiene Morroe Berger, suele ser imaginaria, mientras que las ciencias sociales y la influencia del positivismo buscan la postulación de proposiciones relacionadas entre sí con miras a ser corroboradas acerca de lo que es el mundo real. «Uno de los más grandes peligros que encierra la comparación de estos dos reinos del pensamiento es el de la variedad que cada uno de ellos exhibe [...]».<sup>220</sup> La novela y las ciencias sociales, pues, difieren también en lo que serían sus metas u objetivos: «[l]a ficción crea su propio mundo, sólo parcialmente y en grado variable, [...] las ciencias sociales tratan de realizar la investigación sistemática del mundo real con fundamento en los cánones de la prueba, las teorías, las hipótesis, las deducciones [...]»<sup>221</sup>. Y aunque la novela y las ciencias sociales difieran en sus metas, lo que es innegable es que la ficción se fundamenta en las prácticas y representaciones del mundo, sus instituciones y sus conflictos; personajes que son insertados en una estructura social textual, con sus cualidades y conciencias singularizadas en la vida cotidiana en que son representados<sup>222</sup>.

---

<sup>218</sup> Claude Duchet, «Positions et perspectives», *Sociocritique*, Fernand Nathan, París, 1979, pág. 4. Citado por Régine Robin, *op. cit.*, pág. 264.

<sup>219</sup> Roger Chartier, 1999, *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, FCE, México, pág. 11.

<sup>220</sup> Morroe Berger, 1979, *La novela y las ciencias sociales. Mundos reales e imaginados*, FCE, Brevarios, México, pág. 372.

<sup>221</sup> *Ibid.*, pág. 378.

<sup>222</sup> Es pertinente señalar que no interesa para esta tesis lo que en un sentido saussuriano sería el término *valor* «[...] como el lugar que ocupa en la ficción tal o cual elemento narrativo, semiótico o estilístico, y la diferencia específica que instituye.» Claude Duchet, 1984, texto inédito de un seminario que el autor impartió en la Universidad Nacional Autónoma de México. Citado por Régine Robin, 2001, *op. cit.*, pág. 274. (Robin señala que retomó este seminario del texto: R. Robin, 1986, *Le réalisme socialiste: une esthétique impossible*, Payot, París). En su lugar, nos interesa la obra estética como producto, práctica y objeto social.

### Capítulo 3 *¿Por qué no dijiste todo?*

#### I

#### *Sobre el autor y el género: una novela que sea verdadera*

Que haya personas que buscan encarnizadamente *la* verdad me deja estupefacto. ¿No se ha comprendido todavía que no existe?

E.M. CIORAN, *En las cimas de la desesperación*

El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges.

J.L. BORGES, *Nueva refutación del tiempo*

Sin detenernos en el debate alrededor de la importancia del escritor/autor y su obra, encontramos, en los estudios y crítica literaria, distintas perspectivas en relación con ello. En nuestro caso, es necesario tomar al escritor como un aspecto relevante que entra en juego para comprometer la estructura de la novela como producto, práctica y objeto social, ya que consideramos que éste «[...] cumple el papel de enunciador dentro de la ficción, y es construido por el autor.»<sup>223</sup> Dicho de otra forma:

[...] no se puede [...] deslindar al autor, sigue siendo esencial, porque él está sobredeterminado por su contexto, por su marco histórico-cultural y, a través de él, también está sobredeterminada toda su obra. El conocimiento de su biografía es importante porque el autor es la fuente de la intención, y también es la fuente del saber que dan muestras, tanto del narrador como de los personajes. Las vicisitudes de su vida pueden arrojar luz que facilite el

---

<sup>223</sup> H. Beristáin, *op. cit.*, s.v. Autor.

trabajo de descifrar sus textos, y como forman parte del contexto, pueden contribuir a su interpretación.<sup>224</sup>

Esta consideración reviste que el texto narrativo es un mensaje creado y organizado por el emisor —autor— con base en uno o varios códigos, y el cual es transmitido por medio de un canal, en este caso, el texto escrito y dirigido a un destinatario: el lector. Durante la elaboración de la novela, los elementos co-textuales son creados para recrear a su vez los elementos extratextuales. Esto permite al lector la exploración y exégesis del texto/mensaje como un sistema de comunicación. Dichos elementos despliegan procesos cognitivo/interpretativos para establecer la decodificación del plano denotativo y para descifrar el plano connotativo que funcionan, al mismo tiempo, como mecanismo de validación —reconocimiento— del mensaje, pues dicha significación supone que la totalidad artísticamente expresada es significativa para los lectores. De ahí se hace necesario distinguir al autor como categoría analítica.

Ahora bien, pasando por alto algunas instancias que configuran dicha categoría, como las que aparecen en el nivel de la intratextualidad de una obra —narrador, narración/código y narratario/destinatario—; o las que se dan en la comunicación extratextual —código/texto, lector ideal, lector virtual y lector empírico—, nos detendremos en las instancias del autor implícito, autor ideal y escritor.

En el nivel extratextual de un texto de ficción existe un tipo de autor; a saber, el autor ideal, el cual es el papel que asume el escritor real o efectivo «[...] en cuanto se considera sujeto de los actos creativos lingüísticos-literarios que van a conformar el texto, en cuanto depositario de las reglas de construcción de la obra como escritura o ejecución de una competencia literaria que es la virtualidad del código inmanente en el texto mismo.»<sup>225</sup> En el nivel intratextual aparece el autor implícito, el cual es una suerte de imagen del escritor real o efectivo —determinado biográficamente, caracterizado e individualizado históricamente—, pero que, a diferencia del escritor, el autor implícito es

---

<sup>224</sup> *Loc. cit.*

<sup>225</sup> Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *op. cit.*, s.v. Narrador.

aquella instancia superior que el lector se construye durante la lectura del texto y el cual interviene en toda la obra literaria<sup>226</sup>:

[...] se podría precisar que este sujeto interno [el autor implícito] de la narración tiene una conciencia superior a la del narrador, porque domina el código o sistema de reglas de construcción del relato y, particularmente, las reglas lingüísticas y metalingüísticas. A pesar de no estar representado, es el autor implícito el que modela al narrador, asumiendo la función de quien ostenta la instancia informativa más profunda del relato, una “competencia” que acaso puede distanciarse indirectamente de la conciencia del narrador y traslucirse de formas bastante más sutiles, verificable en el estrato de las connotaciones lingüísticas.<sup>227</sup>

Tales distinciones apuntan a demostrar en este apartado que la novela de Salvador Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?*, no puede tomarse como un referente meramente testimonial o autobiográfico del escritor real o efectivo. Esto nos obliga a detenernos en la noción de testimonio, sin pasar por alto que entre la ficción y la realidad se da necesariamente una tensión irreductible —entre lo que es invención y lo que es verdad—, y sin pasar por alto que encontramos «[...] textos que han obligado a delimitar lo literario y la ficción en relación con otros géneros discursivos [...] la autobiografía, los diarios íntimos, las memorias, la biografía en general, algunas escrituras de la Historia, y más recientemente, con los relatos de vida»<sup>228</sup>. Existe, pues, una complicación en cualquier forma de discurso, aun cuando descansan sobre la base de la verdad/realidad/historia, como lo resume la siguiente cita:

Si bien remiten, lo mismo que el texto realista, a un hacer creer sobre lo verdadero, sobre el yo, sobre acontecimientos que han sucedido realmente o sobre personas que han vivido en la realidad, no por ello es menos cierto que están atrapados en el orden del lenguaje, irreductible al orden de lo real y que, mediante el lenguaje, están preocupados por un orden textual y

---

<sup>226</sup> *Loc. cit.*

<sup>227</sup> *Loc. cit.*

<sup>228</sup> Régine Robin, 2a. ed.: 2002 (c1993), “Extensión e incertidumbre de la noción de literatura”, M. Angenot, J. Bessière, D. Fokkema y E. Kushner (dir.), *Teoría literaria*, Siglo XXI Editores, México, pág. 55.

discursivo, por una intriga y un relato, como tan bien lo pone de manifiesto P. Ricœur (1983-1985). Están forzados a argumentar.<sup>229</sup>

El testimonio no escapa a dicha problemática. Sin embargo, la noción de testimonio se distingue de un texto estéticamente organizado, porque es una narración que busca ofrecer elementos verídicos que sean sustantivos de la existencia fáctica de lo que se cuenta. John Beverly define el testimonio como una «[...] narrativa con extensión de novela en forma de libro o panfleto (es decir, impreso como opuesto a lo acústico), narrado en primera persona por un narrador que es también el protagonista real o el testigo de los eventos que él o ella cuenta, y cuya unidad de narración es usualmente una 'vida' o una experiencia de vida significativa.»<sup>230</sup> De esta manera, más allá de los géneros literarios que surgen del testimonio, como son las autobiografías, las memorias, las biografías y las confesiones, entre otras, el testimonio «[...] promete por definición estar relacionado primordialmente con la sinceridad, más que con la literalidad [...]»<sup>231</sup>. La palabra testimonio presupone que lo que se narra o se cuenta es una verdad dicha por alguien que estuvo ahí donde determinado hecho significativo existe o sucedió, sin la pretensión de alcanzar un valor estético. Presupone que, para que exista un testimonio, debe existir un testigo, el cual es «[...] aquel que está allí para ver [...]»<sup>232</sup>; entonces, el testigo es un elemento fundamental y constitutivo de la verdad.

Un testimonio presenta, según contextos, otro tipo de problemas si seguimos el argumento foucaultiano, pues deja ver que el testimonio funciona como uno de los mecanismos enunciativos de la verdad o forma de decir la verdad. El testimonio necesita de la presencia de aquel que lo presencié, sea como un tercero o como la mirada del que lo experimentó directamente. La mirada, entonces, se torna fundamento

---

<sup>229</sup> *Loc. cit.*

<sup>230</sup> John Beverly, 1992, "The Margin at the Center on *Testimonio* (Testimonial Narrative)", S. Smith y J. Watson (eds.), *De/Colonizing the subject. The Politics of Gender in Women's Autobiography*, University Press, Minneapolis, Minnesota, págs. 92 y 93. Fuente tomada de Yolanda Muñoz González, 2004, "Literatura testimonial y contrahistoria", Conrado Hernández López (coord.), *op. cit.*, págs. 65 y 66. Cabe aclarar que esta definición no excluye la posibilidad que tiene un testimonio de ser narrado de manera oral y/o transcrito por una tercera persona, o bien, de ser presentado de diversas maneras en los distintos medios de comunicación, ya sean visuales, sonoros o impresos.

<sup>231</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>232</sup> Michel Foucault, 8a. reimp.: 2001 (c1978), *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, España, pág. 40.

de la verdad, la evidencia busca la verdad, y para que aquello que se enuncia sea evidencia debe entonces demostrarse con o ante «[...] la mirada de personas que ven y recuerdan haber visto con sus ojos humanos: *es la mirada del testimonio.*»<sup>233</sup> En consecuencia, el testimonio sólo se realiza a medida que sea significativo para una comunidad, es decir, la evidencia debe ser reconocida socialmente y, al mismo tiempo, para que se transforme en un mecanismo enunciativo de la verdad y el saber; para que sea reconocido, asumido y aceptado como una verdad y como un saber, el testimonio debe estar fundamentado en la legitimación de un poder jurídico y político.

Un testimonio puede tener diversas funciones, pero, en todos los casos, tiene una función central: la necesidad de dar a conocer, justificar y legitimar un punto de vista sobre determinados hechos que sucedieron, sea a un individuo o grupo, sea en la vida privada o pública. Cuando un testimonio quiere dar cuenta de algo es porque lo sucedido es significativo, pues, en este caso, no se recuerda algo para testimoniar a menos que sea de utilidad en el presente, incluso en el futuro de los grupos o individuos. Asimismo, el recuerdo de algo no se queda solamente en el plano de lo abstracto o de la memoria, sino es re-significado por un individuo o por un grupo en un continuo ligado al presente y proyectado a futuro, en cuanto a las representaciones sociales y prácticas en un contexto determinado.

A lo anterior agregamos que en el testimonio existe una necesidad de comunicar «[...] un problema de represión, pobreza, subalternidad, encarcelamiento, lucha por la supervivencia, implicado en el acto mismo de narrar [...]»<sup>234</sup>. Efectivamente, el testimonio puede cuestionar o poner en evidencia los mecanismos de poder de los discursos dominantes al tener la cualidad de representar los recuerdos que han sido omitidos en contextos específicos; porque un testimonio puede evocar y dotar de otros sentidos los hechos de una realidad específica para representar una forma de resistencia frente a los discursos dominantes que centralizan, ordenan, clasifican y legitiman los referentes históricos e identitarios de un grupo o sociedad.

---

<sup>233</sup> *Ibid.*, pág. 48. El énfasis es de mi parte.

<sup>234</sup> Yolanda Muñoz González, *op. cit.*, pág. 67.

Parafraseando el lema feminista, el testimonio es lo personal en su dimensión política. La literatura testimonial puede leerse como un punto de partida para cuestionar las bases culturales sobre las que está construida la legitimidad de un determinado discurso histórico, sobre otro que puede antojarse mancillado por las trampas de la memoria, y por la aparente nimiedad [...] de la anécdota individual. El testimonio plantea la necesidad de los sectores subalternos de dar continuidad a la escritura de su propia H/historia.<sup>235</sup>

La dimensión política de la escritura testimonial toma fuerza cuando logra estimular los referentes que movilizan los recuerdos al funcionar como un marco social, y, al mismo tiempo, cuando logra cuestionar los fundamentos de los discursos «verdaderos» u «objetivos» que estructuran la realidad histórica dominante. Cifrar entonces que el testigo es el que está o estuvo ahí, y que puede narrar o decir la verdad, podría ser el caso de Salvador Castañeda. Sin embargo, éste optó por la ficción antes que el testimonio.

Por otro lado, testimoniar la guerra sucia y lo vivido en las guerrillas representó distintos problemas según contextos: los guerrilleros enfrentaron por casi treinta años otro tipo de circunstancias, pues el espacio de los posibles estuvo determinado por los elementos descritos con anterioridad y que hipotéticamente recuperamos a continuación: la omisión, censura, negación, silencio, ausencia y producción de estigmas en el discurso dominante sobre la existencia de guerrilleros y guerrillas, así como una represión latente en torno a su enunciación pública; la clausura o inexistente acceso a la información; la clandestinidad propia de dichos movimientos; la pérdida de muchos de los archivos en el temblor del ochenta y cinco; el desinterés de las editoriales por publicar sobre el tema; el distanciamiento entre investigadores de izquierda y miembros de las guerrillas; el silencio de los propios guerrilleros, consecuencia de la represión experimentada y latente; el fracaso del proyecto o proyectos que representó para la izquierda armada el contexto de la guerra sucia; y, por último, la omisión de las guerrillas urbanas en los discursos académicos.

---

<sup>235</sup> *Ibid.*, pág. 71.

De lo anterior, se desprenden las siguientes complicaciones: primero, durante las décadas de los setenta y ochenta, cualquier testimonio elaborado por un ex guerrillero debía estar comprometido con la sinceridad, por lo tanto, debió confrontar diversos discursos producidos desde los nudos o centros de poder estatal, así como las consecuencias de esto. Todo testimonio busca comunicar un punto de vista de los hechos para que sea reconocido como una verdad y un saber. Segundo, la producción de textos testimoniales no se insertan en un circuito de distribución y consumo tan amplio, a diferencia de la literatura de ficción, pues el testimonio necesita de una demanda social muy específica que responde a determinadas circunstancias sociohistóricas —como las que actualmente se viven—. Tal puede ser el caso de las décadas señaladas, contexto en el que la censura y la represión sobre cualquier discurso en torno a dicho tema prevalecía política y socialmente. En consecuencia, la demanda de algunos sectores sociales por la memoria como un derecho, un deber y una necesidad eran casi inexistentes, con excepción de los activistas pro derechos humanos y a favor de la presentación física de los desaparecidos durante la guerra sucia. En síntesis, las condiciones de posibilidad para que un texto testimonial lograra su efectividad respecto a su función, fueron casi nulas. Quizá por dichas razones —entre otras—, Salvador Castañeda no optó por la narración testimonial como ex guerrillero, sino por el artificio de la representación estética como escritor/autor.

Por otro lado, lo anterior obliga a plantear que aún cuando el lector sabe que el escritor real o histórico representa esa «mirada empírica y cotidiana», como Foucault la llama —esa mirada que sabe lo que sucedió y que se reconoce como un punto de vista en el espacio social, en cuanto portador de una biografía y resultado de un conjunto determinado de relaciones sociales—, dicha singularidad se anula cuando Salvador Castañeda, como escritor real, logra objetivar tales elementos testificantes al someterlos a la lógica de la creación artística: son el autor ideal y el autor implícito los que ponen en juego, a través de sus personajes, espacios y tiempos, un sistema de relaciones que configuran una realidad social textual capaz de dar razón de un espacio social, como si fuera un mundo posible.

Dicho de otra manera, nuestro autor ideal rompe la estructura testimonial al concretar el cronotopo en la novela, es decir, la forma y el contenido del relato: la polifonía, los puntos de vista de los personajes y las descripciones son conjugadas en las intersecciones de los elementos espaciales y temporales, sucintos en la narración y a partir del principio de verosimilitud. Podemos entonces afirmar, siguiendo a Genette, que las distintas narraciones rompen con «[...] el orden cronológico y lógico de la cadena de acciones [...] e introducen un desorden que constituye en realidad otro orden, el orden artístico, el orden propio de la intriga [...]»<sup>236</sup>, incluso si la narración está imbricada de elementos testificantes, pues estos tampoco escapan al orden de la ficción.

De esta manera, además de concentrar los actos creativos lingüísticos-literarios y ser depositario de las reglas y códigos que van a conformar el texto como obra, el autor ideal, de manera consciente o no, satura al texto durante su escritura «[...] de inversiones simbólicas relativas a la vida cotidiana, [la cual] funciona bajo el signo de las particularidades colectivas o individuales, se convierte en suma en la memoria a la vez legendaria y activa [...]»<sup>237</sup>. La obra entonces se distancia del escritor real y del autor ideal; aparece pues el autor implícito quien exhibe, en el nivel de las connotaciones del texto, los recursos que presentan la información del relato más allá del narrador y sus personajes, pero de formas tan sutiles que el autor implícito no aparece representado como tal en la obra. Por ello, no podemos decir que Salvador Castañeda, el ex guerrillero, elaboró un testimonio. En su lugar, *¿Por qué no dijiste todo?* constituye una fórmula específica que definiremos aquí *novela testimonial de guerrilla*<sup>238</sup>. Esto nos obliga a plantear

---

<sup>236</sup> H. Beristáin, *op. cit.*, s.v. Prolepsis y Analepsis. En cuanto a la acepción moderna de la palabra *prolepsis* (sinónimo de preparación en la antigüedad), Genette ha denominado así a la presentación anticipada de las acciones llamadas *nudos* en la cadena que constituye el relato narrado o presentado, y ha llamado *analepsis* al fenómeno opuesto, es decir a la retrospección. Ambas constituyen figuras retóricas que no resultan sólo del manejo de los elementos de la lengua sino del manejo de los elementos estructurales del relato. Tanto la *analepsis* como la *prolepsis* rompen el orden cronológico y lógico de la cadena de acciones para introducir el orden estético.

<sup>237</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, pág. 80.

<sup>238</sup> Cabe señalar que en la contraportada de esta novela se hallan los comentarios sobre ésta de los escritores Luis Spota, Eraclio Zepeda, Carlos Solórzano, Juan Rulfo y Jaime Labastida. Estos escritores definen la novela de Salvador Castañeda como *novela de la cárcel*: Solórzano y Rulfo comentan, en

[...] en términos menos corrientes que los habituales el problema del “realismo” y del “referente” del discurso literario. ¿Qué es en efecto este discurso que habla del mundo (social o psicológico) *como si no hablara de él*; que sólo *puede hablar* de este mundo con la condición de hablar de él como si no hablara de él, es decir, de una *forma* que lleva a cabo, para el autor y el lector, una *negación* (en el sentido freudiano de *Verneinung*) de lo que expresa?<sup>239</sup>

Con lo anterior no nos interesa hacer un perfil psicoanalítico del escritor. En su lugar, pretendemos recuperar el propósito de esta tesis: exponer cómo la novela testimonial *¿Por qué no dijiste todo?* se convierte en un medio por el cual se habla del mundo social que distinguió a la guerra sucia, pero como si no hablara de ésta. En suma, la novela de Salvador Castañeda posee la cualidad de restaurar y disputar un pasado conflictivo en la actualidad mexicana al poner en juego los marcos sociales de la memoria, evocando en los individuos los referentes e incluso recuerdos que dotan simultáneamente de sentido cualquier elemento existente —incluso ausente— sobre las guerrillas en el lector.

---

síntesis, que la novela refiere a la vida y violencia vivida en la cárcel. Solórzano además señala que esta novela es «Una aportación valiosa al ciclo llamado novela de la cárcel en América Latina [...]»; por otro lado, Rulfo afirma: «El tema de esta novela es una revelación de nuestro tiempo; tanto lo siniestro y la depravación de quienes son condenados a la cárcel se muestran en toda su brutalidad.». Sin embargo, aunque esta novela puede ser clasificada como novela de la cárcel, pensamos que la vida en la cárcel — tiempo narrado en presente en la novela—, fue una consecuencia no deseada del ser guerrillero mas no el propósito de las guerrillas. Esto lo sostenemos pues a lo largo del relato son recreados distintos espacios en los que la guerrilla es representada. Asimismo, pensamos que la vida de los personajes en la cárcel, efectivamente representa la «brutalidad» a la que fueron sometidos, pero esta brutalidad se singulariza en el contexto de la guerra sucia y al estar dirigida de tal manera únicamente contra los guerrilleros. Por otro lado, Spota afirma que la novela «[...] se inscribe en la temática actual y que coincide con la inquietud de un público cada vez más atento al fluir de los tiempos.» Zepeda señala que es «Un texto que [...] revelará hechos habitualmente manejados en la clandestinidad.» Labastida define el texto «[...] como una cicatriz en nuestra conciencia. Un testimonio, un documento vivo.» Así pues, encontramos también en estos enunciados la presencia del silencio y la clandestinidad de la guerra sucia en la década de los setenta.

<sup>239</sup> Pierre Bourdieu, 1997, *op. cit.*, pág. 19-20. (*Verneinung*. Negación: «Procedimiento en virtud del cual el sujeto, a pesar de formular uno de sus deseos, pensamientos o sentimientos hasta entonces reprimidos, sigue defendiéndose negando que le pertenezca.» «[...] la negación sigue poseyendo para Freud el valor de un indicador que señala el momento en que empiezan a resurgir una idea o un deseo inconscientes, y esto tanto en la cura como fuera de ella.» Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, Daniel Lagache (dir.), *op. cit.*, s.v. *Verneinung*). La nota es de mi parte.

Sin embargo, dichos elementos testificantes no aparecen en la novela como sucede en la información que nos ofrece cualquier tipo de testimonio o un texto periodístico, incluso sociohistórico, sino aparece a manera de anamnesis<sup>240</sup>. El tema delimitado por el autor ideal y, en consecuencia, la totalidad de los elementos testificantes que aparecen en la novela, se expresan por medio de la liberación o emergencia de los recuerdos reprimidos, pero a manera de anamnesis. Así, cualquier elemento en la novela son representados bajo la lógica de la *poiesis*, es decir, transformados en símbolo, lo que hace que los discursos plasmados funcionen a su vez como un marco social de la memoria. Cabe recordar que esta cualidad se transforma en una opinión pluridiscursiva sobre la guerra sucia, lo que —repetimos— hace de la novela una forma irónica, paródica y contestataria de la realidad representada.

Así pues tenemos que el testimonio, resultado de los aspectos biográficos del escritor real, y la ficción como recurso narrativo, se conjugan en la escritura a manera de novela, logrando con esto una alteración de los hechos históricos para inventar otra realidad estética que restaura un pasado olvidado por los discursos dominantes. Esta conversión no diluye la necesidad e intención que tiene el testimonio de expresar los hechos que distinguieron a la guerra sucia y que son significativos para el escritor. Por el contrario, coloca a la novela *¿Por qué no dijiste todo?* en una dimensión política no resuelta y establece una intención de denuncia de una historia silenciada —la memoria como un derecho, un deber y una necesidad colectiva— contra los discursos legitimados desde el orden político y el conocimiento histórico.

Por ello, consideramos aquí que el acto mismo de narrar la guerra sucia en la novela se torna un símbolo de justicia respecto a los hechos históricos de ese periodo: la ecuación guerra sucia/verdad/justicia no se resuelve en la historia de la novela de Salvador Castañeda, pues en la novela la represión y violencia estatal quedan impunes,

---

<sup>240</sup> Anamnesis (o anamnesia): Reminiscencia o representación recuperada por la memoria de algo ocurrido en el pasado. Suele presentarse en los textos literarios, no a guisa de simple recordación, sino como revivificación, en signos concretos, de acciones y estados de ánimo individuales y colectivos marcados por el caldo de cultivo sociocultural donde se generan los caracteres, las ideologías, las convenciones, las visiones del mundo, la problemática y las situaciones de los personajes, signos a los cuales el creador devuelve su poder expresivo prolongando así su vigencia, ya que la perennidad se hace de sucesivas actualizaciones. Véase, Helena Beristáin, *op. cit.*, s.v. Anamnesis.

sino el resarcimiento o la única justicia posible se establece en el acto mismo de narrar<sup>241</sup>. Por ello y ante la imposibilidad de que el Estado se castigue a sí mismo, el acto de justicia depende del autor-implícito/autor-ideal/escritor-real. Es decir, en la conversión que hace Castañeda «[...] los crímenes no han quedado del todo impunes: contar, narrar, es una manera de reparar. [...] reafirman el poder de la escritura; un poder que asegura la perduración —como una forma de imponer la verdad y hacer justicia— para evitar el olvido, es decir, para triunfar sobre la muerte.»<sup>242</sup> Por ello, la necesidad de Joaquín Peñaloza o Jaime de escribir *una novela que sea verdadera*.<sup>243</sup>

La conversión que logra dicha novela al someter la forma testimonial y las estructuras más profundas y reprimidas del escritor real en el conjunto de la totalidad estética que aparecen a manera de anamnesis, es también otra forma de incorporar sus intenciones en la obra. Estas intenciones sólo pueden ser descifradas bajo la lógica de la misma obra, la cual no sólo se propone comunicar determinado mensaje, sino también actualiza «[...] algunos criterios internos de desciframiento, señalando en el texto su voluntad de significar por medio de ciertos códigos o de ciertas formas ideológicas [...]»<sup>244</sup> En este sentido, el escritor real o efectivo supone a un lector virtual, «[...] según determinadas expectativas, categorías culturales y de gusto, consonancias

---

<sup>241</sup> Esta idea la tomamos prestada de Ana María Amar Sánchez, 1992, *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Beatriz Viterbo, Editora, Argentina. Para analizar el cruce del testimonio comprobable y la ficción, la autora desarrolla las discusiones en torno a lo que se denomina, por un lado, el “Nuevo Periodismo”, de elaboración periodística estadounidense (Capote, Mailer y Wolfe) y, por el otro, coloca como eje de su trabajo el “relato de no-ficción”, utilizando al periodista y escritor Rodolfo Walsh como autor representativo. La autora afirma que el término de *no-ficción* lo mantiene por razones de convención. Más adelante sostiene que de «[...] acuerdo a la hipótesis de este trabajo [el relato de los hechos] es más adecuado el de relato documental o *testimonial*.» Pág. 13. El énfasis es de mi parte. Por otro lado, comentamos, sin detalle, que la autora demuestra cómo en ambos géneros se cuestiona la «verdad» y «objetividad» de los hechos narrados por la historia oficial, utilizando como recursos el material periodístico histórico/testimonial, resultado de las investigaciones hechas por los mismos autores —registros como grabaciones, documentos y testimonios comprobables— y la ficción como forma narrativa. Sin embargo, la diferencia entre los textos trabajados por Amar Sánchez y la novela trabajada aquí es que la información testimonial, en nuestro caso, no está sujeta de manera obligada a la comprobación, como es el caso del material periodístico histórico/testimonial utilizado en la no-ficción.

<sup>242</sup> *Ibid.*, pág. 156.

<sup>243</sup> Cabe señalar que el título de este apartado lo tomé de la novela *¿Por qué no dijiste todo?:* como mencionamos en el resumen de la novela, el narrador nos cuenta al inicio que el héroe o personaje principal, Joaquín Peñaloza o Jaime, quiere escribir una novela. «Una novela con todo lo vivido en la cárcel y antes de llegar a ella. *Una novela que sea verdadera*, que quien la lea pueda vivir las mismas situaciones que ellos.» Págs. 18 y 19. Las cursivas son de mi parte.

<sup>244</sup> Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *op. cit.*, s.v. Intencionalidad.

ideológicas, etc.»<sup>245</sup> Pero, a su vez, aparece el lector ideal o modelo, quien se supone logrará la comprensión de la obra en la totalidad de su mensaje.<sup>246</sup> No es la obra en sí misma la que establece las bases culturales en que se sustenta la novela para dotarla de sentido, sino es la relación que se establece entre el lector ideal o modelo y el autor ideal a través de la novela:

En el momento en que el lector empírico se predispone a leer un texto literario, a connotarlo según diversas categorías de la literariedad (géneros, convenciones lingüístico-formales, ciertos estereotipos, etc.), ya asume un papel peculiar, el del Lector, precisamente, lo que implica de inmediato un salto cualitativo con referencia al mundo de la experiencia, y una tensión dialéctica hacia la hermenéutica totalizadora que es del lector modelo. La comprensión más profunda de la obra es posible porque ésta se proyecta sobre un código literario determinado históricamente que da razón de los procedimientos de escritura del texto del cual se constituye en garante el autor ideal.<sup>247</sup>

Para que exista tal relación entre el autor y el lector; para que se concrete la forma de comunicación establecida en la obra, es necesario que entre ambos exista un código común y en función del conjunto de signos que hace que el mensaje asuma un significado: el sentido de una palabra o expresión, se establece, según Pierre Guiraud, entre una realidad —objeto, acontecimiento, noción, etcétera— y el signo capaz de representarla. Esta asociación no remite a una cosa o un nombre en sí, sino a un concepto, como diría Saussure. Es el lenguaje el que opera en su función de marco social de la memoria y el que compromete el significado de los signos que atraviesan el mensaje, para representar la experiencia y sus realidades. Finalmente, esta necesidad de organizarnos mentalmente para dotar de sentido todo lo que nos rodea, nos ha llevado también a la estructuración de los signos, los cuales, además, son imprescindibles para establecer la comunicación y la pervivencia de las instituciones y

---

<sup>245</sup> *Ibid.*, s.v. Narrador.

<sup>246</sup> Véase, *loc. cit.*

<sup>247</sup> *Loc. cit.*

la vida social.<sup>248</sup> Incluso, el mensaje estético, siempre compuesto por signos, inmanentemente sostiene una relación dialéctica con lo concreto.

---

<sup>248</sup> Véase, Demetrio Estébanez Calderón, *op. cit.*, s.v. Signo.

## II

### *Sobre la novela testimonial de guerrilla y el poder de los espacios legibles*

Cuando uno quiere ser ingenioso ocurre que se miente un poco.

ANTOINE DE SAINT-EXUPERY, *El Principito*

Al cabo de un rato te volvió a llamar.

–¡Christopher Robin! –dijo en un fuerte susurro.

–¿Qué?

–Me parece que las abejas sospechan algo.

–¿Algo de qué?

–No sé. Pero estoy seguro de que *sospechan*.

–A lo mejor creen que vas a quitarles la miel.

–A lo mejor es eso; con las abejas nunca se sabe. Se hizo otro silencio y en seguida volvió a llamarte.

–¡Christopher Robin!

–¿Sí?

–¿Tienes un paraguas en casa?

–Creo que sí.

–Te agradecería que lo trajeras aquí y te pasearas con él arriba y abajo, diciendo: “Vaya, vaya, parece que va llover”. Creo que, si hicieras eso, ayudaría muchísimo a engañar a las abejas.

A. A. MILNE, *Historias de Winny de Puh*

Lo revisado anteriormente nos permite establecer la tensión que se da entre la novela testimonial de guerrilla y los discursos dominantes, sean políticos o sociohistóricos. El periodo posrevolucionario y la emergencia de distintas guerrillas a lo largo del territorio mexicano en el contexto de la guerra fría, son antecedentes del despliegue de la guerra sucia que aún está presente en los marcos sociales de las memorias de nuestro país. Como hemos revisado más arriba, las memorias de algunos sectores de la sociedad respecto a dichos acontecimientos se hallan en disputa por su reconocimiento y legitimación frente al poder político y jurídico del México contemporáneo. En este sentido mucho se habla de los vacíos históricos respecto a este tema. Sin embargo, sostenemos aquí que estos silencios en la historia oficial no son autotélicos, sino

resultan del conflicto que otras narrativas coherentes desarrollan al desplazarse del espacio privado al público, dotando con ello de sentido la experiencia vivida y no enunciada por los discursos dominantes de la época. De tal manera que, por un lado, dichas narrativas no son significativas a menos que éstas logren estimular los referentes circulantes en determinadas sociedades que hacen posible en los individuos el proceso de significación y resignificación, y, por el otro, hablar de silencios y vacíos históricos son más el efecto que produce el desarrollo de conflictos y luchas entre los grupos interesados, que el descubrimiento por los eruditos y estudiosos de esos silencios en la escritura del pasado.

Dicho lo anterior, nos proponemos demostrar cómo la novela de Salvador Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?*, entra en conflicto con los discursos dominantes, genera vacíos históricos sobre el periodo de la guerra sucia y es capaz de ejercer un poder de conocimiento al hacer legibles estos intersticios al momento de ser interpretados por el lector. Para lograr esto se hace necesario trazar con Michel de Certeau que la historia narrada, en la novela que nos interesa, es un *arte de hacer una buena pasada* al poder que tienen los discursos dominantes y, por lo tanto, también a las instituciones que producen y distribuyen, ordenan, dominan y legitiman tales significados.

Por otro lado, como revisamos más arriba, para que se realicen las relaciones de dominación es condición necesaria que muchas de las prácticas culturales se concentren en poderosos nudos institucionales, los cuales invierten continuamente recursos por ordenar los significados. Tal ordenamiento apuntala la organización política de la diferencia e introduce prácticas en un campo semiótico, creando una suerte de mapa coherente dentro del esquema oficial de las cosas<sup>249</sup>. En este proceso político de concentración y ordenamiento de las representaciones sociales se instauran actos de percepción y apreciación, de conocimiento y reconocimiento, pues las representaciones sociales son principios generadores de prácticas distintas y distintivas, funcionan como esquemas clasificatorios y jerarquizantes. Son principios de visión y división, principios que generan aficiones diferentes. Lo esencial, como sostiene

---

<sup>249</sup> Véase el apartado III, del capítulo 1 de esta tesis.

Pierre Bourdieu, consiste en que las diferencias son percibidas a través de estas categorías sociales, por lo que las diferencias en las prácticas, en los bienes poseídos, en las opiniones expresadas, se convierten en diferencias simbólicas y constituyen un auténtico lenguaje, constituyen signos distintivos<sup>250</sup>.

Lo anterior nos permite elaborar una analogía con la idea de estrategia que propone Michel de Certeau; a saber: «Llamo *estrategia* al cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable.»<sup>251</sup> Siguiendo al autor, este aislamiento de las instituciones dotadas de autoridad y de poder, postulan un *lugar* susceptible de ser circunscrito como algo *propio*. A partir de este lugar es que se pueden organizar y administrar las estrategias o los varios recursos que estas instituciones invierten para amenazar o distanciar cualquier elemento de exterioridad. Así pues las instituciones que concentran el poder establecen un *espacio propio*, un lugar donde los grupos dominantes definen, jerarquizan, censuran, controlan e incluso destruyen todo aquello que ponga en riesgo dicho poder. Para Michel de Certeau, la instauración de un lugar propio y, en consecuencia, de un lugar ajeno al ciudadano común, implica las siguientes consecuencias: lo propio establece una victoria sobre el tiempo, esto permite capitalizar los recursos y ventajas para delimitar el espacio de los futuros posibles, y establecer cierto grado de independencia en relación con la variabilidad de las circunstancias; asimismo, lo propio permite el dominio de los lugares mediante la vista, pues el ordenamiento del espacio permite la práctica panóptica<sup>252</sup> desde las instituciones dominantes para observar y medir, para controlar, castigar o destruir; y, por último,

Sería legítimo definir *el poder del conocimiento* por medio de esta capacidad de transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles. Pero es

---

<sup>250</sup> Véase, Pierre Bourdieu, 2007, *op. cit.*, pág. 20.

<sup>251</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, pág. 42. Las cursivas son del autor. Si bien el autor utiliza estas categorías para tratar de entender cómo es que se camina, se hace la ciudad y la vida cotidiana, también consideramos que puede ser utilizado aquí para nuestros fines.

<sup>252</sup> Michel de Certeau utiliza esta categoría en el sentido foucaultiano de sociedad disciplinaria, que designa un poder que somete a vigilancia continua a los individuos y que permite la clasificación y el estudio de dichos individuos para su mismo control.

más exacto reconocer en estas “estrategias” un tipo específico de conocimiento, el que sustenta y determina el poder de darse un lugar propio. Además las estrategias militares o científicas siempre se han iniciado gracias a la constitución de campos “propios” (ciudades autónomas, instituciones “neutras” o “independientes”, [...]). Dicho de otra forma, *un poder es la condición previa del conocimiento*, y no sólo su efecto o atributo. Permite e impone sus características. Ahí se produce.<sup>253</sup>

Tal partición del tiempo y del espacio en una suerte de cuadrícula, o bien, la creación de un mapa coherente de la cultura, según William Sewell, no se impone sin encontrar resistencia. Todo lo contrario, el individuo común a su vez crea lo que Michel de Certeau denomina tácticas, las cuales corresponden a las prácticas en función de los intereses de ese individuo concreto y cotidiano. Éstas se entienden aquí como «[...] la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio.»<sup>254</sup> En esta carencia de un lugar propio, «[...] sin visión globalizadora, ciega y perspicaz como sucede en el cuerpo a cuerpo sin distancia, gobernada por los azares del tiempo, la táctica se encuentra determinada por *la ausencia de poder.*»<sup>255</sup> Los individuos se las tienen que «arreglar» para escapar a la lógica impuesta. Por ello ninguna condición de exterioridad —continúa de Certeau— le proporciona autonomía, pues el lugar en que se mueven se impone como la ley de las instituciones dominantes, lugar al que, además, las personas comunes no tienen alcance.

Aunque en esa cuadrícula o mapa de la cultura el individuo común no tiene el dominio de la lógica espacio temporal, tampoco éste se halla completamente controlado o sometido, pues ni la racionalidad del Estado ni la racionalidad científica logran el dominio total sobre el espacio y el tiempo. El individuo aprovecha las situaciones contingentes como si fueran una «ocasión», pues depende de ésta<sup>256</sup>. La ocasión es cuando «[...] la astucia es posible al débil, y a menudo ella sola, como un último

---

<sup>253</sup> *Ibid.*, pág. 43. Las cursivas son del autor.

<sup>254</sup> *Loc. cit.*

<sup>255</sup> *Ibid.*, pág. 44. Las cursivas son del autor.

<sup>256</sup> *Loc. cit.*

recurso.»<sup>257</sup> En otras palabras, los individuos se las arreglan para escapar a la lógica impuesta y «[...] convertir la posición del más débil en la más fuerte.»<sup>258</sup>

A esa capacidad que tienen las personas de aprovechar la ocasión, de usar la astucia y de escapar a la visión de los grupos dominantes Michel de Certeau le llama el arte de dar una buena pasada; hacer una buena pasada es usar la astucia para tomar al vuelo la ocasión que ofrece el instante para escapar de los mecanismos de poder controlados por las instituciones. De esta manera, el dominado se las arregla para escapar a la lógica impuesta: tiempos, lugares y lógicas. Se las arregla para escapar de las representaciones sociales dominantes y sus prácticas impuestas como la norma con que se miden todas las cosas. Por ello, «hace falta valerse de»<sup>259</sup>. Así pues, las «[...] tácticas son procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo: en las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma en situación favorable.»<sup>260</sup> En síntesis, podemos decir que,

[l]as *estrategias* son pues acciones que, gracias al principio de un lugar de poder (la propiedad de un lugar propio), elaboran lugares teóricos (sistemas y discursos totalizadores) capaces de articular un conjunto de lugares donde se reparten las fuerzas. [...] Las *tácticas* son procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo: en las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma en situación favorable [...].<sup>261</sup>

Para el caso que nos interesa aquí, podemos decir que durante la década de los setenta y ochenta, las instituciones dominantes y sus discursos instauraron una distribución del espacio político en función de un conjunto de significados en concordancia con el contexto de la guerra fría, el cual negó y criminalizó las cualidades que distinguieron a las guerrillas como movimientos sociales; sus formas de organización interna que los destacó como acción colectiva y los conflictos sociales, políticos, económicos e ideológicos que los gestaron fueron encubiertos con un velo estigmatizante. Asimismo, las formas de acción colectiva utilizadas por las guerrillas

---

<sup>257</sup> *Loc. cit.*

<sup>258</sup> *Loc. cit.*

<sup>259</sup> Véase, *Ibid.*, págs. 35-48.

<sup>260</sup> *Ibid.*, pág. 45.

<sup>261</sup> *Loc. cit.*

urbanas —la lógica militar-armada y la violencia organizada—, fueron cualidades de las que se valió el Estado mexicano para legitimar y justificar el uso de prácticas represivas, silenciosas y clandestinas de persecución, encarcelamiento, asesinato y desaparición en contra de los guerrilleros. Inserto en la lógica de la guerra fría, el Estado mexicano se transformó en una suerte de Estado de seguridad nacional en relación con los movimientos políticos armados, y el cual «[...] realizó una guerra feroz de arrasamiento [...]»<sup>262</sup>, pero también de censura en contra de cualquier discurso o práctica que notara la existencia de esos grupos. Por ello, podemos decir que a partir de los sistemas semióticos de oposición que el mismo Estado produce y distribuye, instituciones como la Iglesia, la escuela, los medios de comunicación y empresarios, legitimaron discursos que al calificar a los militantes —principalmente de la izquierda armada— de criminales, terroristas y transgresores de la ley, simultáneamente omitieron, negaron, silenciaron o censuraron la existencia de esas guerrillas en la construcción de la historia oficial. La negación se tornó entonces una suerte de invisibilización e incluso de olvido no sólo en los discursos políticos y sociales, sino también en los centros de producción de conocimiento que suponen autonomía en relación con sus objetos de estudio.

La particularidad de dichas relaciones de dominación —acompañadas de las prácticas clandestinas de represión emprendidas por el Estado— que los grupos armados experimentaron, permitieron la construcción social de categorías de percepción y de apreciación inscritas en determinadas formas de estigmatización que, hasta nuestros días, han venido violentando simbólicamente la existencia de esos grupos, negándolos e, incluso, desconociéndolos. En palabras de Bourdieu, apareció el «[...] *efecto destino* que produce la categorización estigmatizante [...], puede verse así conducido a aplicarse y a aceptar, coaccionado y forzado, las categorías de percepción rectas (*straight*, en oposición a *crooked*, torcido, como en la visión mediterránea) [...]»<sup>263</sup>.

---

<sup>262</sup> Salvador Castañeda, 2004, “Los grupos guerrilleros en los setenta. Una aproximación crítica”, Conrado Hernández López (coord.), *op. cit.*, pág. 232.

<sup>263</sup> Pierre Bourdieu, 4ª. ed.: 2005 (c2000), *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, pág. 144. Las cursivas son del autor.

Tal efecto destino fue el resultado, pero también fue uno de los elementos generadores y legitimadores de ese lugar propio que el Estado capitalizó para proyectar dichas categorías o representaciones hasta tal punto que, más allá de las circunstancias, las izquierdas mexicanas —armadas o pacíficas— continúan fuera de circulación de los discursos oficiales. El Estado y sus instituciones han dominado, por antonomasia, el lugar y el tiempo, lo cual se concreta en las muchas definiciones de los «enemigos del Estado», manteniendo con esto la idea de unidad y orden social en los discursos nacionales.

La realidad de los hechos durante la guerra sucia fue sometida a la clandestinidad, a la ausencia de registros o desaparición de información que pudiera ser verificable en relación con las prácticas emprendidas por los aparatos coercitivos del Estado. La lógica desaparecedora de información y, peor aún, de personas, dotó al Estado de un aparente control del tiempo y del espacio material y simbólicamente. Esto garantizó que la cuadrícula espacio temporal o el campo semiótico de la cultura, organizado a partir de las diferencias significativas entre el ideal aceptado y el ideal sancionado, entre lo *straight* —recto— y lo *crooked* —torcido—, se impusieran en las estructuras cognitivas de grupos e individuos en el espacio social, clausurando casi treinta años cualquier posibilidad de hacer visible en el espacio público lo sucedido durante la guerra sucia.

Así pues, el dominio estratégico sobre el espacio adoptó, en este caso, formas muy singulares, pues la inclusión de lo ajeno o lo extraño bajo las categorías criminalizantes que hicieron perceptibles a esos movimientos armados como grupos de «bandidos», «terroristas» o «abigeos», equivalió a representar las violaciones del Estado como actos o castigos ejemplares aplicados a dichos movimientos, ya que estos, desde la lógica estatal, rebasaron los límites impuestos y, en consecuencia, tolerados por el Estado, siendo —en términos de la naturalización o creencia de dichas representaciones— los mismos guerrilleros «responsables de su destino» al no respetar los principios de *la* sociedad mexicana ni ser «leales a la patria». En los medios de comunicación de masas se desplegó una campaña de deslegitimación y negación,

incluso bajo una lógica del secreto a voces, que logró encubrir a dichos movimientos con un velo de mensajes ambivalentes, contradictorios y estigmatizantes.

La estrategia del dominio sobre el conocimiento se establece a partir de un poder que tiene la capacidad de generar un campo propio. Es decir, no sólo se ejerce el poder por medio del conocimiento, sino el mismo poder es la condición de posibilidad para que determinados conocimientos se generen en y sean generadores de lugares específicos. De ahí, pues, que esta lógica facilitara el silencio de los hechos ocurridos durante ese periodo. No sólo el Estado se movió en una suerte de plano irreal contra el que aparentemente no se puede hacer nada, sino también las ciencias sociales, la historia y las ciencias políticas reprodujeron el punto de vista del dominante al producir una suerte de olvido en las investigaciones de la época —a lo que agragamos el compromiso teórico y práctico con el paradigma histórico materialista—, afianzando con ello el silencio.

Sin embargo, tal partición del tiempo y el espacio en una suerte de cuadrícula o mapa semiótico de la cultura, no se impone de manera absoluta y cerrada a los individuos, pues las situaciones contingentes se presentan a tales individuos como posibilidades. Lo que se quiere decir es que en dichas relaciones de fuerza se introdujo una forma de inteligencia práctica bajo la lógica del disimulo y cierta invisibilidad respecto a los discursos dominantes de la época. Esta forma de practicar el espacio y el tiempo se traduce, en nuestro caso, en una práctica estética que no expresa un movimiento en la cuadrícula impuesta o una confrontación franca en el mapa cultural, sino lo hace propiamente con el sentido de la ocasión.

Es decir, aunque la constitución de un tiempo y espacio en la novela de Salvador Castañeda es ficticio, esta forma de narrar un periodo silenciado es una táctica que se insinúa —*insinuer*—: no sólo las realidades estéticas penetran en el ánimo del lector, sino también esos textos se introducen en el espacio físico —social—: nuestras novelas de guerrilla al ser leídas estimulan y movilizan los referentes que dotan de sentido en el presente —del lector— a las guerrillas urbanas y la guerra sucia en el espacio social —real— y, al mismo tiempo, se introducen en el orden del mapa cultural para crear los intersticios —lugares ambivalentes, contradictorios o silenciados— que han

predominado en la construcción histórica y los discursos dominantes, para transformarlos en espacios legibles. «Esta mutación hace habitable el texto como si fuera un apartamento rentado. Transforma la propiedad del otro en lugar que, por un momento, un transeúnte toma prestado.»<sup>264</sup>

La constitución de una realidad social textual en la novela de Castañeda, significa también la constitución de un poder que confiere a la novela y a las guerrillas un conocimiento susceptible de ser usado y ocupado por el lector. De esta manera, si entendemos «[...] *el poder del conocimiento* [como] esta capacidad de transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles [...]»<sup>265</sup>, podemos decir entonces que *¿Por qué no dijiste todo?* constituye un espacio que tiene el poder del conocimiento; que tiene la capacidad de concentrar las maneras de hacer de la lógica de las guerrillas y transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles:

En la medida que son signos de singularidades —murmillos poéticos o trágicos de lo cotidiano—, las maneras de hacer se introducen masivamente en la novela o las narraciones [...]. Ahí encuentran un nuevo espacio de representación, el de la ficción, poblado por virtuosidades cotidianas cuya ciencia no sabe sino hacer y se convierten, del todo reconocibles por parte de los lectores, en firmas de microhistorias de todo el mundo. La *literatura* se transforma de esta forma en un repertorio de estas prácticas [...].<sup>266</sup>

Tematizar la guerra sucia en la novela *¿Por qué no dijiste todo?* introduce un pasado vigente en la construcción histórica y postula un lugar contestatario de la realidad objetivada en la novela. El relato a su vez insinúa en el mapa semiótico dominante la denuncia de la represión emprendida por el Estado y experimentada por los guerrilleros. Estas son «[m]il maneras de *hacer/deshacer el juego del otro*, es decir, el espacio instituido por otros, caracterizan la actividad, sutil, tenaz, resistente, de grupos que, por no tener un lugar propio, deben arreglárselas en una red de fuerzas y de representaciones establecidas. Hace falta ‘valerse de’.»<sup>267</sup>

---

<sup>264</sup> *Ibid.*, pág. LII.

<sup>265</sup> *Ibid.*, pág. 43. Las cursivas son del autor.

<sup>266</sup> *Ibid.*, pág. 80. Las cursivas son del autor.

<sup>267</sup> *Ibid.*, pág. 22.

Entendida, pues, como una manera de hacer una buena pasada en un espacio que le es ajeno, la novela testimonial de guerrilla, *¿Por qué no dijiste todo?*, se introduce en la relación de fuerzas impuesto en y por el mapa cultural. Esta forma de hacer una buena pasada sucede gracias a un principio de economía: «[...] con el mínimo de fuerzas, obtener los máximos efectos.»<sup>268</sup> Entonces, ¿cómo es que la novela testimonial de guerrilla logra decir a manera de *verneinung* —negación— de la realidad, lo que los discursos políticos y científicos dominantes no dicen, utilizando un mínimo de fuerzas para obtener los máximos efectos?

Desde su carácter sociológico la capacidad de acumular información de la novela —que el escritor crea y el lector recrea—, no aparece de manera diáfana, sino a manera de *poesis*, es decir, vuelve símbolo los elementos referenciales contenidos en el texto. Esta estructuración mimética del discurso logra formar en el pensamiento, a través del principio de verosimilitud —fingiendo—, una realidad social que sigue las lógicas que gobiernan la organización del mundo real y dotado de sentido en y por los marcos sociales de la memoria de los individuos. Pero esta realidad creada por el escritor es un mundo posible que alude a la simulación, a la ilusión de la realidad, siendo un ente de ficción autónomo contestario y paródico de su propia realidad.

Los discursos plasmados en la novela parten del principio de economía que densifica y distribuye la información, sea ficticia o testimonial, para trazar con ello, durante la creación estética, el cronotopo y la polifonía literaria. Supone también la mediación de conocimientos particulares diseminados a lo largo de la novela a manera de muchos momentos y muchos elementos diferenciados y distanciados entre sí, pero organizados a partir de un eje estructurante que es el tema de la novela. El cronotopo, une los elementos espacio/temporales de la novela, el tiempo se condensa, se comprime e intensifica el espacio, pues éste penetra en el movimiento del tiempo. Esto sólo es visible artísticamente, ya que el tiempo novelado se percibe por el movimiento intensificado de los elementos espaciales —del argumento de la historia— y, a su vez, los elementos del tiempo se revelan en el espacio y es medido y entendido a través del tiempo: las intersecciones de las series y uniones de esos elementos constituyen el

---

<sup>268</sup> *Ibid.*, pág. 92.

cronotopo y logran una efectiva economización de las prácticas representadas en la novela. Es decir, las fuerzas invertidas disminuyen, pero el conocimiento/memoria aumenta y densifica en un tiempo reducido para aumentar los efectos reconocidos por los mismos lectores.<sup>269</sup>

Lograr con ello más efectos con menos fuerzas, es una «jugada», como Michel de Certeau la llama, la cual además funciona como mediación del conocimiento, pero un conocimiento que no cuenta con un lugar ni un espacio propio, sino es un tipo de memoria, cuyos conocimientos son inseparables de su propio decir y de las prácticas narradas en la novela. Esta memoria aparece como

Informada por una multitud de acontecimientos donde circula sin poseerlos (cada uno de ellos es *pasado*, pérdida de lugar, pero fragmento del tiempo), calcula y prevé también “las vías últimas del porvenir” al combinar las particularidades antecedentes o posibles. Una duración se introduce así en la relación de fuerzas, una duración que va a cambiarla [...], que le resulta favorable, contra una composición de lugar, que le resulta desfavorable.<sup>270</sup>

Tal creación estética diluye la información contenida en la novela: aquí ya no hay ruptura ni distinción entre ficción y testimonio. Por el contrario, toda esta unidad necesaria y estable que es la obra funde en un solo objeto las intenciones del autor y las conciencias de cada personaje dotados de autonomía en el cronotopo. Es entonces que dicha economía de la novela se concreta en los elementos intratextuales o co-textuales establecidos por el autor implícito, ya que éste es la instancia superior al narrador que interviene en toda la obra, domina los códigos literarios y es también una construcción que el lector elabora durante la lectura del texto; al mismo tiempo, para la concreción de la economía de las prácticas en la obra, el autor ideal también juega una función fundamental, pues éste es el papel que el escritor real o efectivo asume al ser el sujeto de los actos creativos, lingüísticos/literarios que conforman el texto, y al ser también el depositario de la construcción de la obra como escritura o ejecución de una competencia literaria que es la virtualidad del código inmanente en el texto. Tal

---

<sup>269</sup> Véase, *Ibid.*, pág. 93.

<sup>270</sup> *Ibid.*, pág. 92.

estructuración establece el nivel co-textual que pareciera que remite a algo extratextual, haciendo de la información resemantizada en el texto una forma de conocimiento singular que resulta de la *poesis*, tiempo y lugar que define la denotación y connotación de los elementos que gobiernan la organización del espacio social estructurado en la novela, distanciado e incluso ajeno al escritor. Esta memoria aparece sólo en la medida en que se le revela al lector: la lectura es un *momento oportuno*. «El resplandor de esta memoria brilla en la ocasión»<sup>271</sup>, y hace de esta ocasión una relación de fuerzas favorable, aun cuando las condiciones pueden ser contrarias.

Así pues, para que la obra logre comunicar algo, para que la novela logre ser un mensaje para el lector, es necesario que entre el escritor y el lector exista el reconocimiento de un código común, el cual sólo es posible en la medida en que el sentido de las palabras o expresiones que estructuran la obra mantengan una relación entre los objetos, acontecimientos, nociones, etcétera, pertenecientes al mundo real/histórico y los signos capaces de representarlos. Tales representaciones o conceptos, resultado de lo anterior, forman parte de las estructuras de los marcos sociales de la memoria tanto del pasado y del presente, como del futuro y sus expectativas. El lector, pues, echa mano, por decirlo de alguna manera, de tales representaciones estructurantes de los marcos sociales de la memoria para comprometer en su lectura la significación del mensaje que dota de sentido las experiencias y realidades evocadas y mostradas en el texto de ficción. Tales conversiones de la memoria, que a manera de conocimiento se singularizan en la novela, escapan a la racionalidad del dominante al utilizar formas discursivas distorsionadas y ficticias. Éstas producen una ruptura instauradora y transgreden con el momento oportuno la lógica del tiempo y del espacio histórico. Esta ruptura se insinúa también en el campo semántico, instaurando un pasado silenciado que hace visible los vacíos históricos, pero a cambio tiene como cualidad hacer de estos vacíos espacios legibles, dotando de otros sentidos a las guerrillas urbanas del México de los setenta. La lectura de dichas ficciones se convierte, en este caso, en el momento oportuno, en la

---

<sup>271</sup> *Ibid.*, pág. 93.

ocasión que la novela representa para que el lector actualice un pasado ambiguo en la historia mexicana.

La obra literaria *¿Por qué no dijiste todo?* plantea tácitamente el espacio social y el tiempo de una serie de prácticas textuales mediante los discursos explícitos inmersos en la novela. Esto origina diversas interpretaciones que funcionan como una red de operaciones trazadas por los personajes y, cuyas formas de ser representados, crean las buenas pasadas, pues sus propias acciones y discursos son las que estimulan la significación en los marcos sociales de la memoria de los individuos; son las propias acciones de los personajes las que significan. Esta inversión, economía y conversión de las prácticas establece una paradoja: aparece como una *negación*, sin embargo, al mismo tiempo, pone en cuestión o duda el orden simbólico pasado y vigente en relación con las guerrillas urbanas de los setenta, e *insinúa* su propia realidad frente a las formas de dominación simbólica en torno a la guerra sucia y los guerrilleros afectados por las prácticas colectivas clasificatorias o silentes que se producen y reproducen en un mapa coherente de la cultura mexicana.

Los vacíos en la historia no están ahí en sí mismos y en espera de ser descubiertos. Por el contrario, esta forma de narrar la guerra sucia escapa a la lógica del dominante y construye diversos sentidos en torno a experiencias significativas durante la década de los setenta. Es una forma de escaramuza que burla la distribución de significados en el espacio público y la cual se insinúa en los marcos sociales de los individuos, dislocando las definiciones dominantes y dotando de sentido lo que los discursos dominantes no dicen sobre estos movimientos: es entonces que se producen los vacíos históricos y se evidencian en el espacio público.

Por lo tanto, podemos decir que a pesar de las estrategias del Estado, la publicación en 1980 de la novela *¿Por qué no dijiste todo?* —así como la aparición en los años setenta y hasta la fecha de una serie de novelas que tienen como tema central las guerrillas urbanas de dicha década—, ha significado la construcción de otras maneras de decir que dan cuenta de una realidad política y social olvidada

históricamente<sup>272</sup>. Esta táctica emprendida por el escritor, a manera de buena pasada, logra decir mintiendo los mecanismos de represión y asesinato utilizados durante la guerra sucia. Como señala Michel de Certeau, existen otras lógicas discursivas que permiten al débil el arte de hacer buenas pasadas: los relatos, los mitos, las leyendas, las fábulas, la ficción, los milagros, etcétera.

Ese es el arte de las buenas pasadas que la novela *¿Por qué no dijiste todo?* ejerce cuando el conocimiento, cuando la memoria narrada es significada por los lectores para establecer, sin confesarlo, el sentido de la ocasión. Esta práctica, producto y objeto social que es la novela, logra establecer una ruptura restauradora a partir de la lógica del discurso de ficción en torno a las guerrillas urbanas de los setenta en México e introduce un poder que tiene la capacidad de exponer los vacíos históricos, nombrarlos y transformarlos en espacios legibles para potenciar su cualidad de re-significar la memoria colectiva al crear sus propias realidades textuales en la literatura de ficción y apropiarse, por medio de éstas, de un espacio simbólico significativo en oposición a los discursos dominantes de dicho periodo.

Dicho de otra manera y para cerrar este apartado, el poder de la novela testimonial de guerrilla *¿Por qué no dijiste todo?*, es un poder que se constituye bajo otra lógica discursiva, bajo una lógica de poder hacer una buena pasada al apropiarse con la ficción de espacios y tiempos que le permiten construir un saber sobre el dominante y, al mismo tiempo, escapar a la lógica impuesta como una suerte de cuadrícula espacio/temporal o como un ordenamiento de las diferencias en una especie de mapa coherente de la cultura: estas novelas delatan relaciones y vínculos sociales que fueron oscurecidas por los discursos oficiales/circulantes de no hace mucho tiempo. Por ello, el poder que instaura la lógica del discurso de ficción alrededor de las guerrillas de los setenta, es un poder que tiene la capacidad de establecer los vacíos históricos y la cualidad de transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles. Es a través del texto de ficción que las guerrillas han creado un espacio legible para el lector y una manera de hacer justicia para hacer de la memoria un derecho, un

---

<sup>272</sup> Véase el listado de novelas en la Introducción de esta tesis.

deber y una necesidad histórica. Es en este sentido que hablamos del poder de los espacios legibles.

## Reflexiones finales

La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana, un poco como las grandes actitudes inmóviles de las estatuas me enseñaron a apreciar los gestos. En cambio, y posteriormente, la vida me aclaró los libros.

MARGUERITE YOURCENAR, *Memorias de Adriano*

Si bien el acercamiento a la novela de Salvador Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?* nos ha permitido entender cómo la narrativa de ficción hace una buena pasada al discurso dominante u oficial, el estudio de las novelas que tematizan las guerrillas mexicanas queda abierto para futuros debates. En efecto, aunque consideramos que la novela testimonial de Salvador Castañeda es una manera de realizar una suerte de jugada o escaramuza por medio de prácticas discursivas que escapan a la racionalidad política e incluso académica, no significa que hayamos abarcado todas las novelas enlistadas al inicio de esta tesis.

Asimismo, intentamos demostrar cómo estas narrativas comprometen la lógica silente impuesta por los discursos dominantes, en relación con ese periodo, y cómo se incorporan en el presente como símbolos que generan incertidumbres en el orden semántico construido a lo largo del devenir histórico, para transformarlos en espacios legibles; las historias narradas desempeñan en el lector un papel enunciador y movilizador de las representaciones sociales sobre las guerrillas urbanas, y en relación con los códigos y símbolos que el lector tiene sobre esos movimientos. Proponemos con esto que la literatura de ficción constituye, bajo una lógica que escapa a la racionalidad política y científica, un poder que penetra en el ánimo del lector, así como en el espacio y tiempo histórico. Justamente, nos tropezamos con formas discursivas que, intencionalmente o no, han logrado otra manera de recuperar distintas memorias para demostrar que la construcción de la historia es parcial y arbitraria.

De esta manera, la novela *¿Por qué no dijiste todo?* de Salvador Castañeda, nos ha permitido explorar la forma estética literaria que se puede llegar a producir en situaciones violentas, de crisis política y social, de censura, autoritarismo político o terrorismo de Estado, pero también nos ha permitido establecerla como una manera de dotar a la palabra de los grupos dominados de su poder enunciador.

Esto último nos lleva a concluir este trabajo sobre la novela de guerrilla urbana de la década de los setenta retomando algunos de los puntos expuestos en las páginas anteriores.

De entrada, vimos que las guerrillas urbanas que aparecieron en la década de los setenta, en el contexto de la guerra fría, no sólo fueron extinguidas a través del uso de una violencia policiaca y militar altamente especializada y articulada, así como también fueron estigmatizadas por un Estado mexicano el cual se distinguió, paradójicamente, como un Estado de seguridad nacional y, a su vez, como un Estado capaz de incluir, en términos generales, a las izquierdas pacíficas en la lógica priísta. Esto se traduce en que la guerra sucia también fue un periodo en el cual las instituciones dominantes construyeron diversos discursos que van desde las clasificaciones criminalizantes hasta la omisión de la existencia de dichos movimientos. Esto funcionó como un dispositivo simbólico que estableció una lógica silente en torno a las responsabilidades en relación con los crímenes cometidos por un grupo de personas —desde los presidentes en turno hasta los miembros de los aparatos burocrático, policiaco y militar— que aprovecharon las estructuras de poder del Estado mexicano posrevolucionario. Tal simbólica del silencio atravesó las instituciones académicas, las cuales también omitieron cerca de treinta años la existencia de las guerrillas de las investigaciones políticas y sociales.

En este sentido, los efectos históricos que ello tuvo fue la anulación de las cualidades políticas y sociales de esos movimientos. Dicho de otro modo, en los procesos de jerarquización de los significados circulantes en el espacio social las organizaciones de corte político-militar fueron excluidas y desaparecidas, incluso de la escritura de la historia. Con esto se impuso de manera efectiva y duradera una violencia

simbólica que ha reducido hasta la fecha la posibilidad de reconstruir a profundidad la lógica de los movimientos armados en México y la llamada guerra sucia.

A pesar de lo anterior, tanto familiares y sobrevivientes, así como también algunas organizaciones civiles pro derechos humanos, han presionado desde los años setenta para que el Estado mexicano responda por sus crímenes. Más aún, en los últimos quince años se ha ido logrando la ruptura de ese silencio en algunos medios de comunicación y en distintos espacios académicos. Pero esto continúa siendo complicado, pues al existir dicha lógica criminalizante y silente, las guerrillas mexicanas siguen ocupando lugares ambiguos e inclasificados —tanto política como jurídicamente— en los debates públicos que suponen la ampliación crítica de horizontes políticos, sociales, históricos, culturales y comunicacionales en los estados democráticos. Tal complicación quedó en evidencia con la fallida y extinta Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado.

En cambio, frente a ese radical pasado definido como guerra sucia, existe un mundo literario que tiene como tema central las guerrillas urbanas de la década de los setenta. En este sentido, los textos de ficción que tematizan la guerra sucia y sus guerrillas pueden ser otras formas de producir un conocimiento sobre ese periodo. El camino seguido hasta aquí es únicamente el inicio de posibles líneas de investigación sobre el tema.

Por otro lado, hemos definido la novela *¿Por qué no dijiste todo?* como *novela testimonial de guerrilla*, pues en este caso la ficción se mezcla con elementos testificantes para condensar y recrear en las prácticas y los discursos de los personajes un proceso político singular en la cultura mexicana, cuya función en el espacio social y, por lo tanto, político, se traduce en una suerte de denuncia de lo no dicho.

Con lo planteado hasta aquí se puede concluir que la novela testimonial de guerrilla *¿Por qué no dijiste todo?*, se distingue, en términos sociológicos, como el resultado de diversas circunstancias generadas desde el autoritarismo, la represión y la violencia de la guerra sucia, pues la posibilidad de que Salvador Castañeda, el ex guerrillero, pudiera testimoniar lo vivido durante el tiempo en que fue escrita y publicada

su novela, fue casi nula. Quizá por esto optó, en su lugar, como escritor/autor por la representación estética.

Si bien la novela como tal representa una práctica, producto y objeto indisoluble de las relaciones sociales y de su contexto cultural, también representa un sistema inteligible en sí mismo, autónomo en relación con el autor y transformado en símbolo para ser significado en un presente que actualiza dicha información referencial sobre la guerra sucia y la proyecta hacia el futuro. En otras palabras, tal forma de representar un periodo histórico está determinada por el contexto biográfico, histórico y cultural del escritor mismo; también está determinada por el mismo autor como sujeto creador que configura una realidad social textual a partir de códigos y reglas lingüístico-literarias de una época, lo que dota al texto de ficción de un valor informativo-referencial.

Así, la novela tratada aquí se dinamiza y actualiza al ser interpretada por el lector. Los referentes que dicho lector tiene en relación con su tiempo biográfico e histórico se condensan en una suerte de filtro que le permite introducirse y recrear el tiempo novelado. Esto sólo es posible a medida que la obra y el lector compartan códigos y reglas que permitan a ese lector echar mano de la información referencial contenida en la novela; es en ese momento que la novela tratada aquí se consagra como un saber, como un conocimiento, frente a las instituciones dominantes, pues logra insinuarse a manera de escaramuza.

Por lo anterior sostenemos que la novela tratada aquí representa una jugada a la lógica impuesta desde las instituciones dominantes y su lectura se torna un momento oportuno: ese momento se traduce como la posibilidad de actualizar los significados sobre la guerra sucia y provocar una ruptura instauradora capaz de cuestionar las construcciones de la historia al generar el efecto de paréntesis o de vacío histórico. En otras palabras, la novela dice lo que los discursos dominantes no dicen. Por esto la novela testimonial de guerrilla representa, desde su propio decir, una forma de disputar el reconocimiento en el espacio público.

Por añadidura, la literatura de ficción sobre las guerrillas urbanas nos obliga a replantear, en términos académicos y políticos, la existencia de otras formas generadoras de conocimiento que no necesariamente están estructuradas bajo la lógica

de la demostración científica. Los saberes y objeto de interés para la sociología están en relación con la experiencia dotada de sentido. Esto nos puede abrir la puerta para estudiar a profundidad las realidades textuales objetivadas por el escritor, pues, finalmente, esta objetivación implica la textualización de la palabra hablada y la recreación estética de un mundo social, así como las representaciones sociales circulantes y pertenecientes a una cultura.

Dicho de otra manera, la novela es un producto estético que articula prácticas sociales y producciones ideológicas en un mundo delimitado por el autor. Esto hace que dichos procesos sean una fuente de conocimiento sociológico si entendemos que la obra representa un conjunto determinado de relaciones sociales, amalgamadas y plasmadas en un lugar que es el texto de ficción, el cual se torna un objeto significativo durante la práctica lectora y en el momento que estimula, a través del lenguaje, los referentes con los cuales los individuos dotan de sentido la experiencia y cualquier percepción.

Con ello, no estamos afirmando ni asumimos que el arte debe de ser rebelde, crítico o de apertura ante el mundo. Tampoco consideramos que el arte tenga como tal una función de resistencia o de concientización. Todo lo contrario, somos nosotros, en este caso, los investigadores o estudiosos, los críticos de arte, el autor o el lector, quienes atribuimos o construimos funciones o características a determinadas obras. Por ello, no queremos que se confunda nuestra perspectiva y afirmaciones como propias del escritor Salvador Castañeda.

De lo anterior, restablecemos que cada novela de guerrilla publicada es una realidad social textual que puede ser explorada; que cada creación u obra es representativa del particular entretejido social que cada escritor porta, sean las guerrillas una experiencia inmediata al autor o únicamente referentes del vasto mundo del escritor. Esto posibilita la reconstrucción de las representaciones sociales que de nuestras guerrillas se tienen: cómo en cada una de nuestras novelas y sus personajes se representan las distintas formas del ser guerrillero y las prácticas que los distinguió como miembros de las organizaciones armadas. Nuestras novelas, pues, representan excelentes lugares para estudiar las transformaciones culturales que han sucedido en

los referentes de los marcos sociales de la memoria que estimulan los recuerdos, olvidos o silencios respecto a los movimientos guerrilleros.

Así pues, existen otros discursos sociales generadores de conocimiento que no pertenecen al discurso científico social y que son, vistos desde esta lógica, prácticas lingüísticas tendientes a la heterodoxia, por lo que hay que buscar al interior de las investigaciones académicas otras maneras de recuperarlas; no para reconstruirlas e imponerlas como saberes dominantes, sino para no desperdiciar los destellos que la literatura de ficción arroja sobre las guerrillas urbanas mexicanas. Esta tesis, pues, es una invitación a sumar esfuerzos para abrir distintas aristas, posibles y viables, para el estudio de las guerrillas a través de la literatura de ficción.

## **Glosario**

### **Acción colectiva**

Refiere a los movimientos sociales que abarcan las siguientes dimensiones: a) su organización está basada en la solidaridad; b) éstos desarrollan un conflicto y; c) la acción colectiva rompe con los límites del sistema en el cual se da el conflicto.

### **Anamnesis (o anamnesia)**

Reminiscencia o representación recuperada por la memoria de algo ocurrido en el pasado. Suele presentarse en los textos literarios, no a guisa de simple recordación, sino como revivificación, en signos concretos, de acciones y estados de ánimo individuales y colectivos marcados por el caldo de cultivo sociocultural donde se generan los caracteres, las ideologías, las convenciones, las visiones del mundo, la problemática y las situaciones de los personajes, signos a los cuales el creador devuelve su poder expresivo prolongando así su vigencia, ya que la perennidad se hace de sucesivas actualizaciones.

### **Arte de hacer una buena pasada**

Los ciudadanos concretos usan la astucia para tomar al vuelo la ocasión, esto es que los individuos aprovechan el instante para escapar de los mecanismos de poder controlados por las instituciones.

### **Autor ideal**

Es el papel que asume el escritor real o efectivo en cuanto se considera sujeto de los actos creativos lingüísticos-literarios que van a conformar el texto, en cuanto depositario de las reglas de construcción de la obra como escritura o ejecución de una competencia literaria que es la virtualidad del código inmanente en el texto mismo.

### **Autor implícito**

Es un sujeto interno de la narración, el cual tiene una conciencia superior a la del narrador, porque domina el código o sistema de reglas de construcción del relato y, particularmente, las reglas lingüísticas y metalingüísticas. A pesar de no estar representado, es el autor implícito el que modela al narrador, asumiendo la función de quien ostenta la instancia informativa más profunda del relato, una competencia que acaso puede distanciarse indirectamente de la conciencia del narrador y traslucirse de formas bastante más sutiles, verificable en el estrato de las connotaciones lingüísticas.

## **Connotación**

En los estudios literarios, la connotación se empareja y opone desde siempre a la denotación, en cuanto indica una serie de valores secundarios, no siempre bien definidos y en algunos casos extralingüísticos, ligados en ciertas ocasiones a un signo, bien para un grupo de hablantes, bien para uno solo. Así zorro tiene un significado denotativo (animal mamífero de la familia de los cánidos); pero tiene también un valor connotativo, cuando, metafóricamente, se refiere a una persona: «es un zorro» puede querer decir que es astuto, pero también que es hipócrita. Esto quiere decir que en un primer plano, el de la denotación, existe el paso a un segundo nivel de significación: la connotación.

## **Co-texto**

Son los discursos sociales contenidos en el texto de ficción. Es decir, todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad; estos discursos están cargados de las representaciones sociales, esto es, de los significados que constituyen una cultura, los cuales van más allá del individuo.

## **Cronotopo**

Refiere a las conexiones que existen en las relaciones temporales y espaciales desarrolladas de manera artística en la novela. En el cronotopo artístico literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos de tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de esos elementos constituye la característica del cronotopo artístico.

## **Cultura**

Es la organización social del sentido interiorizado por los sujetos (individuales o colectivos) y objetivado en formas simbólicas; todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados. Refiere al campo de lo simbólico, estructurado a partir de formas objetivadas y formas interiorizadas. La primera, son símbolos objetivados bajo formas de prácticas rituales y de objetos cotidianos, religiosos, artísticos, etcétera. La segunda forma, refiere a formas simbólicas y estructuras mentales interiorizadas por los individuos –teoría del *habitus* o de las disposiciones– como son los esquemas de percepción (cognitivo), de apreciación (valorativo) y de acciones (pragmático).

## **Denotación** (Véase connotación)

## **Dialogismo**

Bajtín caracteriza con este término el sistema de composición fundamental de Dostoyevski: Las controversias no ocurren sólo entre los personajes; los diferentes elementos del desarrollo del tema están también, de alguna forma, en conflicto: los

hechos son interpretados dialogísticamente, la psicología de los personajes se contradice; esta forma emana del propio principio de Dostoyevski.

### **Discurso social**

Son los discursos de un grupo social determinado mediante sus especificidades léxicas, semánticas y sintácticas que transcriben, de un modo no consciente, indicios de la inserción espacial, social e histórica del mencionado grupo.

### **Escritor real o efectivo**

Es el individuo/escritor determinado por sus aspectos biográficos e históricos.

### **Espacio social**

Es un espacio de posiciones (ocupadas por los individuos o las cosas). Estas posiciones están caracterizadas por su posición relativa respecto a los otros lugares y por la distancia que los separa de ellos. El espacio social de esta manera se define por la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones que lo constituyen jerárquicamente, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales.

### **Estrategia**

El cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. Las instituciones que concentran el poder establecen un espacio propio, un lugar donde los grupos dominantes definen, jerarquizan, censuran, controlan e incluso destruyen a todo aquello que ponga en riesgo dicho poder.

### **Extratextualidad**

Todo aquello que es exterior a la obra, todas aquellas referencias históricas y culturales, detalles biográficos del autor y las propuestas e intenciones que éste tiene en el momento de la creación.

### **Habitus** (Véase Cultura)

### **Insinuar/Insinuar**

Se utiliza aquí el verbo *insinuer* en los dos sentidos que en los usos del francés tiene: aparte del sentido de hacer penetrar en el ánimo, *insinuer* significa introducir algo físico.

### **Intertextualidad**

Refiere a los elementos manifiestos en el conjunto de relaciones al interior del texto, que implican las unidades establecidas a partir de las obras del mismo escritor –intertextualidad restringida o interna–, así como de otros autores –intertextualidad general o externa–: cualquier texto contiene otros textos que se presentan en formas variables más o menos reconocibles, lo que no se reduce

como es evidente a un problema de fuentes o influencias, el intertexto es un campo general de fórmulas anónimas, cuyo origen es difícilmente localizable, de citas inconscientes o automáticas, ofrecidas sin comillas.

### **Lector empírico**

Es aquel individuo con sus determinaciones biográficas e históricas predispuesto a leer un texto literario.

### **Lector ideal o modelo**

Es el individuo/lector quien se supone logrará la comprensión de la obra en la totalidad de su mensaje.

### **Lector virtual**

El escritor real o efectivo supone a un lector virtual, según determinadas expectativas, categorías culturales y de gusto, consonancias ideológicas, etcétera.

### **Mapa semiótico de la cultura**

Es un campo semiótico y políticamente ordenado a partir de la diferencia. Esta diferenciación crea un mapa coherente de la cultura: su coherencia se estructura en función de sistemas semióticos de oposición atravesados jerárquicamente por el poder.

### **Mímesis/Poiesis**

La mimesis puede equipararse a *poiesis*: en la *Poética* de Aristóteles el sentido de la mimesis (imitación) no sería el de reproducción de la realidad, sino el de *representación*, entendida como creación artística de una nueva realidad. Así, *mímesis* es sinónimo de *poiesis*, es decir, de creación y de ordenación de las acciones que constituyen una determinada fábula. Estos conceptos se adecuarían a lo que hoy se entiende como ficción: creación y estructuración de mundos posibles basándose en el principio de verosimilitud, lo que implica que su constitución sigue las reglas que gobiernan la organización del mundo real.

### **Monológico/Monolingüismo**

Son aquellos discursos que prescinden en absoluto del interlocutor, por ejemplo, el discurso/texto histórico y científico.

### **Narración**

Acto de contar con la intervención perceptible o no del narrador.

### **Narrador**

Es quien narra la historia. Es quien realiza el procedimiento de enunciación. El narrador puede estar, ya sea ausente de la historia, ya sea presente.

**Polifonía**

Refiere a la pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas entre sí y respecto al autor. Alude a la mezcla de las distintas voces y discursos socio-culturales que habitan y se interfieren en la novela.

**Prácticas de dominación lingüística**

Involucra la configuración de un mercado lingüístico controlado, unificado y dominado en el proceso de construcción del Estado: es la legitimación de una lengua oficial, la cual se transforma en la norma teórica con que se miden todas las prácticas lingüísticas; es decir, es el poder de la lengua oficial para crear significados que se objetivan en el espacio social y los cuales generan un sistema de oposiciones o distinciones que organizan jerárquicamente la diferencia.

***Poiesis*** (Véase Mímesis)**Realidad textual**

Es la construcción social de la realidad social representada en el texto de ficción.

**Relato**

Es lo que se enuncia verbalmente en el texto en el orden que lo vamos leyendo y con los límites que los enunciados marcan.

**Representaciones sociales**

Son sistemas cognitivos contextualizados que responden a una doble lógica: la cognitiva y la social. Éstas son homologables a las formas interiorizadas de la cultura (véase Cultura).

**Táctica**

Corresponde a las prácticas (tácticas) en función de los intereses del ciudadano concreto y cotidiano. Éstas se entienden aquí como la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio.

**Testimonio**

Es una forma narrativa con extensión de novela en forma de libro o panfleto (es decir, impreso como opuesto a lo acústico), narrado en primera persona por un narrador que es también el protagonista real o el testigo de los eventos que él o ella cuenta, y cuya unidad de narración es usualmente una vida o una experiencia de vida significativa.

***Verneinung***

Es la negación entendida como un procedimiento en virtud del cual el sujeto, a pesar de formular uno de sus deseos, pensamientos o sentimientos hasta entonces reprimidos, sigue defendiéndose negando que le pertenezca. La negación sigue poseyendo para Freud el valor de un indicador que señala el

momento en que empiezan a resurgir una idea o un deseo inconscientes, y esto tanto en la cura como fuera de ella.

### **Verosimilitud**

Categoría estética o rasgo de la obra de arte verbal, que consiste en la apariencia o ilusión de realidad que provocan determinadas obras en el lector o espectador, dado el carácter mimético de las mismas. Este término se asigna tanto al realismo literario que no descansa sobre la veracidad de los hechos o personajes creados como a la ilusión de coherencia real o de verdad lógica producida por una obra que puede ser, inclusive fantástica.

## Bibliografía

### Bibliografía general y Artículos en libros y hemerográficos

- AGUAYO Quezada, Sergio, 2001, *La Charola: una historia de los servicios de inteligencia en México*, Grijalbo, México.
- AGUSTÍN, José, 15a. reimp.: 1997 (c1990), *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, Planeta, México.
- AMAR Sánchez, Ana María, 1992, *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Beatriz Viterbo, Editora, Argentina.
- AROCHE Parra, Miguel, 1985, *Unidad antiimperialista, unidad proletaria*, Claves Latinoamericanas: Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, México.
- \_\_\_\_\_, 1974, *El Che, Genaro y las Guerrillas: estrategia y táctica de la Revolución en México*, Federación Editorial Mexicana, México.
- BAJTÍN, Mijail, 1986, *La poética de Dostoievski*, FCE, México, en Enric Sullà (ed.), 2001 (c1996), "La novela polifónica", *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 1988, *Problemas de la poética de Dostoievski*, FCE, México.
- \_\_\_\_\_, 1989a, *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, en Enric Sullà (ed.), 2001 (c1996), "La palabra en la novela", *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 1989b, "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela", *Teoría y estética en la novela*, Taurus, Madrid, en Enric Sullà (ed.), 2001 (1996), "El cronotopo", *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 11ª. ed.: 2003 (c1982), *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, México.
- BARTRA, Roger, 1973, *Breve diccionario de sociología marxista*, Juan Grijalbo Editor, Colección 70, México.

- BAUMAN, Zygmunt, 1999, "Modernidad y ambivalencia", Josetxo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthrópos, España.
- BERGER, Morroe, 1979, *La novela y las ciencias sociales. Mundos reales e imaginados*, FCE, Brevarios, México.
- BERISTÁIN, Helena 4a. reimp.: 2003 (c1985), *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, México.
- BLANQUEL, Eduardo, 2001 (c1973), "La Revolución Mexicana", Daniel Cosío Villegas, et al., *Historia mínima de México*, El Colegio de México, México.
- BOBBIO, Norberto, et al., 12a. ed. 2000, *Diccionario de Política*, Tomo I (a-j), Siglo XXI Editores, México.
- BOILS, Guillermo, 1975, *Los militares y la política en México 1915-1974*, Ediciones El Caballito, México.
- BONILLA Machorro, Carlos, 1983, *Ejercicio de guerrillero*, Grupo Editorial Gaceta, México.
- BOORSTIN, Daniel J., 4a ed.: 1998, (c1986), *Los descubridores*, Editorial Crítica (Grupo Editorial Grijalbo), Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 2ª. ed. 2005 (1994), *Los creadores*, Crítica, Barcelona.
- BORGES, Jorge Luis. 1996, *Otras inquisiciones*, Obras Completas II, Emecé, España.
- \_\_\_\_\_ y Alfonso Reyes, 1998, *La máquina de pensar*, Asociación Nacional del Libro, México.
- BOURDIEU, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, 20a. ed.: 1988 (c1975), *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI Editores, México.
- \_\_\_\_\_, 1985, *¿Qué significa hablar?*, Ediciones Akal, España.
- \_\_\_\_\_, 4a. ed.: 2007 (c1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 1997, *Las reglas del Arte*, Anagrama, España.
- \_\_\_\_\_ y Jean Claude Passeron, 1998, *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, México, Fontamara.
- \_\_\_\_\_, 2000a (c1999), "Efectos de lugar", *La miseria del mundo*, FCE, Argentina.

- \_\_\_\_\_, 2000b, “Una ciencia que molesta”, *Cuestiones de sociología*, ISTMO, España.
- \_\_\_\_\_, 2000c, “Algunas propiedades de los campos”, *Cuestiones de sociología*, ISTMO, España.
- \_\_\_\_\_, 4ª. ed.: 2001 (c1009), *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 4ª. ed.: 2005 (c2000), *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- BRACHET-MÁRQUEZ, Viviane, 2004, “El Estado benefactor mexicano: nacimiento, auge y declive (1822-2002)”, Julio Boltvinik y Araceli Damián (coords.), *La pobreza en México y el mundo. Realidades y Desafíos*, Siglo XXI Editores/Gobierno del estado de Tamaulipas.
- CALVEIRO, Pilar, 2002, *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*, Taurus, México.
- CAMUS, Albert, 2a. reimp.: 2003, (c1982), *El hombre rebelde*, Alianza Editorial, España.
- CANDAU, Joël, 2006, *Antropología de la memoria*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- CARPIZO, Jorge, 14ª. ed.: 1998 (c1978), *El presidencialismo mexicano*, Siglo XXI Editores, México.
- CARR, Barry, 1996, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México.
- CASTAÑEDA, Jorge G., 1993, *La utopía desarmada*, Joaquín Mortiz, México.
- CASTAÑEDA, Salvador, 2004, “Los grupos guerrilleros en los setenta. Una aproximación crítica”, Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica*, El Colegio de Michoacán, Zamora Michoacán.
- CASTELLANOS, Laura y Alejandro Jiménez Martín del Campo, 2007, *México Armado. 1943-1981*, Ediciones ERA, México.
- CHARTIER, Roger, 1999, *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, FCE, México.
- CEDILLO, Adela, 2008, *El fuego y el silencio. Historia de las FPL*, tomo VIII, de la serie *México: Genocidio y delitos de lesa humanidad. Documentos básicos 1968-2008*, 10 tomos, Comité 68 Pro Libertades Democráticas, A.C., México.

- CERÓN Anaya, Hugo Ricardo, 2001, *Historia, literatura y memoria: la guerrilla en México durante la década los setenta*, México, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.
- CERTEAU, Michel de, 2000, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- CIORAN, E.M., 4a. ed.: 1999, (c1991), *En las cimas de la desesperación*, TusQuets Editores, España.
- CLAUSEWITZ, Karl von, 1999, *De la guerra*, Colofón, México.
- CONDÉS Lara, Enrique 2007, *Represión y Rebelión en México (1959-1985)*, 2 tomos, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Miguel Ángel Porrúa, México.
- CORRADI, Juan Eugenio, 2000, "La memoria como bien público global", en revista *Puentes*, Núm. 3, Marzo.
- CORTÉS Gutiérrez, Donají Citlali, 2005, *El impacto que dejó la guerra sucia de México en militantes de la guerrilla urbana y en familiares*, Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- COWIE, Lancelot, 1996, *La guerrilla en la literatura hispanoamericana. Aporte bibliográfico*, Universidad Simón Bolívar/Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, Venezuela.
- CROS, Edmond, 1986a, *Literatura, ideología y sociedad*, Gredos, Madrid.
- \_\_\_\_\_, 1986b, "Introducción a la sociocrítica", Conferencia No. 1, en revista *Artes y Letras*, Universidad de Costa Rica, Vol. X (1).
- \_\_\_\_\_, 1989, "Sociología de la literatura", *Textos de teorías y críticas literarias*, 2003, Nara Araújo y Teresa Delgado (coords.), Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Universidad de la Habana-Facultad de Artes y Letras, México.
- DEBRAY, Régis, 1979, *La guerrilla del Che*, Siglo XXI Editores, México.
- \_\_\_\_\_, 1967, *La Revolución en la Revolución*, Casa, La Habana.
- \_\_\_\_\_, 1975, *La crítica de las armas*, vol. 1, Siglo XXI Editores, México.
- \_\_\_\_\_, 1976, *Las pruebas de fuego*, vol. 2, Siglo XXI Editores, México.

- DOUG, McAdam, Sidney Tarrow and Charles Tilly, 1997, "Toward an Integrated Perspective on Social Movements and Revolution", *Comparative Politics. Rationality, Culture and Structure*, M.I. Lichbach and A.S. Zuckerman (ed.), Cambridge University Press, Cambridge.
- DUCROT, Oswald y Tzvetan Todorov, 21 ed. 2000 (c1974), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI Editores, México.
- DUSSEL, Enrique, 1996, "El nacionalismo. Sobre las condiciones de su aparición (hacia una teoría general)", Gerardo Ávalos T. y María D. París (coords. y comp.), *Política y Estado en el pensamiento moderno*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xoch., México.
- DUVIGNAUD, Jean, 2ª. ed.: 1988 (c1969), *Sociología del arte*, Ediciones Península, Barcelona.
- ESTÉBANEZ Calderón, Demetrio, 5ª. reimp.: 2006 (c1996), *Diccionario de términos literarios*, Alianza Editorial, Madrid.
- FEIERSTEIN, Daniel, 2011, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- FISCALÍA Especial FEMOSPP, 2008, *Informe histórico presentado a la sociedad mexicana*, tomo IX, de la serie *México: Genocidio y delitos de lesa humanidad. Documentos básicos 1968-2008*, 10 tomos, Comité 68 Pro Libertades Democráticas, A.C., México.
- FORAN, John, (ed), 1997, *Theorizing Revolutions*, Routledge, London/New York.
- FOUCAULT, Michel, 1984, (c1969), "¿Qué es un autor?", en revista *Dialéctica*, Escuela de Filosofía y Letras/Universidad Autónoma de Puebla, núm. 16, año IX, diciembre.
- FOUCAULT, Michel, 1988, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI Editores, México.
- \_\_\_\_\_, 8a. reimp.: 2001 (c1978), *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, España.
- \_\_\_\_\_, 2a. ed. 2002 (c1999), *El orden del discurso*, TusQuets Editores, España.

- FREIRE, Paulo, 47a ed.: 1998 (c1969), *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI Editores, México.
- GARCÍA de Cortázar, Fernando, 1999, *Breve Historia del Siglo XX*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- GARCÍA Gual, Carlos, 1972, *Los orígenes de la novela*, Istmo, Madrid.
- \_\_\_\_\_, 1995, *La antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Anagrama, Barcelona.
- \_\_\_\_\_, 2008, *Las Primeras novelas: desde las griegas y las latinas hasta la edad media*, Gredos, Madrid.
- GEYMONAT, Ludovico, 2ª. ed. 1998 (1985), *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*, Crítica, Barcelona.
- GIMÉNEZ, Gilberto, 2005, *Teoría y análisis de la cultura*, 2 vols., CONACULTA/ICOCULT, México.
- \_\_\_\_\_, 2007, *Estudios sobre cultura e identidades sociales*, CONACULTA, México.
- GINZBURG, Carlo, 2003, *Ninguna isla es una isla. Cuatro visiones de la literatura inglesa desde una perspectiva mundial*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México.
- GITANOS Andaluces, Cante popular flamenco.
- GLOCKNER, Fritz, 2007, *Memoria Roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, Ediciones B, México.
- GOLDSTONE, Jack, 1986, *Revolutions: Theoretical, Comparative, and Historical Studies*, Harcourt Brace & Co., Fort Worth.
- \_\_\_\_\_, Ted Robert Gurr and Farrokh Moshiri (eds.), 1991, *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Westview Press, Boulder.
- GOODWIN, Jeff, 2001, *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*, Cambridge University Press, UK.
- GOLDSTONE, Jack, 2001, "Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory", in *Annual Review of Political Science*, 4.

- GONZÁLEZ, Ana, 2000, "Las voces del silencio", en revista *Puentes*, Núm. 2, diciembre, Buenos Aires.
- GUILLÉN, Claudio, 2004, "Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos", Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, Real Academia de la Lengua Española, México.
- GUTIÉRREZ, Alicia, 1997, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Dirección General de Publicaciones-Universidad Nacional de Córdoba/Editorial Universitaria-Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
- GUZMÁN Díaz, José Manuel, 2003, *Sociocrítica de Luto Humano*, Tesis de Maestría en Letras, Literatura Iberoamericana, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, México.
- \_\_\_\_\_, 2008, "Panorama de las teorías sociológicas de la novela", en revista electrónica *Cultura y Representaciones sociales*, año 3, núm. 5, septiembre, México.
- HERBERT, Frank, 1995, *Dune*, Plaza y Janés Editores, España.
- HERNÁNDEZ López, Conrado (coord.), 2004, *Historia y novela histórica*, El Colegio de Michoacán, México.
- HIRALES, Gustavo, 1977, *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Orígenes y Naufragios*, Ediciones de Cultura Popular, México.
- HIRSCH, Joachim, 1996, *Globalización, capital y Estado*, UAM Xochimilco, México.
- HOBSBAWM, Eric, 5a. ed. en rústica: 2003 (c1994), *Historia del Siglo XX. 1914-1991*, Crítica, Barcelona.
- JELIN, Elizabeth, 2002, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, España/Argentina.
- KAWABATA, Yasunari, 2a. ed.: 2004 (c2003), *Mil grullas*, Emecé, Argentina.
- KUHN, Thomas, 2007, *Estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México.
- KUNDERA, Milan, 2ª. ed.: 2004 (c2000), *El arte de la novela*, Fábula Tusquets Editores, España.
- LAPLANCHE, Jean y Jean-Bertrand Pontalis, Daniel Lagache (dir.), 1996, *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, España.
- LÓPEZ, Jaime, 1974, *Diez años de guerrillas en México*, Posada, México.

- LÓPEZ Limón, Alberto, 2000, *Historia de las organizaciones político-militares en México 1960-1980*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- MARÍAS, Julián, 1993, *La estructura social*, Alianza Editorial, España.
- MARIGHELLA, Carlos, 1971, *Teoría y acción revolucionarias*, Editorial Diógenes, México.
- MARCHESE, Angelo y Joaquín Forradillas, 8ª. ed. 2006 (c1986), *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Editorial Ariel, Barcelona.
- MARCHESI, Aldo, 2000, "La guerra y la paz", en revista *Puentes*, Núm. 2, diciembre, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ Nateras, Arturo, 1978, *El tema de la amnistía*, Cultura Popular, México.
- MAYO, Baloy, 1980, *La guerrilla de Genaro y Lucio: análisis y resultados*, Editorial Diógenes, México.
- MEDIN, Tzvi, 7ª. reimp.: 1996 (c1982), *El minimato presidencial: Historia política del maximato. 1928-1935*, Ediciones Era, México.
- MELUCCI, Alberto, 2002, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, COLMEX, México.
- MEYER, Lorenzo, 2001, (c1973), "El último decenio: años de crisis, años de oportunidad", *Historia mínima de México*, Daniel Cosío Villegas, et al., El Colegio de México, México.
- MILNE, A.A., 2a. ed.: 2001 (c2001), *Historias de Winny de Puh*, Valdemar/Avatares 40, España.
- MOLINER, María, 21ª. reimp.: 1998 (c1967), *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Gredos, España.
- MONTEMAYOR, Carlos, 1998, "La guerrilla en México hoy", en revista trimestral *Fractal*, Núm. 11, año 3, vol. 3, octubre-diciembre, México.
- \_\_\_\_\_, 2007, *La guerrilla recurrente*, Debate, México.
- MOORE, Barrington, 1989, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México.

- MORA, Juan Miguel de, 1972, *Las guerrillas en México y Genaro Vázquez*, Editorial Latinoamericana, México.
- MUÑOZ G., Yolanda, 2004, "Literatura testimonial y contrahistoria", Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica*, El Colegio de Michoacán, Zamora Michoacán.
- OIKIÓN Solano, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), 2006, *Movimientos armados en México en el siglo XX*, 3 tomos, CIESAS/COLMICH, México.
- ONTIVEROS, José Luis, 1987, *Rubén Salazar Mallén, subversión en el subsuelo*, Editorial Biblioteca/Universidad Veracruzana, México.
- \_\_\_\_\_, 1977, *Las utopías del siglo XX*, UNAM, México.
- ORTEGA y Gasset, José, 1956, "Ideas sobre la novela", *Revista de Occidente*, Madrid, en Enric Sullà (ed.), 2ª. ed. 2001 (c1996), "El concepto de novela", *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- PADILLA, Tanalís, 19/05/07, "Rubén Jaramillo: el muerto incómodo", en periódico *La Jornada*, México.
- PASCUAL, José Antonio, 2004, "Los registros lingüísticos del 'Quijote': la distancia irónica de la realidad", Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, Real Academia de la Lengua Española, México.
- PÉREZ Gay, José María, 2004, "Genocidio", (parte I, II, III, IV y V), en periódico *La Jornada*, México, julio.
- PONIATOWSKA, Elena, 1981, *Fuerte es el silencio*, Era, México.
- PONS, María Cristina, 1996, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*, Siglo XXI Editores, México.
- QUEE-YOUNG, Kim, 1996, "From Protest to Change of Regime: The 4-19 Revolt and Fall of the Rhee Regime in South Korea", en *Social Forces*, vol. 74, No. 4 (June), The University of North Carolina Press, North Carolina.
- RICŒUR, Paul, 2a. reimp.: 2001 (c1994), "Mundo del texto y mundo del lector", *Historia y Literatura*, Françoise Perus (comp.), Instituto Mora/UAM, México.
- \_\_\_\_\_, 6ª. ed. 2006 (c1995), *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI Editores/IBERO, México.

- ROBIN, Régine, 2a. reimp.: 2001 (c1994), "Para una sociopoética del imaginario social". *Historia y Literatura*, Françoise Perus (comp.), Instituto Mora/UAM, México.
- \_\_\_\_\_, 2a. ed.: 2002 (c1993), "Extensión e incertidumbre de la noción de literatura", M. Angenot, J. Bessière, D. Fokkema y E. Kushner (dir.), *Teoría literaria*, Siglo XXI Editores, México.
- SAUVAGE, Jacques, 1982, *Introducción al estudio de la novela*, Laia, Barcelona.
- ROSALES, José Natividad, 1975, *¿Quién es Lucio Cabañas?*, Posada, México.
- SÁBATO, Ernesto, 3a. ed. 1998 (c1979), *El escritor y sus fantasmas*, Seix Barral, Argentina.
- SÁBATO, Hilda, 2000, "La cuestión de la culpa", en revista *Puentes*, Núm. 1, Agosto, Buenos Aires.
- SAID, Edward, 1a. ed.: 2002 (c1997), *Orientalismo*, Editorial Debate, Madrid.
- SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, 3a. ed.: 1976 (c1976), *El principito*, Editorial Época, México.
- SALTALAMACCHIA, Homero, 1992, *Historia de vida*, Ediciones CIJUP, San Juan de Puerto Rico.
- SÁNCHEZ-MESA Martínez, Domingo, 1996, "Una teoría en expansión: la poética social dialógica del Círculo de Bajtín", Antonio Sánchez Trigueros (dir.), *Sociología de la literatura*, Editorial Síntesis, España.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo, 1997, *Filosofía y circunstancia*, Anthropos/Facultad de Filosofía y Letras, Barcelona/México.
- SAVATER, Fernando, 2001 (c1981), *Caronte Aguarda*, Punto de Lectura, España.
- SCHERER García, Julio y Carlos Monsiváis, 2003, *Tiempo de Saber. Prensa y poder en México*, Aguilar, México.
- SEMO, Ián, 2001, "La memoria conspicua", en periódico *La Jornada*, México, 8 de diciembre.
- SEWELL, William H. Jr., 2005, "Los conceptos de cultura", Gilberto Giménez, *Teoría y análisis de la cultura*, vol. 1, CONACULTA/ICOCULT, México.
- SIERRA Guzmán, Jorge Luis, *El enemigo interno: contrainsurgencia y fuerzas armadas en México*, Centro de Estudios Estratégicos de América del Norte, México.

- SINGH Baljit y Ko-Wang Mei, 1973, *Las modernas guerrillas en la teoría y en la práctica*, Editorial Diana, México.
- SKOCPOL, Theda, 1994, *Social Revolutions in the Modern World*, Harvard University, Massachusetts.
- SOMOZA, José Carlos, 2002, *La ventana pintada*, Punto de lectura, Madrid.
- SOTELO Marbán, José (coord.), 2006, *Informe Histórico de la Sociedad Mexicana ¡Que no vuelva a suceder!*, Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, México.
- SPENSER, Daniela (coord.), 2004, *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, Miguel Ángel Porrúa/Secretaría de Relaciones Exteriores/CIESAS, México
- TABER, Robert, 1967, *La guerra de la pulga: guerrilla y contraguerrilla*, Era, México.
- TILLY, Charles, 1978, *From mobilization to revolution*, Longman Higher Education, UK.
- TOMASEVSKIJ Boris, 1982, *Teoría de la literatura*, Akal, Madrid.
- TORRES Septién, Valentina, 1a. reimp.: 1998 (c1997), *La educación privada en México. 1903-1976*, El Colegio de México/Universidad Iberoamericana, México.
- TOUCHARD, Jean, 7ª. reimp.: 1999 (c1961), *Historia de las ideas políticas*, Editorial Tecnos, Madrid.
- VARGAS Llosa, Mario, 2004, "Una novela para el siglo XX", Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, Real Academia de la Lengua Española, México.
- VIÑAS, David, 1982, *Contrapunto político en México*, I.C.A.P., México.
- WALLERSTAIN, Immanuel, 1996, *Después del liberalismo*, Siglo XXI Editores, México.
- WEBER, Max, 11a. reimp.: 1997 (c1944), *Economía y Sociedad*, FCE, México.
- WICKHAM-CROWLEY, Thimoty P., 1992, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton University Press, Princeton.
- VILLANUEVA Darío, 1991, *El polen de ideas*, PPU, Barcelona.

- WALDMAN Mitnik, Gilda, 2004, "Historia y memoria: cuando las sociedades se reencuentran con su pasado. Algunas consideraciones sobre el caso mexicano", en revista *Acta Sociológica*, Núm. 41-42, mayo-diciembre, Nueva Época, México.
- WOOLF, Virginia, 2003, *Orlando*, Edhasa Literaria, España (traducción de Jorge Luis Borges).
- YOURCENAR, Marguerite, 17a. reimp.: 1993 (c1981), *Memorias de Adriano*, Editorial Hermes, México (traducción de Julio Cortázar).
- ZEMELMAN, Hugo, 1998, *Conversaciones didácticas*, Editorial Educo/Universidad Nacional de Comahue, Argentina.

### **Novelas de guerrilla**

- AGUILAR Camín, Héctor, 1991, *La guerra de Galio*, Aguilar León y Cal Editores, México.
- ALMANZA, Héctor, 1986, *Ya despunta la aurora*, Claves Latinoamericanas, México.
- AVILÉS Fabila, René, 1973, *Nueva utopía (y los guerrilleros)*, Ediciones El Caballito, México.
- "CAMARADA, Ernesto", s/f, *El Guerrillero I y II*, sin referencia alguna (versión gubernamental).
- CARRIÓN Beltrán Luis 1975, *El infierno de todos tan temido*, FCE, México.
- CASTAÑEDA, Salvador, 1980, *¿Por qué no dijiste todo?*, Grijalbo, México.
- \_\_\_\_\_, 1991, *Los diques del tiempo* (diario de la cárcel), Universidad Nacional Autónoma de México, Textos de Difusión Cultural, México.
- \_\_\_\_\_, 1992, *La patria celestial*, Cal y Arena, México.
- \_\_\_\_\_, 1996, *El de ayer es él*, El espejo concéntrico, México.
- \_\_\_\_\_, 2001, *Papel Revolución*, DMC Torreón, México.
- CURIEL, Fernando, 1981, *Manuscrito hallado en un portafolio*, Editorial Oasis, México.
- ESCOBAR, Miguel, 1989, *Tiempo de morir*, Editorial Diana, México.
- GIL Olivo, Ramón, 1986, *Dientes de Perro*, Editorial Hexágono, México (Guadalajara).

- GLOCKNER, Fritz, 1996, *Veinte de Cobre. Memoria de la clandestinidad*, Joaquín Mortiz, Serie del volador, México.
- \_\_\_\_\_, 2004, *Cementerio de papel*, Ediciones B, México.
- “GODINEZ, Prudencio, Jr.”, 1968, *¡Qué poca ma... dera!*, sin referencia alguna (versión gubernamental).
- HIRALES, Gustavo, 1996, *La guerra de los justos*, Cal y Arena, México.
- LEGO, Jozar, 1989, *El terrorista*, Universidad Autónoma del Estado de México, México.
- MARTÍNEZ Nateras, Arturo, 1986, *El secuestro de Lucio Cabañas*, Altalena Editores, Madrid.
- MENDIOLA, Salvador, 1977, *Guerra y Sueño*, Colección Plan Joven, México.
- MONTEMAYOR, Carlos, 1997, (c1991), *Guerra en el paraíso*, Seix Barral, México.
- \_\_\_\_\_, 2003, *Las balas del alba*, Joaquín Mortiz, México.
- \_\_\_\_\_, 2007, *La fuga*, FCE, México.
- \_\_\_\_\_, 2010, *Las mujeres del alba*, Grijalbo Mondadori, México.
- MORA, Juan Miguel de, 1967, *La Rebelión humana*, Editorial Diana, México.
- \_\_\_\_\_, 1971, *La fórmula*, Editorial Grijalbo, México.
- \_\_\_\_\_, 1973, *Si tienes miedo*, Editores Asociados Mexicanos, México.
- \_\_\_\_\_, 1975, *Por la gracia del señor presidente. México: la gran mentira*, Edamex.
- \_\_\_\_\_, 1976, *Érase una vez un presidente...*, Editores Asociados, México.
- \_\_\_\_\_, 1985 (c1976), *T-68: Tlatelolco 68: ¡Por fin toda la verdad!*, Edamex, México.
- O’CONNOR Rocha, María Teresa, 1988, *Mariana*, Edición del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- RAMOS, Agustín, 1979, *Al cielo por asalto*, Era/Secretaría de Educación Pública, México.
- \_\_\_\_\_, 1982, *La vida no vale nada*, Martín Casillas Editores, Serie *La Invención*, México.
- \_\_\_\_\_, 1985, *Ahora que me acuerdo*, Grijalbo, México.

RETES, Ignacio, 2000, *Por supuesto*, Océano, México.

SALAZAR Mallen, Rubén, 1982, *La sangre vacía*, Editorial Oasis, México.

### **Revistas y periódicos consultados**

*Acta Sociológica*

*Cuestiones de América*

*Fractal*

*Proceso*

*Puentes*

*Trayectorias*

*La Jornada*

*Reforma*

*Cultura y Representaciones sociales*: <http://www.culturayrs.org.mx/> [Consulta: 3 de noviembre de 2008].

### **Información en Disco Compacto**

SPENSER, Daniela, (coord.), 2000, *Guerra fría y guerrilla en México*, Guía de acceso al archivo de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (AGN), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.

### **Entrevistas**

GALLARDO, Francisco (General), 10/06/05, “Antena Radio”, en estación *Horizonte*, México, D.F.

### **Información electrónica**

Agrupación Salvador Allende, *Memoria colectiva* [en línea]:  
<http://www.memoriacolectiva.com/> [Consulta: 27 de mayo de 2009].

Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez, Frente Cívico Sinaloense,  
Fundar–Centro de Investigación y Análisis [en línea]:

<http://centroprodh.org.mx> [Consulta: 27 de mayo de 2008].

Centro de Documentación de los Movimientos Armados [en línea]:  
[www.cedema.org](http://www.cedema.org) [Consulta: 27 de mayo de 2008].

Centro de Investigaciones Históricas [en línea]:  
[www.centrodeinvestigacioneshistoricas.com](http://www.centrodeinvestigacioneshistoricas.com); [Consulta: 27 de mayo de 2009].

Comisión Nacional de Derechos Humanos [en línea]:  
[www.cndh.gob.mx](http://www.cndh.gob.mx) [Consulta: 27 de mayo de 2008].

Cuestiones de América, *La guerra sucia en México* [en línea]:  
<http://www.cuestiones1.net/portada10.html> [Consulta: 1 de diciembre de 2008].

Derechos Human Raights, *La (imposible) ¿Geometría? del Poder en México* [en línea]: <http://www.derechos.org/nizkor/mexico/doc/ezln7.html> [Consulta: 27 de mayo de 2009].

*Informe general histórico de la sociedad mexicana* [en línea]:  
<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/informe/tema12.pdf>  
[Consulta: 1 de diciembre de 2008].

Laguna, Mauricio, *Guerra sucia, una mancha en la historia* [en línea]:  
[http://www.terrorfileonline.org/es/index.php/Laguna\\_Mauricio\\_Guerra\\_sucia\\_una\\_mancha\\_en\\_la\\_historia](http://www.terrorfileonline.org/es/index.php/Laguna_Mauricio_Guerra_sucia_una_mancha_en_la_historia) [Consulta: 1 de diciembre de 2008].

López Limón, Alberto Guillermo, *Caídos en combate* [en línea]:  
<http://centrodeinvestigacioneshistoricas.blogspot.com/2006/07/cados-en-combate.html> [Consulta: 1 de diciembre de 2008].

*Memorias de las ex guerrilleras mexicanas* [en línea]:  
<http://www.jornada.unam.mx/2001/02/05/articulos30.htm> [Consulta: 1 de diciembre de 2009].

Kate Doyle, *The Mexico Project* [en línea]:  
[www.gwu.edu/~nsarchiv/mexico](http://www.gwu.edu/~nsarchiv/mexico) [Consulta: 27 de mayo de 2009].

Varios firmantes, *Cuando los gorilas se disfrazan de académicos* [en línea]:  
<http://www.sergioaguayo.org/biblioteca/Cuando%20los%20gorilas%20se%20disfrazan%20de%20academicos.pdf> [Consulta: 1 de diciembre de 2008].

Varios articulistas, *Artículos aparecidos en la Jornada del 30-06-05 relacionados con la guerra sucia y los desaparecidos en México* [en línea]:  
<http://www.nodo50.org/raz/noticias/del2005/not050630b.htm> [Consulta: 1 de diciembre de 2008].

Carlos Ferreyra, *La extraña muerte de Genaro Vázquez Rojas* [en línea]:  
[http://www.cronica.com.mx/nota.php?id\\_notas=633571](http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=633571) [Consulta: 12 de mayo de 2012].